

JAVIER DUT

*Ahora y  
Siempre*



Lectulandia

Nada es para siempre, y quien diga lo contrario miente.

Día tras día te levantas pensando en todas las cosas que aún puedes hacer, en todos los lugares a los que algún día irás, en todas las palabras que no te has atrevido a decir aunque piensas que quizás mañana serás capaz de pronunciar.

Esa es la vida de todas las personas: niños, adultos o ancianos. Una vida llena de sueños, de deseos, de ilusiones; pero también de miedos, de lágrimas y de duros momentos.

Sin embargo, siempre nos queda la esperanza de que, a pesar de todo lo malo con lo que nos podamos encontrar, vendrán tiempos mejores. Quizás tú aún puedas lograrlo.

Para mí ya es demasiado tarde.

**Lectulandia**

Javier Dut

# **Ahora y siempre**

ePub r1.0

Titivillus 09.09.15

Título original: *Ahora y siempre*

Javier Dut, 2014

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# *Primera parte*



## El último día

*Viernes 07:45*

**M**e llamo Sonia, tengo dieciocho años y hoy es mi último día de instituto, mi último día antes de disfrutar del verano y comenzar la universidad. ¿Quién hubiese imaginado que después de tanto tiempo esperando este momento por fin haya llegado? Se acabaron los exámenes, las eternas horas de clase, el miedo ante las malas notas... Todo eso, después de tantos años, quedará atrás.

Hoy acaba una etapa en mi vida, pero comienza una nueva, y espero que sea tan buena como dicen todos que va a ser. Tengo muchas esperanzas puestas en ello y deseo con todas mis fuerzas que alguno de mis sueños, alguno de mis deseos, se haga realidad. No pido grandes cosas, pero con pensar que me encuentro a tan solo unas horas de todas ellas, empiezo a sonreír como una idiota.

Estoy en la puerta del lugar en el que he estudiado durante gran parte de mi vida. No puedo negar que ha sido un sitio especial, porque lo ha sido. Sin embargo, cada cosa tiene su momento y el tiempo de estar aquí se ha terminado. Dentro de muy poco este sitio pasará a estar en un rincón de mi pasado. Lo recordaré siempre, por lo bueno y lo malo, pero me niego a vivir en el ayer. Quiero averiguar qué me espera a partir de ahora.

Y así, con una sonrisa en la cara, mezcla de melancolía y felicidad, entro por última vez a mi instituto.

*Viernes 07:51*

Aún recuerdo la primera vez que pisé este lugar. Tenía doce años y fue tras la muerte de mi padre, cuando mi madre decidió cambiarnos a mi hermana y a mí de centro. Yo entré por fin en el instituto y mi hermana en un colegio mucho más cercano a casa que al que íbamos.

Fue la época más dura de nuestra vida. Rebeca al tener entonces poco más de nueve años, tampoco se enteró de mucho. Pero yo sí, y aún recuerdo lo complicado que fue todo. Mi padre era el que trabajaba fuera de casa, y al dejarnos, el dinero pronto comenzó a escasear. Por suerte, varias amigas de mi madre la ayudaron económicamente a salir adelante. A ella y a nosotras, claro. Las tres les debemos

mucho. No sé qué habría pasado de no haber sido por ellas. Ojalá que si algún día necesito el apoyo de alguien, también tenga a mi gente a mi lado para lograrlo. Lo cierto es que a día de hoy no me puedo quejar en absoluto en este sentido. Tengo a las dos mejores amigas del mundo: Nerea y Virginia. Las conocí los primeros días de clase y, desde entonces, no nos hemos separado ni un solo momento. Cada una me ha aportado algo especial a lo largo de estos años. Nerea es muy divertida, espontánea, alegre; Virginia es más tranquila, calmada, amable, bondadosa... Y supongo que eso es lo bueno, ¿no?, que cada una tenga su propia personalidad. Yo creo que por su forma de ser, estoy más unida a Nerea que a Vir. Con ella he hablado más y le he confiado secretos y pensamientos sobre los que nunca he hablado con Vir. No sé por qué, pero imagino que así somos las personas. Y no es que Vir no signifique mucho para mí, sino que hay algo que me dice que estamos menos unidas. Es menos abierta y supongo que, al conocerla menos, no termino de conectar con ella al cien por cien. Pero eso no quita que le reconozca todo lo que me ha ayudado y apoyado a lo largo de estos años. Simplemente Nerea es Nerea, y Vir es Vir. No hay más.

Y hablando de las reinas de Roma...

—¡Bueno, buenooooo! —exclama Nerea, levantando los brazos en alto desde el otro lado del pasillo.

Le sonrío de oreja a oreja y respondo a su llamada.

—¡Último díaaaaa! —grito con fuerza, imitando su gesto.

Me siento un poco ridícula, pero bueno. Por Nerea haría lo que fuera, así que no me importa lo que puedan pensar el resto de mis compañeros.

—¡Jo, tía! ¡Estás guapísima! —dice Nerea, caminando hacia mí entre la gente.

Su pelo morado brilla con la luz que entra por las ventanas del pasillo, y sus zapatos de tacón resuenan con fuerza contra el suelo. La gente se aparta a su paso, pero ella lo disfruta como una niña. Se siente la reina del lugar y en cierto modo lo es. Nerea es la reina de la popularidad. Tiene a todos los chicos a sus pies y a todas las chicas peleando por convertirse en sus amigas (aunque solo sea durante unos segundos). Nerea tiene mucho poder en el instituto, pero eso no la convierte en una villana. Disfruta de su estatus social, pero nunca ha hecho daño a nadie. Al principio su forma de ser puede chocarte bastante, pero después de un tiempo te acostumbras e incluso te hacen hasta gracia sus extravagancias y exageraciones. Ella es así: o la tomas o la dejas.

—¡Igualmente! —exclamo sonriente. Me inclino hacia un lado y veo a Vir detrás de Nerea.

—¡Hola a ti también, Vir! —le digo con un tono alegre. Se mete las manos en los bolsillos de los *shorts* amarillos que lleva y me sonrío con amabilidad.

Si ha habido algo que siempre me ha llamado la atención de Vir es que nunca quiere ser el foco de atención. Siempre es como si tuviese un papel secundario, o se mantuviese en un segundo plano. Y es una pena, porque tiene mucho que ofrecer. Tiene un gran corazón, pero al ser bastante cortada y vergonzosa, muchos se quedan

sin poder conocerla de verdad.

—Luego nos vemos, a las seis, para ir de compras, ¿no? —pregunto para concretar el plan que tanta ilusión me hace. Desde hace varios años, para nosotras tres el último día de clase significa compras, compras y más compras. Es el día de nuestras rebajas personales, y este año, al ser el último, me da la sensación de que va a ser memorable.

Nerea mira hacia otro lado y Vir baja la cabeza sin decir nada. Algo me dice que nuestro plan no será tan divertido como pensaba.

—Verás, Sonia... —comienza a decir Nerea—, nos ha surgido algo a ambas esta tarde y no vamos a poder quedar contigo para ir de compras. Yo tengo que ir con mi padre a hacer unas cosas.

—Y yo tengo que ir acompañar a mi madre al médico —dice Vir.

No puedo ocultar mi cara de decepción y enfado.

—¿En serio? Pero si ya lo teníamos todo planeado...

—¡Lo sé, tía! —exclama Nerea agarrándome del brazo—. Pero escucha... ¿Qué te parece si lo dejamos para mañana?

«Bueno, es solo un día. No pasa nada», pienso, consolándome a pesar del chasco que me acabo de llevar.

—Vale, pues lo dejamos para mañana —acepto, tratando de sonreír.

Nerea pega uno de sus saltitos de pequeña saltamontes y me abraza con tanta intensidad que casi me tira al suelo. Es delgada, pero la fuerza que tiene a veces me asusta.

—Pues venga chicas, vamos para clase que se hace tarde —dice Vir.

—Id yendo vosotras, que yo tengo que ir un momento a mi taquilla —digo, mirándolas a las dos—. Ahora os veo.

Ambas asienten y se marchan por el pasillo cogidas de la mano. Me quedo durante varios segundos con la mirada perdida. No sé muy bien por qué, pero me da la sensación de que algo acaba de pasar y no me he enterado. Nerea estaba como siempre, aunque no me ha hecho mucha gracia que se haya estropeado nuestra quedada anual de compras. Sin embargo, Vir estaba bastante rara, ausente... Es cierto que durante las últimas dos semanas la he notado algo más seria y callada que de costumbre, pero puede que solo sean imaginaciones mías. Después de todo, hace unos días le pregunté que si le pasaba algo y me dijo que no, que todo iba bien. Así que sí, supongo que a veces le doy demasiadas vueltas a las cosas, cuando en realidad no hay nada por lo que preocuparse. O al menos nada importante.

El timbre suena con fuerza y vuelvo a centrarme en lo que estaba haciendo. Voy a mi taquilla, la abro, cojo mis libros y, tras cerrarla, me dirijo hacia la primera clase de mi último día. Es el comienzo del final de una etapa, pero también el principio del resto de mi vida. ¡Mundo, allá voy!

*Viernes 11:03*



Acabo de salir al patio para disfrutar de mi último recreo cuando oigo varios cuchicheos y risas nerviosas a mi alrededor. Puede que no sepa del todo de qué se trata, pero si tuviese que decir algo, solo pronunciaría un nombre: Paolo.

Paolo es la estrella del colegio y acaba de volver después de estar fuera varias semanas de promoción por España. Es cantante y todo el mundo está como loco con sus canciones, con sus letras, y bueno, con él (para qué nos vamos a engañar). Es guapo, simpático, tiene una voz increíble y gran éxito. Tiene todo lo que cualquiera de nosotros esperamos alcanzar algún día. No solo es nuestro compañero, sino alguien a quien admiramos por todo lo que está consiguiendo en la vida. Si hay algo que me parece alucinante en él es su capacidad para compaginar su carrera musical con los estudios y no fallar en el intento. Sus notas quizás no sean sobresalientes, pero tampoco nadie podría definirlos de mediocres. Tiene mucho mérito todo lo que se está esforzando desde que empezó su camino como cantante, eso está claro. Quién algo quiere, algo le cuesta. Y Paolo lo está consiguiendo con esfuerzo, trabajo y dedicación.

Los gritos de emoción avanzan por el patio, y es entonces cuando por fin puedo verle; lleva puestas unas gafas de sol y muestra una gran sonrisa. Desde luego, el don de gentes no le falta. Le cae bien a todo el mundo. Los chicos quieren ser como él y las chicas tenerle cerca (y algunas cuanto más cerca, mejor).

Sin embargo, ahora que le veo rodeado de gente que le saluda, que le anima, que le pide una foto o autógrafo, no puedo evitar acordarme de cómo fue todo al principio. Si ahora esos son todos los que le halagan, cuando no era famoso o no tenía sus canciones en lo alto de las listas de éxitos, la realidad era muy diferente. Al poco de que todo el mundo se enterase de que iba a salir a la venta su primer disco, no tardaron en aparecer opiniones de algunos envidiosos que no dejaban de lanzar rumores estúpidos por el instituto y que acabaron complicándole la vida de forma injusta y cruel. No fueron muchos los que llevaron a cabo esa campaña de desprestigio contra él, pero sí fueron bastantes los que prefirieron no enfrentarse a ellos, quedándose callados ante lo que estaba pasando.

Aunque claro, no todo el mundo le dio la espalda en aquel momento. Paolo siempre ha tenido a su lado a dos personas: Elsa y Álvaro. Los tres han sido muy amigos desde siempre. Lo han sido antes y lo han sido después de que toda la fama llegase a la vida de Paolo. Supongo que eso demuestra lo que es la verdadera amistad, ¿no? ¿De qué vale que ahora todo el mundo se le pegue si no estuvieron a su lado cuando no era la gran estrella que es? Ahora todo el mundo quiere formar parte de su vida, pero muy pocas personas se lo merecen por cómo se portaron con él en aquella época.

Yo, en realidad, nunca he llegado a formar parte de su círculo de amigos. Lo más cerca que he estado de hacerlo fue durante unos minutos que pasamos juntos, hará ya tres años y algo. Recuerdo que fue en la etapa más dura para él. Yo iba hacia el baño cuando escuché dentro de una clase lo que parecía ser un llanto. Era muy raro que

alguien estuviese ahí, ya que era la hora del recreo y todo el mundo estaba en el patio. Con cuidado me acerqué a la puerta y entonces, sí, convencida de que alguien lo estaba pasando mal, llamé dos veces. El ruido al otro lado dejó de sonar, y fue al abrir la puerta cuando le vi apoyado contra la ventana. Tenía los ojos rojos como consecuencia de haber estado llorando durante un buen rato. Me acerqué a él y me senté a su lado. Estuvimos hablando durante unos minutos y, aunque no habíamos charlado nunca, me di cuenta de que era alguien bueno. No se merecía lo que le estaba pasando, y así se lo dije. Me confesó que no entendía por qué le estaban haciendo todo aquello cuando él solo estaba luchando por conseguir su sueño. Tenía razón. Nadie merece ser acosado, insultado o maltratado por nada ni por nadie. Y menos aún por intentar alcanzar aquello que uno desea.

Pasados unos minutos Paolo estaba mucho más tranquilo y animado. Al despedirnos nos dijimos nuestros nombres e intercambiamos nuestros números de teléfono, pero nunca llegamos a llamarnos. Han pasado más de tres años desde entonces y no hemos vuelto a hablar, aunque también es normal con lo grande que es el instituto y la cantidad de estudiantes que hay. Lo más seguro es que ya ni se acuerde de mí. Pero al menos me siento feliz por haber compartido ese momento con él, y haberle podido conocer antes de que todo el éxito llegase a su vida. Desde entonces han sido muchas las veces en las que he sentido algo especial por él. Siempre le he tenido presente en mi vida y nunca he olvidado aquella conversación. No es que esté enamorada de él (nunca me he enamorado de nadie, o eso creo), pero sí es cierto que desde ese momento, cada vez que le veo por el instituto o en algún medio de comunicación, no puedo evitar sentir algo en mi interior; una mezcla extraña entre alegría y ternura. No sé qué será ese algo, pero lo llevo conmigo desde ese día y no lo he podido olvidar.

Puede que algún día le llame, ahora que estamos a punto de acabar el instituto. Pero supongo que si nunca lo he hecho es porque en realidad no me he atrevido a hacerlo. Al fin y al cabo él es un gran artista, tiene una vida llena de galas, actuaciones, entrevistas..., y no creo que le hiciese mucha gracia que alguien como yo le llamase para hacerle perder el tiempo. Ahora es alguien muy diferente al chico que estaba triste en aquella clase. Yo no formo parte de su mundo y no creo que llegue a formar parte de él nunca. Estamos cada uno en una realidad muy distinta, pero no pasa nada. Me siento feliz al verle cosechando éxitos y siendo tan querido. Después de todo lo que ha pasado, se lo merece. Yo, por mi parte, me quedo con aquellos minutos que pasamos juntos. Nunca he sabido si para él fueron tan importantes como lo han sido para mí. Puede que nunca lo llegue a saber. O puede que sí. ¡Quién sabe!

*Viernes 13:58*

Miro hacia el reloj de madera que está colgado sobre la pizarra y observo cómo el

segundero avanza imparable. Tic, tac, tic, tac... Cada segundo que pasa es un segundo menos para dejar atrás muchas cosas malas, pero también muchas buenas. De repente me invade una gran sensación de melancolía al darme cuenta de que ya nunca más volveré a estar en esta clase, ni en ninguna otra de este instituto, que ya no volveré a ir a la cafetería a por el desayuno, que ya no volveré a reír y llorar entre estos pasillos. Nunca volveré a hacer ninguna de las cosas que he hecho durante tantos años. Ya no volveré a ver a mis profesores, aunque en algunos casos me alegro mucho, la verdad. Pero otros han sido personas con las que he aprendido mucho y nunca voy a olvidar. Y además, ya no veré a muchos de mis compañeros, por lo menos, no todos los días como ahora. Es una pena, pero todo está a punto de acabar. Por delante nos espera la Selectividad, y después cada uno cogerá un camino diferente según lo que quiera estudiar y hacer a partir de ahora. Ya nada volverá a ser lo mismo. Y aunque me da pena, todo tiene que continuar.

El timbre suena por última vez y todo el mundo se vuelve loco de golpe. Para algunos ha acabado el curso, pero para otros ese sonido significa que el instituto ha terminado y la alegría inunda el lugar. Besos, abrazos, saludos, recuerdos... Todo se amontona de forma más o menos lógica, pero sin sentido al mismo tiempo. Los amigos son más amigos, los que nunca se han hablado se despiden como si hubiesen sido amigos desde el primer día y los enemigos se disculpan por todo aquello que les enfrentó en el pasado. Es todo un espectáculo, pero al fin y al cabo, ¿quién puede decir nada? Es el último día y es mejor quedarse con un bonito recuerdo que arrastrar antiguos rencores, envidias o golpes bajos.

Camino entre la gente llena de alegría cuando escucho cómo me llega un sms. Rebusco mi móvil por el bolso hasta que finalmente doy con él. Lo abro y veo que el mensaje es de mi madre.

*¡Felicidades Sonia! Has acabado el instituto, pero te espera una nueva etapa de sueños y proyectos maravillosos. Estoy muy orgullosa de ti. Te quiero. Mamá.*

Al terminar de leerlo no puedo evitar sonreír. ¡Mi madre! ¡Qué emocional es! Pero la quiero por ello.

Dudo un momento si contestarle ahora o no, pero al final decido darle las gracias en persona. Al fin y al cabo, en tan solo unas horas nos veremos y se lo podré agradecer con uno de nuestros abrazos de oso. Suspiro feliz y guardo el móvil de nuevo en mi bolso. A continuación voy hacia la salida donde he quedado con Sergio, mi mejor amigo, para comer juntos. Después de que se haya cancelado mi plan de esta tarde con Nerea y Vir, seguro que pasar un rato con él me anima. Si hay algo que siempre consigue cuando nos vemos es hacerme reír. Es un chico estupendo y me siento muy feliz por tenerle como amigo. No me ha fallado nunca y es una parte muy importante de mi vida. No se qué haría sin él. Es diferente, es especial, es único. Es

Sergio.

*Viernes 15:03*

Llevo esperando a Sergio durante algo más de una hora, y no sé nada de él. Habíamos quedado a las dos y ya son casi las tres y cinco de la tarde. Es raro. Es muy raro. Nunca ha llegado tarde y no entiendo qué ha podido pasarle para no haber venido aún. ¿Estará bien? ¿Le habrá ocurrido algo? Miro de nuevo mi móvil. Ninguna llamada, ningún mensaje de texto. Nada. Camino de acá para allá varias veces mientras me voy quedando cada vez más sola en la zona. Ya casi todos se han ido a sus casas, pero yo no me puedo ir. Si he quedado con Sergio debo esperarle. Seguro que no ha pasado nada y aparece de un momento a otro con su gran sonrisa, su pelo rubio despeinado y sus historias absurdas que tanto me hacen reír. Seguro que le ha pillado algo de tráfico o ha tenido que hacer algún recado para sus padres. ¡Sí!, seguro que es solo eso. Seguro que todo va bien y está a punto de llegar.

*Viernes 15:10*

Vuelvo a marcar su número de móvil, pero sale de nuevo el maldito contestador de voz. Dejo otro mensaje, por si tengo más suerte que las tres veces anteriores. Tras el pitido, hablo.

—¡Hola Sergio! Soy yo de nuevo... —digo tratando de controlar los nervios que siento—. Son las tres y diez y estoy muy preocupada. Voy a volverme ya para casa, pero llámame cuando escuches esto para saber que todo va bien, ¿vale? Un beso, Sergio. Y llámame, por favor...

Voy a decir algo más, pero decido no hacerlo y cuelgo. Miro a mi alrededor y veo que estoy completamente sola. No hay nadie en la zona. Esto es lo que más odio de nuestro barrio, la soledad de sus calles. Es una zona empresarial en su mayor parte, por lo que a partir de las tres todo se queda vacío. Ya no hay trabajadores de oficina, ya no hay estudiantes. Ya no hay nadie, solo silencio y soledad.

Vivo a unas cuantas manzanas, así que agarro bien mi bolso, en el que llevo todo lo que tenía guardado en mi taquilla, y comienzo a caminar por las solitarias calles de mi barrio rumbo a casa. Tengo ganas de ver a mi madre y a mi hermana, pero sobre todo, de saber qué le ha pasado a Sergio.

## De vuelta a casa

*Viernes 15:12*

Las calles van sucediéndose una tras otra. Algunas son más anchas, otras son más estrechas. Sin embargo, todas tienen algo en común: están desiertas.

Parece que fue ayer cuando mi hermana y yo teníamos miedo a volver solas, y nuestra madre nos recogía para llevarnos a casa y poder, como ella decía, «llegar sanas y salvas». Ahora escuchar esta historia nos produce a ambas una sensación de vergüenza terrible, pero era la pura verdad. Teníamos miedo a ir por nuestro barrio y, aunque ahora no nos haga gracia oírlo, en cierto modo todavía nos seguimos sintiendo así. Durante muchos años nuestra madre pudo venir a por nosotras en coche, pero desde que empezó a trabajar de secretaria en uno de los bancos de la ciudad, fui yo la que me encargué de recoger a Rebeca y llevarla a casa después de las clases. A medida que Rebeca se fue haciendo mayor, dejó de querer que yo fuese a buscarla. Y de esta forma, cada una empezamos a volver a casa por nuestra cuenta.

Hace un año Sergio se sacó el carnet de conducir (sí, es tres años mayor que yo), y desde que lo tuvo se ofreció a buscarme a la salida del instituto para llevarme a casa, ya que éramos vecinos y no le costaba nada. Lo lleva haciendo desde entonces y no había fallado nunca. Nunca hasta hoy, mi último día. Me vuelvo a sentir muy preocupada por él, pero estoy a apenas seis o siete calles de mi casa, así que pronto podré saber qué le ha ocurrido. Al fin y al cabo, no gano nada dándole vueltas ahora, así que decido distraerme con pensamientos mejores.

Recuerdo el día que nos conocimos, hace casi tres años. Había llegado a casa de vuelta de clase, cuando me di cuenta de que me había dejado las llaves encima de la mesa de mi habitación. Muy lista, ¿verdad? En fin... Mi madre estaba trabajando y Rebeca tenía una fiesta de cumpleaños con sus amigas de clase, así que nadie podía acercarse para abrirme. Viendo que no tenía muchas opciones, decidí sentarme en el portal del edificio y leer un rato. Podría haber entrado, ya que estaba el portero, pero como hacía buena tarde, opté por tomar un poco el aire. Me encontraba leyendo la última novela de Nicholas Sparks, cuando alguien me habló desde arriba.

—¡Hola!

Medio cerré el libro y levanté la mirada. Era un chico rubio, delgado, tenía el pelo de punta y no dejaba de sonreír.

—¡Hola! —le dije, devolviéndole la sonrisa.

—¿Te molesto? —me preguntó algo cortado.

—¡No! ¡Qué va! —exclamé, haciéndole sitio a mi lado—. ¿Quieres sentarte?

Él miró hacia el hueco que le había hecho, se encogió de hombros y respondió alegremente.

—¡Vale!

Una vez los dos estuvimos en el suelo, miró hacia mi libro con cara de pillo y preguntó:

—¿Qué lees?

—El último libro de Nicholas Sparks.

—No le conozco... ¿Qué escribe?

—Novelas románticas.

—¡Ah! ¡Así que crees en el amor! —me dijo guiñándome un ojo.

—Sí, pero no sé... No estoy segura de que a muchas personas les pasen historias como las que este autor escribe en sus novelas. Son historias muy bonitas, no me malinterpretas, pero me gustaría que a mí también me pasase algo así.

—Ya... Entiendo lo que dices.

Nos quedamos un par de segundos en silencio.

—¡Me enfada!, ¿sabes? —exploté de golpe.

Se rio al ver mi reacción.

—¡Se ve! ¡Se ve!

—¡No, escucha! ¡Te lo digo en serio! ¿Cómo se sabe cuándo ocurre ese momento en el que te das cuenta de que la otra persona es TU persona? ¡Porque yo no lo he sentido nunca! Sin embargo, tú ves una película o lees un libro y dices: «ahí es». Pero, como a mí no me ha pasado nunca, me da un poco de rabia...

—Bueno, pero eso no quita que te pueda pasar cuando menos te lo esperes.

Me quedé pensando en lo que acababa de decir.

—¿Sabes lo que yo creo? —preguntó estirando las piernas y mirando al cielo con los ojos cerrados.

—¡Cuéntame...!

Me miró y completó mi frase con una sonrisa.

—¡Sergio!

Asentí al escuchar su nombre.

—¡Sonia! —exclamé, dándole con el hombro entre risas.

—¡Pues fíjate, Sonia! —exclamó con un tono de voz entre divertido y filosófico—. Yo creo que ese momento que tú dices, y que todos vemos en las películas, en la vida real también existe. Lo que pasa es que no hay música, ni frases ideales, ni efectos especiales por medio. Simplemente es un momento.

Le miré en silencio.

—¡Por ejemplo esto! —exclamó de golpe.

—¿Cómo? —le pregunté extrañada.

—¡Esto! ¡Tú y yo aquí hablando por primera vez! ¿Quién te dice que no sea esto

el comienzo de una historia como las de ese autor?

No pude evitar soltar una carcajada ante lo que acababa de decir.

—¡Pero si nos acabamos de conocer!

Él se encogió de hombros y me preguntó con seguridad:

—¿Y qué importa eso?

No supe qué responder. No nos conocíamos de nada, pero quizás fuese verdad que eso no tuviese ninguna importancia en nuestra historia. Muchas veces las personas que conocemos desde siempre nunca llegan a tocarnos el corazón; mientras que otras que llegan sin esperarlo a nuestra vida nos lo tocan para siempre en un solo segundo.

Ya han pasado casi tres años desde entonces, y al final se ha demostrado que Sergio aquella tarde tenía razón. Ese momento tan natural, tan sencillo y tan de verdad fue el comienzo de algo muy especial. Y no solo eso, sino que creo que lo que tenemos será para siempre. Pase lo que pase.

Termino de cruzar el paso de cebra y me doy cuenta de que estoy apenas a un par de calles de mi casa. En cuanto llegue, le llamaré para saber cómo está, pero sobre todo para decirle lo importante que es para mí como persona. Nuestra amistad no es comparable con ninguna otra. Nunca nos hemos tenido que demostrar nada. Hemos confiado el uno en el otro sin reservas. Siempre ha sido todo muy fácil, y justo por eso debo de decirle lo importante que es para mí. Quiero decírselo. Necesito que lo sepa. ¡Sí! ¡Está decidido!

Sonrío y entro por en el callejón trasero de mi casa. Es un atajo hasta la puerta principal del edificio, y como hoy tengo prisa por llegar, no dudo ni un segundo en decantarme por él en lugar de ir por el camino de siempre. Sin embargo, algo me llama la atención al final del mismo. Alguien viene hacia mí. «¡Genial! ¡Sola todo el camino de vuelta, y ahora me tengo que encontrar con alguien! ¿Quién será?» pienso muy nerviosa, mientras agarro con fuerza mi bolso.

El sol me deslumbra y no puedo verle con claridad, pero diría que es un tío. Lleva una sudadera con capucha, por lo que su cara está oculta entre sombras. Parece joven, pero no podría asegurarlo. Se mueve con chulería, con desgana, y se va inclinando de un lado a otro. Es como si estuviese bebido o drogado. No me gusta nada. Miro hacia atrás y me doy cuenta de que no viene nadie. No puedo pedir ayuda a nadie. No hay nadie más que él y yo. Estamos solos y cada vez está más cerca. El miedo se apodera de mí, pero no puedo dejar que se dé cuenta. Tengo que parecer segura de mí misma. «Tranquila», pienso mientras me tiemblan las manos, «no va a pasar nada».

De repente algo cambia en la dirección del extraño. ¿Me lo parece a mí, o ha dejado de ir en línea recta y, poco a poco, parece que está caminando en diagonal? Solo tardo un par de segundos en darme cuenta de que no son imaginaciones mías. Efectivamente, viene directo hacia mí. Sigo caminando despacio por el callejón, pero el miedo me ahoga. Con cada paso que doy siento menos las piernas y noto cómo el corazón me late a toda velocidad. El encapuchado está demasiado cerca y por eso ya

solo me queda una opción: continuar hasta el final.

Miro a la derecha: pared.

Miro a la izquierda: pared.

Estoy atrapada.

Estoy asustada.

No hay salida.

No hay vida.

Solo él y yo.

Solo una dirección.

Y un único final.

Cuando estamos más o menos a un metro de distancia le miro durante un instante, pero es suficiente para que su rostro me provoque un escalofrío por todo el cuerpo. Estoy en su punto de mira, ya no hay duda de ello, y su sonrisa retorcida me ha puesto la piel de gallina. Estoy a tan solo tres pasos de poder pasarle. A tan solo tres...

Uno...

Dos...

Tres...

Doy el cuarto paso y cierro los ojos, esperándome lo peor. Sin embargo..., no ocurre nada. Respiro hondo y pienso en lo tonta que he sido al asustarme tanto por una situación así. Pero es al abrir los ojos cuando el terror se apodera de mi interior, al verle justo delante de mí, sonriéndome de forma burlona. Instintivamente doy varios pasos hacia atrás y caigo de lado al suelo, de golpe al tropezar con una piedra que está incrustada en la tierra. La arena me raspa y me levanta la piel de la pierna sobre la que he caído. Escuece. Sangra. Duele.

—Hola, guapa... —me dice el encapuchado con un tono lascivo.

—¿Qué quieres? —le pregunto, mientras me arrastro hacia la pared—. ¡Por favor, no me hagas daño!

—Tranquila, muñeca... ¡No quiero hacerte daño! —responde, tambaleándose hacia los lados como un bufón borracho, mientras saca y abre una navaja—. Solo quiero que me des ese precioso bolsito tan mono que llevas.

Agarro mi bolso y lo levanto hacia él.

—¿Esto? —le grito—. ¡Pues cógelo! ¡No llevo nada! ¡Es todo tuyo!

Seguro que está bebido, o algo peor. No parece demasiado estable y puede que esa sea mi única baza. El encapuchado se agacha con dificultad a por el bolso y es, en el momento en el que está lo suficientemente cerca de mí, cuando tomo la decisión de actuar. Me lanzo contra él para empujarle y poder escapar, pero él realiza un único movimiento. Y es con ese movimiento con lo que pone punto final a todo. Noto cómo la hoja de la navaja me atraviesa el abdomen y me rasga los órganos sin piedad. El encapuchado me mira con horror y me agarra con fuerza.

—No, no, no... —Me empieza a decir con ira, mientras me zarandea—. ¡Qué has



hecho! ¡Esto no tenía que pasar!

Me mueve como si fuese una muñeca de trapo. Me zarandea varias veces más, hasta que me suelta y caigo al suelo de nuevo sin poder hacer nada por evitarlo. Tengo la navaja clavada, así que con las manos temblorosas me la saco y un chorro de sangre me salpica entera. El mareo me invade, pero no puedo dormirme. Debo hacer algo. No puede ser este mi final. Tengo miedo. Miedo a morir. Miedo a perderlo todo. Miedo al adiós.

Mi atacante va de un lado a otro. Está sudando sin parar y su mirada refleja el terror en estado puro.

—A... Ayú... dame, por favor... —le digo como puedo.

Duda unos instantes, pero finalmente reacciona. Se arrodilla a mi lado y trata de taponar mi herida con las manos. Sin embargo, por su cara, la suerte no debe de estar muy de mi parte.

—¡No sé qué hacer! —me grita con los ojos muy abiertos—. ¡Tan solo quería tu dinero! ¡Y mira ahora! ¡Dios! ¡Dios!

Le miro, esperando a que en cualquier momento se tranquilice, caiga en la solución y me ayude a salvarme. Cada vez el charco de sangre es más grande y veo más borroso. Necesito ayuda. Necesito su ayuda. Sin embargo, en lugar de eso, el encapuchado se acerca a mi cara con los ojos llorosos y, tras varios segundos de silencio, susurra:

—Lo siento. Lo siento mucho.

Y dicho esto, recoge la navaja del suelo, se levanta y sale corriendo, dejándome sola, ensangrentada y con el corazón más débil que nunca.

*Viernes 15:48*

Han pasado varios minutos desde que mi atacante se ha marchado y en mi cabeza solo se repite una idea: voy a morir. No puedo casi respirar y mi corazón va latiendo más lento cada segundo que pasa. La boca me sabe a sangre y veo cada vez más desdibujado lo que me rodea. Me duele todo. Me duele el cuerpo, me duele el alma. Tengo ganas de llorar, de gritar, pero lo más triste de todo es que no puedo hacerlo. No puedo hacer nada. Nada. De repente veo ante mí las caras de aquellos a los que quiero. Los rostros de mis seres queridos. Me miran y sonríen. Parecen felices y me tranquiliza verles así, pero también siento cómo se me rompe un poco más el corazón. Se me rompe por todo lo que estoy a punto de perder, por todos a los que nunca volveré a ver, por todo a lo que me veo obligada a decir adiós.

Mi madre.

Mi hermana.

Nerea.

Vir.

Paolo.

Sergio.

Dejo caer la cabeza hacia un lado, y es entonces cuando veo mi móvil tirado en el suelo y tengo una última idea. Lo cojo tras varios intentos fallidos, y marco como puedo todos los números. Después, aprieto el botón que activa el altavoz y cierro los ojos, mientras cojo aire por última vez.

Primer tono...

Segundo tono...

Tercer to...

Cuarto...

Quin...

Y es entonces cuando todo se nubla. Ya no veo nada. Ya no escucho nada. Solo quedan dos palabras en mi mente, antes de hundirme en la oscuridad: te quiero.

## El fin

Viernes 16:02

Abro los ojos despacio y veo que aún estoy en el suelo tirada. ¿Cuánto tiempo llevo inconsciente? No sé muy bien qué ha pasado, pero recuerdo al atracador y cómo he caído al suelo después de que su navaja se me clavase en el estómago. No sé si alguien me ha visto, o si alguien ha pedido ayuda, aunque lo importante es que vuelvo a estar consciente. Sin embargo, hay algo raro en mí. No siento nada, ni bueno, ni malo. Nada.

Levanto la mirada y veo que hay alguien sentado cerca. No puedo distinguir del todo quién es. Parece un chico, pero no estoy segura de si es o no alguien conocido. Solo puedo ver que está apoyado contra la pared y que me mira. ¿Quién demonios será? ¿Por qué no me ayuda, en lugar de quedarse ahí? Veo mi móvil, que está en el suelo, y es entonces cuando la figura que está a mi lado habla.

—No te esfuerces, Sonia.

¿Perdón? ¿Acaba de decir mi nombre? ¿Así que me conoce?

El chico, porque ya no hay duda de ello tras escucharle, se levanta, viene hacia mí despacio y acerca su cara a la mía. Mi visión se ajusta y todo se enfoca por fin. Y es en ese momento cuando puedo verle con total claridad; tiene la cara redonda, es moreno y sus ojos son de color azul. Al mirarle, algo de él me abruma. No puedo moverme y está demasiado cerca de mí. Si tiene pensado hacerme daño, puede hacerlo tranquilamente, pero de repente, inclina la cabeza y me sonrío. Me tranquilizo. No parece peligroso, pero tampoco entiendo por qué no ha pedido ayuda. ¿O quizás lo haya hecho? No entiendo nada. Intento decir la palabra *ayuda*, pero no soy capaz. No puedo. ¿Qué me pasa? ¿Qué ocurre? Algo no va bien y él lo nota de inmediato.

—¡Vale, vale! —exclama con gesto amable—. Tranquila. Confía en mí.

Y dicho esto, acerca su mano a mi cara y me roza suavemente, mientras pronuncia en voz baja la palabra *sal*. Al instante, noto cómo me elevo lentamente y paso a estar de pie a su lado. Le miro, y él me sonrío en silencio. Sin decir nada, expreso mi desconcierto por todo lo que está pasando y dirijo mi mirada hacia el suelo. Al hacerlo, me doy cuenta de todo. Allí, sobre la arena ensangrentada, está mi cuerpo. Y es en ese instante cuando sé que ya no hay esperanza, que ya no hay ninguna posibilidad para mí. Me doy cuenta de que todo ha terminado. He muerto y

mi vida ha acabado.

De repente vuelvo a sentir de nuevo y un golpe de dolor me sacude por dentro. Aterrorizada ante lo que acabo de descubrir, le miro con los ojos llenos de lágrimas, esperando que me diga que todo esto no es más que una pesadilla, que nada es real, pero no lo hace. Al contrario, suspira y asiente emocionado, dejándome claro que todo es cierto y que ha llegado mi fin; el fin de dieciocho años de vida, el fin de muchos sueños, de cientos de deseos y de miles de historias y aventuras aún por vivir.

Sin poder remediarlo, rompo a llorar por todo lo perdido, por todo lo no vivido. Aunque no le conozco de nada, me abrazo a él como si fuese mi última esperanza. Al fin y al cabo es lo único que me queda. Lo único verdadero. Lo único real.

## El guía

*Viernes 16:19*

Llevo varios minutos llorando abrazada a alguien que no conozco de nada, cuando pienso en la locura que es todo esto y me aparto de golpe de su lado.

—¡Pero, qué...! —exclama extrañado por mi cambio de comportamiento—. ¡Si solo estoy aquí para ayudarte!

—Sí, claro... ¡Ayudar! —Le rebato llena de rabia.

—¡Pues sí! —me dice convencido—. Ahora no me digas que no te sientes mejor.

—¿Mejor? —le pregunto con ironía—. ¿Estar muerta es para ti estar mejor? Porque vamos, para mí, y seguro que para la mayoría de los seres humanos, no es un estado de felicidad ni de nada parecido. Además... ¡tú qué sabrás! No tengo ni idea de quién eres, ni de lo que pretendes. No sabes nada de mí, ni tampoco de mi vida.

Su gesto cambia y se vuelve más serio, pero también más tranquilo.

—En realidad, sé mucho. Más de lo que tú te crees.

—¿Ah, sí? ¿Sobre qué? —le pregunto.

—Pues sobre muchas cosas...

—¡No, venga...! —exclamo levantando los brazos hacia el cielo—. Ya que dices saber tanto sobre mí, dime algo que me sorprenda.

Se queda pensativo y con seguridad dice:

—En primer lugar... sé que te llamas Sonia.

—¡Vaya prueba! —exclamo—. No sé cómo lo has averiguado, pero imagino que me habrás cogido la cartera mientras estaba inconsciente y lo has visto en mi DNI.

—Sé que eres de esta ciudad...

—¿Hola? ¿Y dónde estamos?

—Que tienes dieciocho años...

—Es el número que está pintado en mi mochila...

—Que tu madre se llama Andrea...

—Un nombre común...

—Y que tu padre ya no está en tu vida, porque falleció cuando tenías doce años, de un cáncer terminal, dejando a tu madre con dos niñas preciosas que cuidar y con el corazón tan roto que con solo ver a sus dos pequeñas ser felices le haría a ella serlo.

Algo se resquebraja en mi interior al escuchar aquellas palabras. ¿Cómo ha podido saber que mi padre falleció hace tantos años? Y no solo eso, sino que es

imposible que haya averiguado por azar el motivo por el que ya no está con nosotras. Me invade el miedo. Me siento vigilada y no me gusta.

—¿Cómo? Quiero decir... ¿quién te lo ha contado? ¿Quién eres?

Doy dos pasos hacia atrás mientras le señalo con el dedo de forma acusatoria.

—Sonia, por favor. Ya te he dicho que puedes confiar en mí.

Se acerca.

—¡Atrás! —le grito muy nerviosa—. Te lo voy a preguntar solo una vez más. ¿Quién eres?

Él suspira y, con tranquilidad, responde:

—Tu guía.

Me quedo a cuadros.

—¿Perdona? —le pregunto, manteniendo las distancias—. Eres mi ¿qué?

—A ver, si me dejas que te expli...

—¿¿Que eres mi qué?? —le grito con todas mis fuerzas.

—¡Tu guía, Sonia! ¡Soy tu guía! —me responde.

Le miro fijamente sin saber qué decir durante varios segundos. ¿Mi guía? ¿Y para qué me hace falta a mí un guía?

—A ver... —Comienzo a decir, mientras trato de encajar todas las piezas en mi cabeza—. Dices que eres mi guía, pero dime... ¿cómo te llamas?

Se queda en silencio y mira hacia el suelo.

—Verás, yo... no tengo nombre.

Le miro extrañada ante lo que me acaba de decir.

—¿Cómo que no tienes nombre? —pregunto sin poder ocultar mi sorpresa—. Todo el mundo tiene un nombre, o al menos debería tenerlo...

Él me mira con los labios apretados y niega con la cabeza. Parece sincero, así que decido cambiar un poco mi actitud.

—Lo siento, es que todo esto me parece tan absurdo... Pero bueno, vale, déjame pensar... —digo mirándole de arriba abajo varias veces, mientras trato de encontrar un nombre que pueda encajar con el chico que tengo ante mí—. ¿Qué te parece... Jaime?

—¿Jaime? —repito pensativo—. Seguidor de Dios... Me gusta.

Sonríe y extiende su mano hacia mí. No puedo evitar mirarla con desconfianza durante unos instantes, pero tras intercambiar un par de miradas con él, decido estrechársela.

—Vale, Jaime, yo soy Sonia... —le digo lentamente—. Aunque claro, eso ya lo sabes.

Jaime me mira con gesto afable y eso hace que me tranquilice poco a poco. Le miro de reojo y me da la sensación de que quizás me haya pasado al desconfiar tanto de él, y me avergüenzo por cómo me he comportado. ¿Qué habrá pensado de mí? ¡Seguro que cree que estoy loca o algo peor!

—Muy bien, Jaime... Ahora dime, ¿por qué estás aquí? —le pregunto,

cruzándome de brazos.

—He estado aquí para ayudarte.

—¿Cómo que has estado? —le pregunto confundida al escucharle hablar en pasado—. ¿Desde cuándo?

Ríe y se apoya contra la pared.

—¡Supongo que desde siempre!

«¿Desde siempre? ¡Pero si no le había visto nunca!», pienso cada vez más desconcertada.

—Ya... —le digo, mirándole de reojo—. Así que eres mi guía, llevas conmigo desde siempre y además estás aquí para ayudarme.

Mantiene los ojos cerrados y asiente con cada cosa que digo. Parece convencido, seguro de sí mismo..., pero sigo sin fiarme del todo. Ya no creo que sus intenciones sean malas, pero necesito saber más.

—¿Qué me quieres decir? —le pregunto incrédula—. ¿Que eres mi ángel de la guarda?

Inclina levemente su cabeza y, con una ligera sonrisa en los labios, responde.

—No exactamente...

—¿Entonces?

—Supongo que podría decirse que soy alguien que tiene algo que enseñarte, algo que te ayudará a avanzar, algo que te permitirá cerrar este capítulo y seguir adelante adonde quiera que debas ir.

—¡Buf! —exclamo, sentándome en el suelo—. Esto parece un capítulo de la serie *Entre fantasmas...*

Jaime suelta una carcajada y se sienta a mi lado.

—Sí, se podría decir que sí. La diferencia es que yo ni soy un ser humano, como la protagonista de esa serie, ni tampoco voy a poder ayudar a comunicarte con tus seres queridos. Aquí todo es algo más complejo que como lo pintan por televisión...

Guardo silencio durante varios segundos. Miro mi cuerpo inerte en el suelo y pienso en todo lo que Jaime me acaba de contar.

—Y si no eres un ser humano... ¿qué eres?

—Soy parte de ti.

—¡Sí, claro! ¡Jajaja! ¿Cómo? —exclamo, dando una palmada.

—Escúchame, Sonia. A todos los seres humanos al nacer se les asigna lo que se conoce como un guía.

—¿Y qué es un guía? —le pregunto de forma misteriosa.

—Alguien que te acompaña durante toda tu vida.

Resoplo al escuchar su respuesta.

—Vamos, un ángel de la guarda...

Jaime me mira fijamente.

—Mi misión como guía, desde el día que naciste, ha sido estar a tu lado, conocerte a ti y a todos los que te rodean y estar contigo en los buenos y malos

momentos, pero no ha sido salvarte ni cuidarte. Por lo tanto, no soy un ángel de la guarda.

—Y entonces, ¿qué función tienes ahora que mi vida ha terminado?

—Un guía no solo debe conocer a la persona que le es asignada, sino que le debe acompañar en un último recorrido, para que así esta cierre del todo su historia y pueda seguir adelante sin ninguna cuenta pendiente.

«Un último recorrido...», pienso. Tengo muchas ganas de saber a qué se refiere, pero antes de nada quiero saber más sobre todo lo que está ocurriendo a mi alrededor.

—Vale. Digamos que te creo y que estoy dispuesta a hacer ese último recorrido contigo, pero antes respóndeme a una cosa: ¿dónde estamos exactamente? —le pregunto mirando a mi alrededor.

—Esto, Sonia —dice Jaime levantándose del suelo—, es el otro lado.

Me dispongo a levantarme también, pero justo antes de que lo haga, Jaime me ofrece su mano para ayudarme a hacerlo. La acepto.

—¿El otro lado? —le pregunto ya en pie—. ¿Es como si fuese otra realidad?

—Sí, algo así. Cuando una persona muere, su cuerpo se queda en el lado de los vivos, pero su alma, con la ayuda de un guía, consigue llegar hasta aquí, hasta el otro lado. En este lugar es donde los guías vivimos, y es desde donde os acompañamos durante toda vuestra vida sin que los humanos lo sepáis. Es una realidad idéntica a la vuestra, pero invisible a ojos de todo ser vivo.

—Así que es como si fuese un paso previo a lo que hay después, ¿no?

—Sí. Lo que pasa es que yo tampoco sé qué es lo que hay después. La vida de un guía dura lo mismo que la vida de la persona que le es asignada. Ni más, ni menos. Ambos nacen al mismo tiempo. Ambos comparten la misma vida, el mismo recorrido, y solo juntos, pueden atravesar este plano para ir a lo que hay más allá.

Al escuchar su explicación me doy cuenta de que, si es cierto todo lo que me acaba de contar, en realidad le debo mucho. Si es verdad que me ha acompañado durante toda mi vida, es como si estuviese ante la persona que mejor me conoce del mundo. Y eso me hace sentir bien. Me encuentro ante alguien que podría ser mi mejor amigo, alguien que sabe perfectamente quién eres, que no te juzga, que no pretende hacerte daño, sino todo lo contrario. Alguien que te ha acompañado en todo momento y que ha estado siempre a tu lado. Una parte de mi...

Al pensar en todo ello me vuelvo a sentir avergonzada por cómo le he tratado hace tan solo unos minutos.

—Oye, Jaime... No sé qué debemos hacer ahora, pero quería pedirte perdón por cómo me he comportado hace un rato. No sabía quién eras y tenía miedo. Lo siento mucho, de verdad...

—¡No, por favor! —me dice, metiéndose las manos en los bolsillos con humildad—. ¡Lo sé, lo sé! No es necesario que te disculpes por nada.

—Ya, pero... —Trato de continuar.

—Escúchame, Sonia —zanja amablemente—. Te conozco desde que te reíste por



primera vez. He visto cada uno de los mejores momentos de tu vida, así como los peores. He soñado, reído y llorado contigo, y sé que nunca harías daño a nadie. Puede que yo sea alguien nuevo para ti, pero te conozco desde siempre. Así que gracias por las disculpas, pero no tienes por qué sentirte mal por cómo has actuado hace un rato. Al fin y al cabo, acabas de morir y la muerte es lo que más miedo da a los seres humanos. Sin embargo, ¿sabes una cosa? Yo daría lo que fuese por estar vivo un solo día, por poder sentir el calor del sol en mi cara y ser capaz de correr por la playa notando el agua fría bajo mis pies; ser libre, ser capaz de amar a alguien y ser amado de vuelta. Con esto no quiero que entiendas que no me agrada mi vida. Ser un guía es algo genial, créeme, pero, como todo en este mundo, nada ni nadie lo tiene todo.

En completo silencio, asiento agradecida, pero sobre todo emocionada. ¿Cómo es posible que a pesar de que en muchos momentos me haya sentido sola, en realidad no lo haya estado nunca? Cada una de las palabras que Jaime acaba de decir se me graban en la memoria y me hacen reflexionar sobre lo que acaba de ocurrir. ¿Tendrá razón al decir que me debería sentir feliz por haber tenido la vida que he tenido? ¿Soy una persona egoísta al desear no haber muerto, y haber podido hacer, decir y sentir todas las cosas que he querido durante todos estos años y que ya no podrán ser? Si ese último recorrido es tan importante cómo él dice, quizás aún no sea tarde para cumplir alguno de esos sueños. Quizás aún pueda lograrlo. Quizás aún sea posible.

—Bueno, ¿y ahora qué? —le pregunto.

—Pues si estás lista, creo que es hora de comenzar tu último recorrido.

—Querrás decir nuestro último recorrido, ¿no? —le pregunto.

Jaime asiente y sonrío.

—¡Muy bien! —exclama—. Acércate.

Me aproximo hacia él y me pongo delante suyo.

—¿Aquí estoy bien? —le pregunto, mirándole a los ojos.

—Sí, muy bien. Ahora dame las manos.

Alarga sus brazos y me muestra las dos palmas extendidas. Con decisión, uno mis manos con las suyas.

—Puede que sientas algo de vértigo, al ser la primera vez que nos desplazamos.

—Espera. ¿Cómo que la primera vez? —le pregunto algo asustada—. ¿Acaso va a haber más de una parada?

—¡Sí! —exclama con decisión—. Habrá tantas paradas como tú necesites hacer para cerrar todos aquellos asuntos que tengas pendientes.

Asiento con una risa nerviosa y miro por última vez mi cuerpo vacío, que sigue sin vida en el suelo. No sé qué será de mí, pero el único camino que puedo recorrer es con Jaime, así que no tengo dudas. Estoy dispuesta a ir con él y descubrir lo que me espera en este último tramo.

—¿Preparada? —pregunta Jaime, apretándome con fuerza las manos.

—Sí, creo que sí —digo lo más convencida posible—. Pero ¿qué pasa con mi cuerpo?

De repente se escucha algo a lo lejos: una sirena de ambulancia.

—No te preocupes por tu cuerpo —me dice Jaime—. Ahora es el momento de ocuparnos de tu alma.

Mi guía cierra los ojos, una cúpula de luz azul nos envuelve y Jaime pronuncia las siguientes palabras en forma de encantamiento:

*La vida de un alma se ha acabado,  
y el momento del recorrido ha llegado.  
Yo soy su guía, yo la acompaño  
a través del tiempo, a través del espacio.  
Que este viaje dé paz a mi ser más amado.*

Y al decir la última palabra, desaparecemos de inmediato.

## Primera parada

*Viernes 17:23*

**A**l notar el suelo bajo mis pies, intento no desvanecerme por la impresión que llevo encima. Acabamos de trasladarnos de un lugar a otro en un abrir y cerrar de ojos, y eso a mi alma no le ha hecho ninguna gracia.

—¿Estás bien? —me pregunta Jaime con una ligera sonrisa en la cara.

Asiento, pero la cabeza me da vueltas y siento una sensación de vacío indescriptible.

—Te ofrecería un vaso de agua, pero, claro... —me dice en broma.

—¡Qué majo! —exclamo con ironía—. Supongo que no me valdría de mucho, ahora que ya no estoy viva.

—La verdad es que no de mucho, no... —responde, guiñándome un ojo—. Y no te quejes, porque solo puedes sentir lo que afecta a tu alma.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que el lugar en el que nos encontramos no es desconocido para mí, sino todo lo contrario.

—Pero, Jaime... ¡estamos en mi casa! Es mi cocina... —le digo con melancolía—. ¿Qué hacemos aquí?

—Esta es la primera parada de nuestro recorrido.

—Ya, pero ¿por qué? ¿Para qué? ¿A qué hemos venido?

Jaime se sienta en una silla de madera que hay a su lado. Se muestra serio pero tranquilo. Relajado pero expectante. Levanta la mano lentamente, y justo cuando voy a decirle algo, el teléfono de la cocina comienza a sonar. De forma instintiva voy a cogerlo, pero Jaime me mira de golpe y me detengo en seco. Me siento paralizada, confusa, perdida. No entiendo nada. ¿Qué está ocurriendo? ¿Qué se supone que significa todo esto?

En ese momento entra por la puerta de la cocina una de las personas a las que más he querido en mi vida, una de las personas a las que más he admirado, que más ha significado para mí. Esa persona es mi madre. Se acerca con una gran sonrisa al teléfono, lo descuelga y contesta con alegría, con su alegría. Asiente un par de veces y tras un breve intento de pronunciar alguna palabra, algo cambia en su expresión. Ya no hay alegría. Ya no hay nada. Algo se ha roto en su interior. Lentamente se lleva la mano a la boca y sus ojos se empiezan a llenar de lágrimas. Le tiemblan las piernas. Su mirada se pierde en el infinito y el teléfono se le cae de las manos. Se agarra a la

encimera y va descendiendo, poco a poco, hasta el suelo, donde rompe a llorar desconsoladamente.

—¿Qué ha pasado, Jaime? ¿Quién era? ¿Por qué llora mi madre? ¡Ayúdala, por favor!

Jaime mira la escena con tristeza.

—La policía le acaba de decir a tu madre que has muerto.

Me quedo paralizada al escuchar sus palabras.

—Sé que es duro Sonia, pero no puedo hacer nada. Ojalá pudiese, pero no. Lo siento muchísimo.

No puedo creer lo que está pasando. Mi madre acaba de saber que he muerto, pero en realidad estoy aquí, a su lado, con ella. No me he ido a ninguna parte y debo intentar conseguir que lo sepa. Me tiro al suelo y me sitúo delante de ella.

—¡Mamá, estoy aquí! —exclamo terriblemente emocionada, al verla tan afectada—. ¡Por favor, tranquila! ¡No me he ido a ninguna parte! No pasa nada, mamá. ¡Dios! Lo siento tanto...

Pero ella no me ve. Ella no me escucha. Ella no me siente. Simplemente llora. Me vuelvo hacia Jaime llena de ira y le pregunto con rabia.

—¿A esto hemos venido? ¿A ver como mi madre sufre al saber que he muerto? ¿Qué sentido tiene todo esto?

Me mira con los ojos llorosos. Está muy afectado.

—Sé que es duro, pero todo esto tiene un sentido.

Extiendo los brazos con nerviosismo.

—¡Pues explícamelo, porque yo no lo entiendo! El corazón de mi madre se acaba de partir, y yo tengo que verlo con mis propios ojos y no puedo hacer nada. No puedo decirle nada. No puedo ayudarla. ¡Nada!

Grito de dolor, pero no tengo casi fuerzas. Me siento cansada. Me siento derrotada, pero ante todo culpable. Muy culpable. Lo que estoy viendo es quizás lo más duro que una persona pueda ver. Una madre conociendo la noticia de que su hija ha muerto. No es justo. No tiene sentido. No puede tenerlo...

Jaime se levanta de la silla, viene hacia mí y se arrodilla a mi lado. Me coge las manos y me mira a los ojos.

—Sonia, escúchame bien. Sé que esto es muy duro, pero es parte de nuestro camino. Todo lo que veremos en él tendrá un sentido. No te voy a mentir. El camino va a ser muy intenso, para bien y para mal. Pero tienes que prometerme que no te sentirás sola ni un momento. He estado, estoy y estaré siempre contigo. Nunca dejaré de estar a tu lado, pase lo que pase. ¡No lo olvides jamás! ¡Jamás!

No sé qué decir. Solo asiento y continúo mirándole a los ojos. Es increíble, pero hay algo de él que me hipnotiza, que me tranquiliza, que me hace sentir segura. Me da la sensación de que Jaime me conoce incluso mejor que yo misma. Y eso me da un poco de miedo, pero también me hace sentirme bien. Es extraño, pero jamás nadie me había conocido tan bien como él asegura que lo hace. No sé si será cierto, pero algo

me dice que confíe en él. Ya no tengo nada que perder y el riesgo merece la pena.

Inmersa en mis pensamientos, veo cómo mi madre se levanta del suelo y sale de la cocina. Jaime y yo la seguimos despacio. Va al salón y se dirige a la mesa donde tantas horas hemos pasado ella, mi hermana y yo comiendo, cenando y contándonos miles de secretos, miles de aventuras. Sobre la mesa está su bolso. Lo coge y lo revuelve. No parece encontrar lo que busca, así que, desesperada, lo vuelca. Todo lo que contiene se esparce por la mesa. Jaime y yo miramos con atención qué será lo que tanto ha querido encontrar, hasta que me doy cuenta de lo que es.

—Dios mío... —digo, llevándome las manos a la cabeza.

—Sabes lo que esta buscando, ¿verdad?

Lo que acaba de coger mi madre es su móvil.

—Qué imbécil... —me digo conteniendo las lágrimas—. Esta mañana me envié un sms, y en él me decía lo orgullosa que estaba de mí y cuánto me quería. Al recibirlo me sentí muy feliz, pero pensé: «Luego nos veremos en casa»...

—... Y no le contestaste —termina la frase Jaime con tristeza.

Mi madre mira el móvil, pero al ver que no hay ningún mensaje, lo lanza contra el suelo y vuelve a llorar. Está rota de dolor y no puedo creer que yo sea quien le está haciendo tanto daño. Nunca habría querido que esto pasase. Jamás le haría ningún daño, pero ya no hay vuelta atrás.

—Siempre hemos tenido una gran relación, pero con los años yo me he ido volviendo más distante. Ella ha seguido gastándome las mismas bromas, contando las mismas anécdotas, reviviendo los mismos recuerdos que cuando yo era pequeña. Antes lo disfrutaba mucho, pero con el tiempo cambié y empecé a pensar que yo ya era demasiado mayor para esas tonterías. Sin embargo, ahora me doy cuenta de lo estúpida que he sido todos estos últimos años. He sido una completa idiota al pensar que todo es para siempre. Nada es para siempre, y quién diga lo contrario miente. Ya no podré volver a escucharle hablar de nuestras expresiones alocadas, o reírme con alguna tontería que se le ocurra. Ya es demasiado tarde. Solo puedo arrepentirme por no haber contestado a su mensaje. Ahora ya no podrá saber cuánto ha significado para mí, ni todo lo agradecida que le estoy por habernos sacado a mí y a mi hermana adelante, después de que nuestro padre muriese. Ha sido, es y será siempre una luchadora. Ojalá se lo hubiese dicho todos los días de mi vida.

Tengo toda la cara llena de lágrimas, pero me da igual. No me avergüenzo por todo lo que acabo de decir. Ni por lo bueno ni por lo malo. Por nada. Mis lágrimas son un reflejo de cómo me siento por todo lo que hice y no hice. Por todo lo que dije y no dije. Por todo.

—Estoy seguro de que lo sabe —me dice Jaime, poniendo su mano sobre mi hombro—. No lo dudes ni un momento. Tu madre no olvidará todas esas anécdotas, todas esas bromas, todos esos recuerdos... Un mensaje de texto no contestado no borra dieciocho años de vida compartida.

—Ya, pero me siento como si no me hubiese despedido de ella, como si le

hubiese fallado, como si le hubiese abandonado.

Jaime niega con la cabeza.

—Muchas veces lo importante no es lo que decimos al despedirnos, sino lo que hemos dicho mientras hemos estado.

Nunca había pensado en ello, pero esa frase es una gran verdad. Supongo que nunca me había planteado tener que decir adiós a nadie. Al menos, no tan pronto. Sin embargo, creo que Jaime tiene razón al decir que lo que vale no es lo que hacemos en un momento concreto o al final del camino, sino todo lo que hemos hecho desde siempre, todo lo que hemos querido a otra persona, todo lo que le hemos ayudado, todo lo feliz que le hemos hecho... Eso es lo que realmente vale y lo que queda para siempre.

De pronto, la puerta principal de nuestra casa se abre y entra por ella mi hermana, Rebeca. Mi madre mira hacia la puerta con la mirada llena de esperanza. Al ver a mi hermana se alegra, pero algo de ella deja claro que deseaba con todas sus fuerzas que fuese yo la que hubiese vuelto a casa. Sin embargo, eso es imposible, y aunque ahora no sea capaz de aceptarlo, algún día lo hará. Algún día todo habrá pasado, aunque nada será olvidado.

Mi hermana camina deprisa hasta donde está mi madre. Al llegar, mi madre le dice lo que ha ocurrido y ambas lloran, se abrazan con fuerza y se consuelan mutuamente por la noticia de mi muerte. Ahora solo quedan ellas. Desgraciadamente mi padre ya no está, ni yo tampoco. Solo quedan ellas. Sé que no será fácil, pero estoy segura de que saldrán adelante. Mi madre me ha demostrado durante toda su vida de lo que es capaz, y mi hermana tiene uno de los corazones más grandes que haya podido conocer. Qué rabia no poder seguir estando a su lado. ¿Qué han hecho ellas para tener que pasar por todo este sufrimiento? Lo más triste es que nada.

—Van a estar bien, ¿verdad? —le pregunto a Jaime, sin dejar de mirar a mi madre y a mi hermana.

—Sí —me responde tranquilo pero seguro—. Si algo he aprendido de tu familia es la fuerza, la valentía y el amor que hay en ella. No importa los obstáculos por los que hayáis podido pasar, o lo mal que os hayan ido las cosas. Siempre os quedaba lo más importante...

Y dicho esto, señala levemente hacia mi madre y mi hermana. Al mirarlas de nuevo, me doy cuenta de que Jaime vuelve a tener razón. Pasase lo que pasase, siempre quedábamos nosotras. Podíamos haber tenido el peor día del mundo y haber discutido con media ciudad, pero al llegar a casa todo lo ocurrido quedaba atrás. Todo se borraba y dejaba de tener importancia. Nunca dejamos que nada o nadie nos separase, y eso fue, es y será lo mejor de nuestra familia: nuestra unidad, nuestro amor. Nosotros mismos.

Permanecemos varios minutos en silencio, asumiendo y aceptando lo que ha pasado; todo lo que ha ocurrido; todo lo que se ha perdido, hasta que Jaime dice:

—Debemos continuar, Sonia.

Asiento varias veces, sin dejar de mirar a mi madre y a mi hermana, sin dejar de observar a mi familia, sin dejar de pensar en lo agradecida que les estoy por todo lo que me han dado, por lo feliz que me han hecho y por cuánto me han querido. Esta será siempre mi familia y no me podría haber tocado una mejor. Feliz, aunque profundamente emocionada, le doy la mano a Jaime.

—Respira hondo, Sonia —me susurra al oído—. Tranquila... Confía en mí. Todo va a ir bien. Tú solo... respira hondo.

Le hago caso, y acto seguido mi casa, mi familia y todos mis recuerdos se quedan atrás, mientras nos dirigimos hacia nuestra próxima parada.

## Lo que vale una muñeca

Viernes 18:04

Al abrir los ojos me siento contenta por dos cosas. En primer lugar, porque no he sentido el mismo vacío de la primera vez que nos hemos desplazado. Y en segundo lugar, porque estamos en un sitio muy especial para mí, un sitio en el que he pasado muchas horas de mi vida durante los últimos años. Entre estas cuatro paredes he soñado, he reído, me he emocionado... Este lugar, tan importante para mí, es la habitación de mi mejor amiga. La habitación de Nerea.

Miro a mi alrededor y mi cara refleja una gran emoción. No pensaba que la habitación de Nerea fuese a ser una de nuestras paradas, pero aquí estamos. Aquí estoy de nuevo, después de todo lo que ha pasado durante las últimas horas.

—¿Cómo te sientes al estar aquí, Sonia? —me pregunta Jaime algo pensativo, mientras mira con cierta expresión de desagrado la gran colección de muñecas de coleccionista que tiene Nerea. Durante años las ha ido comprando y, según lo último que me contó, solo le queda una para completar la colección. Ojalá que la consiga y pueda lograrlo después de tanto tiempo.

—¿Al estar aquí? —le pregunto con una sonrisa en la cara—. ¡Me siento genial! ¿Cómo crees que me voy a sentir, si aquí he vivido algunos de los momentazos de mi vida? Aquí conté por primera vez a alguien que un chico me había besado; aquí vi por primera vez *El diario de Noa*, mi película favorita; aquí lloré durante horas al sentir, por primera vez, que me habían roto el corazón... Para mí esta habitación ha sido muy especial, pero sobre todo lo ha sido por haber estado aquí con Nerea.

Jaime carraspea.

—Ya...

Me extraña su reacción, pero prefiero olvidarlo y no decir nada. Me tiro en la cama, pero no se deshace, ni tampoco se nota que estoy encima. Se queda igual de bien hecha.

—¡Qué chulo, Jaime! ¿Has visto? ¡Podría saltar sobre ella y nadie se daría cuenta!

Jaime sonrío y asiente, mirándome como cuando mi madre me veía desde fuera de la piscina de bolas, y yo le decía lo guay que era estar dentro jugando con las pelotas de colores. ¡Qué feliz era yo con tan poco! Parece que ha pasado una eternidad desde entonces... pero en realidad no hace más de seis o siete años desde



que pisé la última piscina de bolas. Aunque claro, en mi caso es casi media vida. Es lo que tiene morir con dieciocho años. Los mejores momentos para muchas personas, es decir, la infancia, en mi caso, está muy cerca. Hubiese preferido haber podido vivir más tiempo y recordarlos como recuerdos de un pasado más lejano. Sin embargo, ya no hay vuelta atrás. Las cosas son como son, y no hay más.

—Recuerda que siempre he estado a tu lado, y nunca has notado nada...

—También es verdad... —le digo pensativa—. Aunque espero que tuvieses la decencia de no estar mientras me cambiaba o me duchaba...

—Pues claro que sí —exclama muy educadamente, pero de pronto cambia su expresión, volviéndose pícara, y exclama—. ¡Claro que no me perdía detalle!

Le miro incrédula por lo que acaba de admitir.

—¿Perdón? ¡Será una broma!

—¡No! —me dice, tratando de controlar la risa—. Pero bueno, tampoco es que tengas nada por lo que avergonzarte. Así que...

Resoplo y miro hacia otro lado, cruzándome de brazos. No puedo creerlo. Yo pensando que estaba sola, y en realidad tenía al lado a un mirón disfrutando de lo lindo. ¡Qué poca vergüenza! ¡Esto es un atentado contra la intimidad! ¡Vaya guía! ¡Un cerdo! ¡Eso es lo que es! ¡Qué asco!

Jaime me mira de reojo mientras sonrío, hasta que no puede aguantar más y estalla en carcajadas.

—¡Que no, Sonia! ¡Menuda cara que has puesto! —exclama—. Siempre me salía y te dejaba tranquila. ¿Cómo iba a hacer algo así? ¡Parece mentira después de tantos años juntos! ¡Qué ofensa!

—Eso espero... porque estaba empezando a pensar que eras alguien legal.

—¡Claro! ¡Porque lo soy! —exclama—. Aunque lo que he dicho sobre que no tienes nada por lo que avergonzarte iba en serio.

—¡Vaya, gracias! Aunque eso díselo a los tres chicos con los que he estado...

—¡Bueno! ¡Vaya tres! ¡El bueno, el feo y el malo!

Supongo que tiene razón. Nunca conseguí encontrar el punto intermedio. Andrés era bueno, demasiado bueno. Al final parecía más mi hermano que mi chico. Tenía un gran corazón, pero no había química. Así que ¡zas! Antonio tampoco era mala gente, pero el pobre, de agraciado tenía muy poco. No es que yo sea de las que solo valoran el físico, pero en este caso, aunque le quería, ese tema me incomodaba y no duramos más de un par de meses. ¡Zas! Y por último, Ismael. Con él se podría decir que tuve el típico romance apasionado, en el que al final una se da cuenta de que, por muy interesante que fuese, solo podría ser trágico su final. Estuvimos un año juntos, pero fue tras tener un susto gordo con su moto cuando decidí hablar con él para poner fin a lo nuestro de forma amistosa. Su reacción fue... ¡de aquella manera! Digamos que la palabra mierda salió varias veces de su boca, y yo acabé bien embadurnada en ella. Así que, redoble de tambores... ¡ZAS!

Voy a darle la razón por lo que acaba de decir justo cuando entra por la puerta

Nerea. Al igual que mi madre y mi hermana, mi mejor amiga tampoco se da cuenta de que estamos aquí. Tira su bolso sobre la cama y este me atraviesa, sin que yo note nada. A continuación, se quita los cascos y se sienta en su mesa. Jaime y yo miramos con atención lo que va a hacer. Me extraña que esté de vuelta en casa, si tenía que hacer algo con su padre esta tarde y por eso no habíamos podido quedar para ir juntas de compras. Quizás solo haya venido a por alguna cosa y se vaya ahora. Claro, tiene que ser eso. A mí no me mentiría. Nunca lo ha hecho, ni tampoco lo haría ahora. Al fin y al cabo, es mi mejor amiga, ¿no?

Su móvil suena y lo coge con rapidez.

—¡Hola Vir! ¿Qué pasa?

Jaime y yo nos miramos de reojo. Intuimos el motivo de la llamada.

La voz al otro lado suena nerviosa, alterada...

—¡A ver, Vir! ¡No te entiendo! ¡Deja de lloriquear y dime de una vez qué ha pasado! —le grita Nerea.

A continuación, solo hay silencio.

Vir debe de haberlo dicho de golpe, porque Nerea se ha quedado sin palabras. No se mueve y parece que no puede hacerlo. Está totalmente paralizada.

La voz al otro lado de la línea vuelve a hablar.

—Sí, sí... —le dice Nerea, apoyando la cabeza sobre su mano—. Sigo aquí. Es solo que no puedo creerlo...

Vir habla de nuevo y Nerea se pone muy seria. No debe de haberle gustado nada lo que le acaba de decir.

—¡No digas tonterías, Vir! ¿Quién iba a imaginar que pasaría esto? ¡Claro que sé que es horrible! ¿Qué te crees?

Vuelve a hablar Vir al otro lado de la línea. Parece enfadada. Es como si le estuviese echando en cara algo a Nerea.

—¡Pues no! ¡Hoy le hemos fallado las dos! Tú no podías quedar, según me has dicho esta mañana, y yo tampoco. Así que no me digas que podría haber cambiado mis planes, porque no. ¡Y menos aún, después de contarme que al final ni has ido con tu madre al médico! —Hace una pausa—. Ninguna hemos podido quedar, o no hemos querido hacerlo. Así de simple, Vir. Y ya está.

Silencio.

—Escucha, Vir... Tengo otra llamada... —le dice Nerea—. Perdona que me haya puesto así... Luego te llamo y hablamos, ¿vale? Venga, hasta luego.

Nerea cuelga el móvil. Respira hondo y presiona el botón para dar entrada a la otra llamada.

—¿Sí? —pregunta—. Sí, soy yo. ¿Quién es? ¡Ah! ¿Ya puedo pasar a por ella? Ahora mismo voy para allá. ¡Gracias por su llamada!

Nerea se levanta de la silla, coge su bolso de la cama y se dirige hacia la puerta de la habitación. Sin embargo, justo antes de salir se mira en el espejo. Su cara muestra rabia e ira, pero sobre todo, tristeza.

—Bueno, Nerea. No pasa nada —se dice a sí misma—. Tranquila —asiente seria y vuelve a decir—: no pasa nada.

Y sin dudar un momento desvía la mirada y se marcha de la habitación, dejándonos a Jaime y a mí en silencio, sin saber qué decir ni qué pensar sobre lo que acaba de pasar.

*Viernes 18:39*

Llevamos un buen rato en silencio. Jaime ha hecho varios intentos de romper el hielo, pero yo le he dejado claro con la mirada que necesito tiempo para entender lo que ha pasado.

—No puedo creer que me haya mentido... —le digo en voz baja.

Jaime no dice nada, pero me mira atento.

—Ella ha sido para mí como mi hermana. Siempre hemos hecho todo juntas. Era la persona que mejor me conocía, la persona en la que más he confiado... ¿Y para qué? ¡Para nada! ¡Menuda mierda de amistad y menuda mierda de todo!

Rompo a llorar y me abrazo a Jaime. Es la segunda vez que le abrazo, pero para mí es tan especial como la primera. Me siento protegida, como si nada más pudiese hacerme daño. Es una sensación buena, y más después de todo lo que está pasando a mi alrededor. Me alegro de tener a Jaime a mi lado.

—¡Tranquila, Sonia! —me dice—. Sé que no es fácil ver cómo, a pesar de haber querido mucho a alguien, en realidad ese cariño y confianza no ha sido recíproco. Los seres humanos tenéis la necesidad de recibir a cambio lo que dais, y no es nada malo; pero el problema aparece cuando a la otra persona no le importamos tanto como ella a nosotros. ¿Sabes cómo se llama eso?

Niego con la cabeza.

—Amor gratuito.

Le miro extrañada, ya que nunca había oído esa expresión.

—Verás... —Comienza a decir—. Hay veces en que recibimos más de lo que damos. Otras que recibimos lo mismo que hemos entregado. Pero hay muchas otras, por no decir la mayoría de las ocasiones, en las que no recibimos ni la mitad de lo que ofrecemos. En este último caso la persona que se siente así puede o bien dejar de querer a esa persona, o bien seguir haciéndolo porque quiere hacerlo, independientemente del amor o cariño que esa persona le dé a cambio. Eso es el amor gratuito: amar sin esperar nada, amar sin desear nada más que el hecho de que la otra persona sea feliz.

Resoplo desanimada.

—Vamos, mi caso. ¡Una pringada! ¡Eso es lo que soy! ¡Una pringada total!

—¡No! ¡No! ¡Ni mucho menos! —me dice rápidamente—. Tú siempre has sido feliz teniendo a Nerea de amiga. Quizás hayas descubierto ahora que todo lo que tú le has dado no ha sido recíproco durante todos estos años, pero eso no quita todo lo que

has vivido con ella y los buenos momentos que habéis pasado juntas. Nerea puede ser bastante egoísta, no te lo voy a negar, pero tampoco ha sido una mala amiga. O si no, tú no habrías estado a su lado durante tanto tiempo. Eres inteligente, Sonia, así que no pienses que nada ha valido la pena. Si la has considerado tu amiga, será por algo; así que no tires por tierra ahora todo lo que has pasado con ella. Simplemente no se merecía el altar que le habías construido. Ahora te has dado cuenta de que solo es una amiga más, pero ha sido tu amiga, al fin y al cabo.

—Ya, pues mira que bien me ha ido... He muerto y me he enterado de que mis amigas me han mentido en mi último día de vida. ¡Y lo más triste es que no tengo ni idea de por qué! Pensaba que nos conocíamos bien, pero ahora me siento como si nunca hubiésemos sido amigas. ¿Qué habrá sido tan importante como para haber cancelado nuestra quedada de hoy? ¡Quiero saberlo, Jaime! ¡Necesito saberlo!

Justo en ese momento Nerea entra por la puerta.

—Pues supongo que ahí tienes tu respuesta... —dice, señalando al gran paquete que trae consigo.

Nerea lo pone sobre la cama, deja sus cosas encima de su mesa y se sitúa delante de la caja con cara de felicidad, mirándola con admiración, como si fuese un gran tesoro. Se nota que está ansiosa por abrirla, así que no duda más y se pone manos a la obra.

Al ver lo que hay en su interior, no puedo evitar mirarla con decepción.

—¡No puedo creerlo! ¡Una muñeca! ¡Ha cambiado nuestro plan de compras por conseguir una de sus dichosas muñecas!

Jaime añade.

—¡Bueno! ¡No cualquier muñeca! La última de su colección...

—¡Ay, madre! ¡Qué tonta he sido todo este tiempo! —exclamo tapándome la cara con las manos.

Me vuelvo a sentir triste por todo lo que está pasando, y por todo lo que estoy descubriendo sobre los que me han importado durante mi vida.

Vuelvo a mirar a Nerea. Al hacerlo me doy cuenta de que Jaime tiene razón al decir: cada uno da en su vida lo que quiere. Yo lo he hecho con ella, considerándola mi mejor amiga, y no me arrepiento. Aunque tampoco me ha gustado que me haya mentido y haya cambiado nuestra quedada anual por ir a por una muñeca.

«Lo dejamos para mañana», me dijo esta mañana en el pasillo. Quién iba a imaginar que ese «mañana» nunca llegaría. De haberlo sabido hubiese pensado en todas las cosas que dejé por hacer, que dejé por decir, que dejé por vivir... Si hubiese sido consciente de que mi vida iba a acabar tan pronto, quizás muchas de esas cosas ahora estarían en el lado del pasado, en lugar de estar perdidas en un futuro imposible. Supongo que eso es lo peor de todo, el pensar: ¿qué habría pasado si...? Siempre he odiado el «¿y si...?», pero debo admitir una verdad como un templo: me ha vencido.

Nerea coge la muñeca y la coloca en la estantería junto a sus nuevas compañeras.

Las cuenta una por una y se emociona al darse cuenta de que ha conseguido su objetivo. Ha completado la colección. Nos prometimos que el día que lo consiguiese, lo celebraríamos juntas. Ese día ya ha llegado, pero yo ya no estoy aquí. Ya no podemos celebrarlo. Es demasiado tarde. De repente se le llenan los ojos de lágrimas y se derrumba ante nuestras miradas de sorpresa. Nerea llora y llora sin parar. Nunca la había visto así.

Miro a Jaime y este levanta las cejas con un gesto de pena en la cara.

—¡Dijimos que lo celebraríamos juntas, Sonia! ¡Ya tengo todas, pero tú ya no estás! ¿Y ahora qué? ¿Eh? ¿Y ahora qué? —exclama Nerea entre lágrimas—. ¿Qué voy a hacer ahora sin ti? ¿Quién me va a hacer reír tanto? ¿Quién va a escuchar mis paranoias sobre el amor? ¿Quién va a ser tan buena amiga como tú...?

Y al terminar, vuelve a llorar desconsoladamente.

Ante lo que acabo de ver y oír no sé qué decir. Parece que mi muerte no ha significado tan poco para ella como pensaba. Al fin y al cabo, como ha dicho Jaime, éramos amigas. Quizás no en la misma medida, pero amigas sin duda. Y aunque me da pena verla tan triste, me alegra saber que nuestra amistad también significó mucho para ella. Ojalá que, al igual que yo, también recuerde todos los buenos momentos que pasamos juntas y los lleve siempre en su corazón.

Jaime camina despacio hacia mí y me pregunta:

—¿Contenta?

—¿Por? —le pregunto desconcertada.

—Por saber que le importas más que lo que vale una muñeca.

No puedo evitar sonreír.

—Sí. Supongo que sí...

Jaime asiente y me ofrece su mano. Ya sé lo que significa. El tiempo de esta parada ha terminado y tenemos que ir a por lo siguiente que nos espera.

—¿Lista? —me pregunta, apretándome la mano.

—Sí. Vámonos. —Le respondo, mirando a la última muñeca en llegar a la casa. Ella me ha intentado vencer hoy, convirtiéndose en la prioridad de Nerea a la hora de hacer planes, pero me siento feliz al saber que finalmente he sido yo la que le ha importado más. Sé que no es mucho, pero ahora tengo clara una cosa: valgo más que lo que vale una muñeca. Y solo por esta tontería ya me voy con Jaime, rumbo a nuestra próxima parada, con una sonrisa en la cara.

## Rosas, espinas y magia

*Viernes 19:05*

**D**esencanto. Eso es lo que siento al saber a quién hemos venido a visitar. Nuestra nueva parada es el jardín de la mansión de Virginia. Sí, mi amiga Vir que, al igual que Nerea, también me ha mentido hoy. Puede que sea mi amiga, pero para ser sincera, no tengo ganas de verla después de todo lo que ha pasado durante las últimas horas.

—¿Qué hemos venido a hacer aquí? —le pregunto algo borde a Jaime.

Jaime me mira muy serio. Parece extrañado por mi reacción. Se encoge de hombros, abre los brazos y dice:

—Es una de las paradas de tu recorrido Sonia. Así que eso significa que algo necesitas averiguar y descubrir de ella.

Resoplo y me cruzo de brazos.

—¡Pues qué voy a averiguar! —exclamo enfadada—. Lo único que voy a sacar de esta parada es lo que ya sé. ¡Que mis amigas me han mentido y punto! Y todavía Nerea, que me haya cambiado por ir a por una muñeca, pues es una mierda. Pero Vir, que siempre he pensado que era buena chica, también me haya hecho esto, es ya de coña. ¡Estoy cabreada y me siento imbécil! No es fácil asimilar en el mismo día que has muerto y que parte de la gente que has querido no es como pensabas. ¡Vaya asco de recorrido! ¡No me ha aportado nada bueno! Todo desgracias, lágrimas, desilusiones... Es como si el de arriba dijese: «¿Has muerto? ¡Pues toma la propina!». Miro al cielo y exclamo con fuerza: «¡Ya vale, hombre! ¡Ya vale!».

Jaime guarda silencio mientras me desahogo.

Cuando termino, me pregunta.

—¿Mejor?

Respiro hondo varias veces como si acabase de correr varios kilómetros y trato de recuperar la compostura.

—Pues sí —le digo muy orgullosa—. Gracias.

Y tras un par de segundos interpretando cada uno su papel, ambos nos reímos de la situación tan surrealista que acabamos de compartir. He sacado mucho de lo que tenía en mi interior y me siento mejor.

Una vez ya calmados, Jaime pone su mano en mi espalda y me hace avanzar hacia el interior del jardín de Vir. Es curioso pero ahora que estoy de nuevo en este

lugar, me vuelvo a quedar alucinada con las preciosas rosas rojas que lo decoran. Por el suelo, por los lados, por las paredes de la mansión... ¡Por todas partes! El rojo fue siempre mi color favorito. Supongo que por eso me quedé tonta al entrar aquí por primera vez, al verme rodeada de toda su fuerza, de toda su energía, de toda su alegría. Ahora mi vida se ha terminado, pero haber vuelto a este jardín me ha hecho sentirme viva de nuevo. Una vida que sé que no es real, pero que me hace igual de feliz como si lo fuese de verdad.

Me enamoré de este lugar cuando estaba viva, y ahora me he vuelto a enamorar. Supongo que eso es lo que ocurre cuando algo te marca tanto, que no puedes borrarlo de tu corazón. Ese algo te acompaña durante el resto de tu vida y siempre está contigo, incluso cuando tu historia entre los vivos termina. Nunca olvidas lo que sentiste la primera vez. Nunca.

El primer día que pisé este jardín fue como si estuviese dentro de la película de Disney *Alicia en el País de las Maravillas*, y la tarde que pasamos aquí Vir, Nerea y yo juntas fue una de las mejores que hemos pasado durante nuestra amistad. Quisimos jugar a ser personajes de la película, pero claro, al solo haber una Alicia y tres chicas, tardamos en decidir quién sería la protagonista del cuento y quién sería alguno de los disparatados personajes de la historia. Al final, Nerea fue Alicia, Vir fue el Sombrero loco, y yo acabé metiéndome en el papel de la Reina de Corazones. Hicimos unos disfraces muy cutres para cada una (en aquel momento nos parecieron lo más), y recorrimos el jardín citando frases de la película, como si fuésemos tres niñas locas. Fue muy divertido, y al pensar en ello no puedo evitar sonreír sin darme cuenta.

—¿Recordando tus tiempos de reina malvada? —me pregunta Jaime entre risas.

—¡Sí! —exclamo sonriente—. ¿Lo recuerdas?

—¡Claro que lo recuerdo! —exclama Jaime, soltando una carcajada—. ¡Anda que no me reí oyéndote decir con tu cara de niña buena: «¡Qué les coorten la cabeza!».

Fue muy divertido!

Asiento melancólica.

—Sí que lo fue, sí...

Ambos nos quedamos en silencio mientras vamos caminando lentamente por el precioso jardín.

—Oye, Jaime, tengo una duda...

—¿Cuál? —me pregunta interesado.

—Tú eres mi guía...

—Sí...

—E imagino que cada persona tiene el suyo, ¿no?

—Exacto...

—Pero no hemos visto a ninguno durante lo que llevamos recorrido.

—No... —me dice algo serio.

—Solo te quería preguntar si conocías a los guías de otras personas.

—Pues la verdad es que no. Y no porque no me hubiese gustado, sino porque las cosas son como son.

—¿A qué te refieres?

—Verás, Sonia... —Comienza a explicarme—. Cuando un guía es asignado, permanece aquí durante la vida de la persona que le ha tocado.

—En el otro lado...

—Efectivamente.

—Pero el otro lado es esto, y no hemos visto a ningún otro guía.

Jaime asiente pensativo.

—Es que el otro lado no es un único plano, sino que está formado por tantos planos como personas hay en el mundo.

Me quedo a cuadros al oír su respuesta.

—¿Cómo? —le pregunto—. Quiero decir... ¿por qué son necesarios tantos planos de una misma dimensión? ¿No sería mejor que únicamente hubiese un solo plano?

Jaime se ríe como si acabase de escuchar algo en lo que él ha pensado muchas veces.

—¡Pues sí! Sería más divertido, porque todos los guías podríamos conocernos, pero también sería menos práctico.

—¿Menos práctico? —le pregunto—. ¿En qué sentido?

—Supongo que sería menos serio, menos... formal.

No lo entiendo, y Jaime se da cuenta.

—Imagino que *el de arriba*, como tú le has llamado antes, no quiere que los guías nos desviemos de nuestra misión, que nos despistemos de nuestra función. Cada guía tiene como objetivo acompañar a su persona durante su vida, para que al final de esta le ayude a avanzar. Por lo tanto, cualquier cosa que nos pueda alterar o confundir no es buena.

Acabo de entenderlo todo, pero tengo que tener cuidado con las palabras que elijo para no hacerle daño y que se sienta mal.

—Eso significa... que nunca habías hablado con nadie durante todos estos años. Nunca hasta...

—Hasta ahora —me responde con gesto bonachón.

Asiento con una leve sonrisa en los labios y no digo nada más. Sin embargo, me siento muy triste por Jaime. Ser guía, por lo que parece, es algo parecido a ser el genio de una lámpara, ya que tu vida se reduce a una misión que alguien te ha encomendado, y tu actitud no puede ser otra que aceptar y callar ante ello. A él no parece importarle, pero no sé hasta qué punto es fácil o buena esa vida, ya que es una vida sin nadie; una vida sin amigos, una vida sin libertad, una vida sin sueños o deseos que cumplir... Una vida sin vida. Una vida sin nada.

Terminamos de recorrer todo el jardín y, finalmente, llegamos a la parte trasera de la mansión. Al lado de la puerta de cristal, en un columpio de madera, está sentada Vir. Está sola y su rostro muestra una profunda tristeza. Jaime y yo nos acercamos en



silencio y nos sentamos a su lado. En sus manos sostiene un álbum en el que habrá cientos de fotos de todos estos años que hemos pasado como amigas. Vir va mirando una por una con gran melancolía. Con algunas sonrío levemente, con otras contiene la respiración, con muchas se emociona... Y la verdad es que no es la única.

Ver todos aquellos momentos vividos juntas me provoca una sensación de dolor indescriptible. Al mirar cada una de esas fotos me veo feliz. Me veo viva y eso me mata, por segunda vez, hoy. Saber que nunca podré volver a celebrar una fiesta de cumpleaños; que ya no podré volver a ir con Nerea y Vir a la sección de perfumes del centro comercial y echarnos una colonia tras otra hasta acabar mareadas; que ya no habrá más tardes de cine y cotilleos; que ya no habrá más secretos compartidos, o viajes que disfrutar... Ya no habrá nada de todo eso, porque ya no habrá más vida. Lo único que habrá a partir de ahora serán los ecos de esos momentos en forma de recuerdos, recuerdos que algún día dejarán de ser importantes para alguien y se olvidarán para siempre.

—No sabes por qué está tan triste, ¿verdad? —me dice Jaime con los ojos llorosos.

Le miro seria y veo como una lágrima le recorre la mejilla como un destello cristalino. Supongo que será por mi muerte, pero me da la sensación de que esa pregunta va más allá de eso.

—¿Qué ocurre, Jaime? —le pregunto preocupada.

Jaime guarda silencio durante varios segundos, pero al final responde a mi pregunta con la respuesta más dura que yo podría haber imaginado.

—Vir tiene cáncer, Sonia —dice con la voz rota.

La emoción me invade y me derrumbo ante la dura noticia. Me tapo la boca con las manos temblorosas y observo a mi amiga, que sigue mirando nuestras fotografías de forma melancólica. Niego con la cabeza varias veces, tratando de darle un sentido a todo, pero no puedo. No puedo creerlo.

—¿Dónde? ¿Desde cuándo? —le pregunto nerviosa.

—Hace una semana Vir fue al médico, al notarse un bulto en el pecho izquierdo. Tras un examinarlo, el médico determinó que se trataba de un nódulo. Como no sabían si era benigno o maligno, le extrajeron un pequeña cantidad de tejido con una aguja, es decir una biopsia. El resultado de esa prueba no ha sido bueno, sino todo lo contrario. El nódulo ha resultado ser maligno, así que Vir va a tener que enfrentarse a una lucha muy dura durante las próximas semanas. Es cierto que no se trata de un cáncer imposible de vencer, ya que hoy está muy estudiado y muchas mujeres lo superan, y más si se detecta temprano; pero eso no significa que vaya a ser una batalla fácil. Ni para ella, ni para todos sus seres queridos.

—¡Pero yo no sabía nada! —exclamo con los ojos llorosos—. ¡No tenía ni idea, Jaime! Es cierto que últimamente la he notado más seria y callada que de costumbre, incluso un poco más delgada, pero jamás se me habría pasado por la cabeza que fuese por algo así. ¿Cómo es posible que no me lo contara? La habría acompañado adónde

hiciese falta, habría estado a su lado, habría... ¡No sé! ¡Algo!

—Supongo que todo el mundo tiene una Nerea en su vida —dice Jaime.

Me quedo paralizada al escucharle. ¿Una Nerea en su vida? ¿Eso significa que yo, para Vir, soy...?

—Sí, Sonia —me confirma, Jaime—. Tú siempre has sido su mejor amiga y por eso no te lo quiso contar. No porque no confiase en ti, sino porque no quería que una enfermedad como esta te preocupase, te hiciese daño o te hiciese infeliz. Vir siempre te ha querido mucho.

—Entonces... —le digo, con la mirada perdida en el rojo del jardín—, lo de esta tarde no era una mentira...

—No. No lo era —dice Jaime muy serio—. Tenía hora para recoger los resultados de la biopsia y, en lugar de contártelo, prefirió decirte que no podía ir de compras porque tenía que ir a acompañar a su madre al médico.

—¿Y Nerea lo sabe? —le pregunto.

—No. Tampoco lo sabe, pero no por el mismo motivo que tú. Vir nunca se ha fiado de ella para contarle un secreto importante. Así que ante algo tan duro como es esto, no ha querido hacer partícipe a Nerea. Y está en todo su derecho, ¿no crees?

—Sí —le respondo—. Desde luego, Nerea nunca ha sido un cofre cerrado para los secretos, así que entiendo por qué Vir no se lo ha contado. Sin embargo, no puedo creer que durante todos estos años yo haya sido tan importante para ella y nunca me lo haya dicho. Siempre nos hemos llevado bien, pero algo me decía que la más afín a mí, más cercana, más amiga... era Nerea. Y al final Nerea ha resultado ser una amiga sin más y Vir una gran amiga —hago una pausa—. ¡No sé! Es curioso, ¿no?

—Más que curioso, yo diría que es complejo —me dice Jaime, dirigiendo su mirada hacia las rosas rojas—. Los grupos de amigos son un mundo, Sonia. Todos los que forman parte de ellos parecen llevarse bien, pero en realidad no es así. Algunos confían más, otros menos. Algunos muestran su verdadera cara...

—... Y otros no —termino la frase con ironía.

—¡Exacto! —exclama—. Mira, te voy a poner un paralelismo. Los amigos son como las rosas. La rosa es una de las flores más bellas. Es la reina de este jardín, y al verla no hay nadie que pueda decir, objetivamente, que no se trata de una flor bonita y llena de vida. Sin embargo, no todo en una rosa es bueno. Las rosas tienen espinas y, si te descuidas al tocarlas, puedes hacerte mucho daño —guarda silencio durante un par de segundos. Después continúa—. Un amigo es igual. Puede ser alguien bueno, alguien con quien soñar, alguien con quien contar para reír, para llorar... En definitiva, alguien que te puede hacer muy feliz. Sin embargo, también tiene su riesgo. Un amigo no deja de ser un ser humano y, como tal, puede cometer errores. Nerea, por ejemplo, ha cometido un gran error durante todos estos años.

—¿Cuál? —le pregunto.

—Pues yo creo que está claro, ¿no? —dice, mirándome—. Ella siempre ha visto que te tenía a su lado, pasase lo que pasase. Cuando ha estado enferma, cuando ha

tenido un mal momento, cuando necesitaba a alguien para pasar un buen rato... Siempre ha podido contar contigo, sin tener la necesidad de pedírtelo, y al final eso le ha hecho pensar que siempre estarías a su lado. Se ha acomodado y hace mucho tiempo que dejó de darle importancia a vuestra amistad, como algo que hay que cuidar, como algo por lo que hay que luchar. Te vio como algo seguro, y es muy triste que haya tenido que completar su colección de muñecas para darse cuenta de lo que realmente es importante.

—La verdad es que sí... —le digo defraudada—. Sé que tendría que haberme dado cuenta de cómo era en realidad nuestra amistad, pero no sé... Nunca pensé en quién daba más o menos, o en quién consideraba más amiga a quién... Yo era feliz estando a su lado y pensaba que eso era suficiente como para considerarla mi mejor amiga.

—¡Y es que era suficiente! ¡Claro que lo era! —exclama Jaime—. Tú has sido la mejor amiga que ella tendrá en su vida. Le has ayudado, le has hecho feliz siempre que has podido, has estado a su lado en todo momento... Créeme, Sonia, muchos darían lo que fuera por haber tenido a alguien como tú en su vida.

Me emociono al escuchar sus palabras. Nunca había pensado en mí de esa forma. En realidad, nunca había pensado en mí de ninguna forma. Siempre había pensado en mi familia, en mis amigas, en Sergio, en mis compañeros de clase... pero nunca en mí. Yo estaba viva y era lo único que quería.

—Gracias, Jaime —le agradezco de corazón—. Significa mucho para mí.

—Lo sé —me dice con seguridad—. Por eso te lo digo, pero sobre todo porque es la verdad. Tienes un gran corazón Sonia, y me duele que ahora sufras al descubrir ciertas cosas de tu vida: amigos que no eran tan amigos, personas a las que querías rotas al saber que has muerto... Pero como te he dicho antes, también descubrirás cosas buenas en nuestro recorrido. Te lo prometo.

—¡Ay, Jaime! —exclamo, mientras recuerdo a alguien que nos dejó hace mucho tiempo—. Las promesas son también como espinas. Dan ilusión, pero si no se cumplen, hacen mucho daño. Y si no, mira lo que prometía mi padre siempre: «Algún día iremos a la playa y podréis conocer el mar». Durante años nos prometió a mi madre, a mi hermana y a mí eso, y al final su vida terminó antes de que pudiese cumplir esa promesa.

—Lo sé... pero muy pocas veces se rompe una promesa que se ha hecho de corazón.

—Ojalá fuese así...

Nos miramos y sonreímos.

—¡Bueno! —exclama con un tono de cuentacuentos—. Siguiendo con mi paralelismo...

No puedo evitar soltar una carcajada.

—¡Claro! ¡Es que me lías y no puede ser!

—¡Perdone usted! —exclamo entre risas—. Siga con su discurso, eminencia.

Jaime se pone muy recto y me guiña un ojo.

—Como te iba diciendo, las rosas y los amigos son muy parecidos. Tienen muchas cosas buenas, pero también tienen sus pequeños riesgos. Ahora la pregunta es: ¿acaso no merece la pena disfrutar de la belleza de una rosa, o de los buenos momentos con un amigo, a pesar de que nos podamos pinchar o de que quizás nos rompan el corazón?

Su pregunta queda en el aire. Yo tardo varios segundos en darme cuenta de la respuesta, a partir de lo que he vivido y de lo que he descubierto ahora que he muerto.

—¡Sí! —exclamo convencida.

—¡Vale! ¿Y por qué?

—Porque si no, nunca habría sabido lo que es sentir que alguien es tu mejor amiga, o lo que es levantarte con agujetas por todo lo que te reíste el día anterior, o lo que es confiar en alguien tanto que podrías llegar a poner la mano en el fuego por esa persona. Puede que Nerea no se mereciese todo lo que yo he hecho por ella, pero sentía que lo quería hacer, y no me arrepiento de ello. Supongo que el hecho de que ahora me haya dado cuenta de ciertas cosas no cambia todo lo vivido, todo lo que ha significado para mí. Sin embargo, me da pena no haber compartido más cosas con Vir. De haber sabido...

—No habría cambiado nada —me corta Jaime.

—¿Por? —le pregunto confundida.

—¿Piensas que, porque tú hubieses averiguado que Vir te consideraba su mejor amiga, habrías actuado de forma diferente?

Voy a contestarle, pero Jaime no me da tiempo y se autoresponde.

—¡Pues no! No lo habrías hecho. Habrías seguido dando más importancia a Nerea, porque para ti ella era tu mejor amiga. Ahora sabes todo lo que le has importado a Vir, pero eso no cambia lo que habría pasado.

Pienso en lo que Jaime acaba de decir.

—El corazón del ser humano es un misterio —continúa—. Yo lo he podido comprobar durante todos estos años como guía. Pero es un misterio maravilloso. Una persona puede querer mucho a otra, y esta no darse ni cuenta de que la otra persona existe. Sin embargo, solo con pensar en ella, la primera siente las fuerzas necesarias para levantarse cada mañana y sonreír al mundo. El corazón es capaz de saber lo que quiere y lo que no. E incluso, si piensa que esa persona no le corresponde, se engaña y se convence de que quizás algún día, de que quizás en el fondo... a esa persona también le importe —hace una pausa y mira al cielo—. Y bueno... luego está la magia.

—¿La magia? —le pregunto.

—Sí. La magia —repite—. Cuando dos corazones sienten que se necesitan y se corresponden, se produce algo mágico. Algo que cambia la vida de esas personas para siempre. No es amor, es algo más poderoso. Algo superior. Algo más...

—¿Especial?

—Exacto. ¡Y no tiene que ser en un sentido romántico! Puede ser entre dos personas de la misma familia, entre dos amigas o dos amigos, entre conocidos... La magia es la misma, lo que difiere es la forma en que se desarrolla en los diferentes tipos de relaciones.

Asiento convencida por todo lo que ha dicho.

—Así que se podría decir que Vir ha resultado ser la rosa y Nerea la espina, ¿no?

Jaime ríe entre dientes.

—Pues sí. Supongo que se podría decir que sí...

Estamos en un silencio cómodo durante varios minutos, hasta que recuerdo la enfermedad de mi amiga y pienso en algo en lo que no había caído hasta ahora.

—Oye, Jaime —le digo, rompiendo el silencio—. ¿Cómo es posible que supieses que Vir tiene cáncer, si ni siquiera yo lo sabía?

Jaime no dice nada durante varios segundos, pero finalmente lo hace y desvela su secreto.

—Escucho los pensamientos —me responde con la mirada perdida—. Parece algo bueno y divertido, pero a veces me gustaría no poder hacerlo, porque es terrible enterarte de cosas tan duras como esta. Pero es parte de mi misión, ¿sabes? Tengo que conocer a las personas que son importantes para ti y saber todo sobre ellas: lo que piensan, lo que sienten, lo que les gusta, lo que odian, lo que quieren, lo que desean... Sé lo que sueñan, sé lo que piensan sobre cada tema y sobre cada persona. Lo oigo todo, Sonia. Todo.

Y dicho esto, me mira a los ojos. Me fijo en su mirada y me doy cuenta de que si algo refleja con total claridad es cansancio. Y lo entiendo. No puedo imaginar cómo debe ser escuchar lo que piensa alguien a todas horas, y menos, a muchas personas, como dice Jaime que debe hacer.

Miro de nuevo a Vir y me vuelvo a emocionar al pensar en todo lo que estará sintiendo ahora, y en todo por lo que va a tener que pasar de aquí en adelante. No es justo. No es justo que alguien que nunca ha hecho daño a nadie, y que tiene tan buen corazón, tenga que pasar por algo tan duro como es un cáncer. Espero que lo consiga y logre seguir adelante. Puede que no me haya contado ella misma lo que le sucede, pero ahora que lo sé, le deseo lo mejor. Ojalá fuese capaz de hacer algo más por ella, pero no puedo. Ya no puedo. Aun así, estoy segura de que Vir será fuerte y conseguirá vencerlo.

—Gracias por haberme contado lo de Vir —le agradezco a Jaime.

—No, Sonia —me dice, levantándose despacio del columpio—. Gracias a ti por desear que Vir salga adelante.

No hay duda. Jaime puede escuchar los pensamientos.

Y con una sonrisa en la mirada me ofrece su mano para levantarme del columpio. Cojo su mano y me coloco delante de él. Estamos a punto de irnos del jardín, cuando me separo de Jaime, y me acerco a mi amiga para decirle algo más antes de irnos. Vir ha terminado de ver las fotos, ha cerrado el álbum y ahora mira al horizonte. Me

arrodillo a su lado y pongo mi mano sobre la suya. Ella no nota nada, pero lo hago igualmente.

—No sé a dónde iré al acabar este recorrido, pero quiero que sepas que, esté donde esté, siempre recordaré lo buena amiga que has sido. Me siento muy feliz por saber que te he importado tanto durante todos estos años. Y también... —no puedo evitar que los ojos se me llenen de lágrimas por todo lo que estoy sintiendo y diciendo—... quiero decirte que siento muchísimo lo que te está pasando. Ojalá pudiese hacer algo más por ti, pero no puedo. Ya no puedo hacerlo, pero no estarás sola. Si puedo hacer algo desde donde quiera que esté, lo haré con todas mis fuerzas. Sé que vas a ser muy fuerte y que vas a superar este bache. Lo sé porque te conozco y estoy segura de que lo vas a lograr —rozo con la mano su cara de porcelana y me despido con melancolía—. ¡Cuídate mucho, sombrerera loca!

Respiro hondo varias veces y me levanto para ir hasta Jaime, que está esperándome para marcharnos. Busca mi mirada, pero estoy llorando como una magdalena, así que le evito. Al final, me encuentra y me sonrío.

—Ha sido muy bonito.

Inclino la cabeza como gesto de agradecimiento.

—¡Qué duro es decir adiós!, ¿verdad?

Jaime resopla.

—Sí, pero más duro es no tener a quién decírselo.

Aprieto con fuerza sus manos y vuelvo a mirar una vez más a Vir, que sigue con la mirada puesta en el horizonte.

—Te deseo lo mejor, amiga —le digo muy emocionada.

Y justo antes de que desaparezcamos se dibuja una sonrisa en la cara de Vir y asiente con una mirada llena de esperanza.

—¿Me ha oído? —le pregunto a Jaime—. ¿Es eso posible?

Jaime se encoge de hombros y dice:

—Cuando la magia se produce, todo es posible. —Y dicho esto, se acerca a mi oído y me susurra con dulzura—: No lo olvides.

## Olvidada y recordada

*Viernes 20:16*

**A**l llegar a nuestra siguiente parada me doy cuenta de que estamos en un lugar que desde siempre ha formado parte de mi vida de una manera muy especial. Un lugar que solo podría definir de una forma: evasión.

Estamos en el centro comercial al que iba a haber venido hoy con Nerea y Vir, de no haberse cancelado nuestra quedada, y claro, de no haber... muerto.

—¿Sorpresa? —me pregunta Jaime al ver mi cara de emoción.

—¡Sí! —le respondo con alegría—. ¡Mucho! ¡Ha sido toda una sorpresa!

No pensaba que fuésemos a venir a este sitio, pero ahora que estamos aquí me hace mucha ilusión que lo hayamos hecho. Este iba a ser el plan que tenía pensado hacer durante el último día de instituto y, aunque todo ahora es muy diferente, me siento feliz de poder estar aquí de nuevo. En este centro comercial he pasado momentos muy divertidos. Horas y horas pateando, de arriba a abajo, todas y cada una de sus tiendas; viendo los últimos estrenos en sus cómodas salas de cine; jugando partidas a los bolos (mejor dicho, perdiendo); y reponiendo fuerzas en los más de veinte restaurantes que hay en la planta más alta del edificio. Este lugar siempre fue perfecto para desconectar de los problemas o de las clases. Era venir aquí y todos los malos rollos se olvidaban. Y ahora que ya no estoy viva, también lo es. ¡Qué gran sitio! ¡Cómo lo voy a echar de menos!

—Este lugar ha sido muy importante para ti, ¿verdad?

—Sí. Aquí lo he pasado siempre genial... —le respondo con melancolía.

Ambos nos quedamos callados, sin dejar de mirar todo lo que tenemos delante.

—¿Te gustaría que diésemos una vuelta? —me pregunta.

—¿¡Es broma!?

Jaime pone cara de extrañeza y responde.

—No...

No puedo evitar sonreír al darme cuenta de que no ha entendido el sentido en el que lo he dicho. Es increíble lo impredecible que es. A veces parece que me da mil vueltas y lo sabe todo, pero otras veces es un inocentón total. Me encanta.

—Quería decir que sí, Jaime. —Le digo cogiéndole del brazo—. Me gustaría mucho.

—¡Ah, vale! —exclama como si nada—. ¡Pues vamos!

Y así nos lanzamos a la aventura que siempre ha sido recorrer este centro comercial, aunque mentiría si dijese que solo siento felicidad en mi interior. Claro que estoy muy contenta de estar aquí, pero me da pena que estemos a punto de vivir esta aventura por última vez. ¿Cómo se disfruta algo que sabes que nunca más volverás a disfrutar?

*Viernes 21:22*

Acabamos de salir de la última tienda que nos faltaba por visitar cuando miro a Jaime y veo en su cara una clara expresión de cansancio.

—¿Los guías os cansáis? —le pregunto con interés.

—¿Por?

—Porque, hijo, tienes una cara de cansado que...

Al escuchar mi respuesta, se muestra ofendido.

—Perdona, pero llevo recorriendo tiendas contigo durante más de una hora. Menos mal que no puedes comprar nada, porque si no, cierran esto y nos tienen que echar los de seguridad por pesados...

—¡Oye, guapo! —exclamo.

—¡Qué!

—¡Qué!

—¡¡QUÉ!!

—¡¡QUÉ!!

Mi grito resuena en todo el centro y después todo queda en silencio (salvo por todas las personas que nos rodean sin saber que estamos aquí).

—Qué bobo eres, de verdad... —le digo cruzándome de brazos.

Jaime me mira de reojo.

—Anda, no te enfades con tu querido guía...

Y justo cuando está a punto de decir su nombre, yo digo el de otra persona.

—Paolo...

—¿Cómo que Paolo? —me pregunta desconcertado—. Jaime, Sonia... ¡Si has sido tú la que me lo has puesto!

Niego con la cabeza y hago un gesto con la mano para decirle que no me está entendiendo, y que en realidad no es que me haya equivocado al decir su nombre, sino que Paolo está sentado en uno de los restaurantes de la planta de arriba con sus amigos, Elsa y Álvaro. Jaime mira hacia donde le estoy señalando con el dedo y no tarda en comprenderlo.

—¿Podemos ir? —le pregunto deseosa de que su respuesta sea un sí—. Me gustaría verle por última vez.

Jaime se pone serio y asiente.

—Paolo forma parte de esta parada, así que sí. Vamos a verle.

Una sonrisa aparece en mi cara.



—Ay, madre... —dice con actitud derrotista—. ¡Estrellas musicales! Qué forma de volveros a todas...

Pero antes de que pueda terminar su frase, me echo sobre él y le doy un beso en la mejilla. Su cara de sorpresa es un poema.

—Gracias —le digo agradecida, pero le corrijo—. Y yo, de loca, nada. Jaime ríe entre dientes.

—Bueno... —dice, y añade—. Un poquito.

Ambos nos echamos a reír y empezamos a caminar hacia las escaleras mecánicas para subir al piso de arriba y estar unos minutos al lado de Paolo y sus amigos.

*Viernes 21:27*

Qué importantes son los amigos, ¿verdad?

Yo no sé qué habría hecho durante estos últimos años de no haber tenido a Nerea, a Vir y a Sergio a mi lado. Los amigos consiguen hacerte reír, incluso cuando lo único que te apetece es llorar y comer un buen helado de fresa (o de chocolate, que engorda más). Pueden ayudarte a entender muchas cosas, así como a hacerte ver un problema desde distintos puntos de vista. Con ellos, lo mejor es mucho mejor, y lo peor es menos malo. Eso es la amistad. Algo bueno, algo delicado, algo real. Aunque claro, tienes que saber elegir bien a quién quieres llamar *amigo*. No es una decisión fácil o un acto que se pueda realizar a la ligera. A los conocidos no los elegimos, pero sí a los amigos. Hay que tener mucho cuidado con quién dejamos que se acerque a nosotros, porque el día menos pensado, si esa persona no es lo que nos parecía, se puede convertir en nuestro peor enemigo. El amigo nos conoce mejor que nadie y, por lo tanto, también nos puede hacer más daño que nadie. Si en mi vida yo he tenido a tres buenos amigos, creo que para Paolo, Elsa y Álvaro también lo han sido siempre. Y mucho.

—¿Os habéis enterado de lo que ha pasado? —pregunta Elsa a sus dos amigos, mientras cenan juntos.

Jaime y yo estamos sentados en la mesa libre que está a su lado y podemos escuchar la conversación con toda claridad.

—No... —responde Álvaro, mientras le da otro bocado a su hamburguesa con queso—. Yo no he hablado con nadie, así que no tengo ni idea.

—Yo tampoco me he enterado de nada. Con el único que he hablado, además de vosotros, ha sido con mi representante, que me ha dicho que ha cerrado cinco bolos más para este verano —cuenta Paolo, orgulloso de la noticia—. Pero bueno, dinos, Elsa. ¿Qué ha ocurrido?

—Me lo ha contado un chico de clase. Al parecer, hoy ha muerto una chica cuando la han atracado de vuelta de nuestro instituto. Una mujer la ha visto desde la ventana de su casa y ha llamado a la policía, pero cuando esta y los servicios médicos han llegado ya era demasiado tarde.

Paolo y Álvaro la miran boquiabiertos y sin saber qué decir. Se han quedado muy impactados con la noticia.

—Joder... —dice Álvaro, dejando su hamburguesa en el plato, como si acabase de perder el apetito—. ¿Pero seguro que la chica era de nuestro instituto?

—¡Pues claro que era del instituto! —Salta Elsa—. ¡Por eso os lo cuento! Iba a segundo de bachillerato, era del A, morena, siempre iba con Nerea y otra chica de su clase...

Aunque Elsa les ha dado bastantes pistas sobre mí, para mi sorpresa, Álvaro y Paolo no terminan de caer. Piensan durante unos segundos, pero el resultado no puede ser más duro para mí.

—No... —dice Álvaro—. No sé quién era. No la sitúo ahora mismo.

Paolo también niega con la cabeza con gesto serio. Elsa les mira enfadada.

—¡Joder, chicos! ¡Me parece alucinante lo vuestro! —Mira a Álvaro—. Vale que tú no sepas quién era, porque siempre estás en tu mundo perdido, a saber dónde —y ahora gira su cara hacia Paolo, todavía más enfadada—. Pero que no te acuerdes tú... ¡Eso ya es de coña! ¿De verdad que no sabes quién era? ¿Acaso no te acuerdas de ella?

Paolo se encoje de hombros, mientras piensa de nuevo.

—Pues no... Y no sé por qué te pones así. Es una pena lo que le ha pasado a esa chica, pero yo tampoco tengo la culpa de no saber quién era. Además, con toda la gente que yo conozco...

Elsa se cabrea por momentos. Gira un par de veces la cabeza, mirando a uno y a otro. Después, se levanta de la silla con una expresión de decepción en la cara y, tras varios intentos de expresar lo que piensa, coge aire y con tranquilidad dice:

—Como os quiero, y no pienso discutir con vosotros, prefiero irme a casa —coge su bolso y coloca la silla en su sitio—. Pero quiero que sepáis que los dos sois unos idiotas, pero sobre todo tú, Paolo. No sé qué te creerás ahora que tienes a tanta gente adorándote, pero creo que deberías volver un poquito la vista atrás y acordarte de quién estuvo a tu lado entonces.

—Pero eso ya lo sé, Elsa —le dice Paolo—. Siempre habéis estado vosotros dos a mi lado.

—Bueno, me alegro de que, por lo menos, de nosotros te acuerdes —le dice Elsa con ironía—. Pero entonces, ¿no te acuerdas de la chica que estuvo hablando contigo un día en clase durante el recreo? ¿Acaso no te ayudó a creer un poco más en ti mismo? ¿Es que no lo recuerdas, Paolo? Porque yo recuerdo perfectamente cómo nos lo contaste al... —pone los ojos en blanco y señala a Álvaro... *lelo* este y a mí.

Paolo, al escuchar lo que acaba de decir Elsa, se queda en silencio y su gesto se inunda de tristeza de golpe.

—Sonia... —dice en voz baja—. Madre mía...

Por fin se ha acordado de mi.

—Lo siento —dice—. Tienes razón, yo... —Parece que no se encuentra bien. Se

limpia la boca con la servilleta, deja un billete lo suficientemente grande como para pagar toda la cena y, con la mirada perdida en la mesa, se levanta—. Tengo que irme.

Álvaro y Elsa le miran extrañados.

—Pero ¿estás bien? —le pregunta Álvaro, algo preocupado.

Paolo piensa su respuesta, pero parece que su cabeza está en otro lugar.

—La verdad es que no. Tengo algo que hacer. Ya hablamos.

Y dicho esto, comienza a caminar por el pasillo del restaurante. Elsa se sienta en silencio de nuevo en la silla, intercambia una mirada con Álvaro y ambos siguen cenando sin decir nada más.

Jaime se levanta y me mira con gesto de preocupación ante lo que acabamos de escuchar. Yo también me levanto, le devuelvo la mirada y pregunto:

—¿Sería posible que subiésemos a la azotea para ver la ciudad?

Podría preguntarme por qué quiero subir ahora a la azotea o simplemente, negarme esa posibilidad al no formar parte de nuestro recorrido. Pero no lo hace. Al fin y al cabo, estoy segura de que sabe muy bien cómo me siento después de haber descubierto lo poco presente que Paolo me ha tenido en su vida durante este tiempo. Y justamente por eso, Jaime únicamente asiente y responde:

—Claro que sí, Sonia. Claro que sí.

*Viernes 22:25*

La noche no puede ser más idílica.

El cielo está lleno de estrellas y desde la azotea del centro comercial se puede ver toda la ciudad. Todas sus luces me recuerdan que esta ciudad ha sido durante mucho tiempo mi hogar, y que no debo estar triste, porque siempre lo será. En ella he crecido y he pasado por momentos de todo tipo. Aquí he vivido con mi familia y he tenido grandes amigos. Ha sido, es y será siempre mi ciudad. Lo tengo muy claro. Desde pequeña me ha encantado venir a este lugar para sentirme así. Una observadora externa de todo lo que pasa entre sus calles, un todo del que yo formaba parte cada día, excepto durante el tiempo que estaba aquí.

De vez en cuando alguna luz se apagaba por sorpresa. Nunca le di un sentido. Nunca, hasta ahora. Me pregunto si en eso me he convertido ahora que mi vida se ha acabado. En una luz que duró durante un tiempo, y que después se fundió para siempre, siendo sustituida por otra y pronto olvidada. Creo que el miedo que siento ahora mismo no es solo algo mío, sino que ese temor lo tienen muchas personas, por no decir todas. El miedo a que todo lo que hemos logrado, a que todo lo que hemos hecho, a que todo lo que hemos sentido se olvide. Y si ya es duro pensar en que esto puede pasar después de haber muerto, lo es más al descubrir que ni siquiera viva estas presente en la vida de los que te importan.

Eso mismo acabo de averiguar con la conversación entre Paolo y sus amigos. Durante todos estos años él ha formado parte de mi vida. Sin embargo, ahora he

descubierto que ni siquiera se acordaba de mí. Supongo que esa es otra de las cosas más duras de nuestra vida: ser olvidados aún estando vivos, ser olvidados por alguien que nos importa. O directamente, ser olvidados sin más.

Al final, después de tantos años, he sabido lo que significó para él el momento que vivimos juntos en aquella clase. Pero el resultado no ha sido el que esperaba. O por lo menos, el que deseaba. En mi mente este instante era algo diferente. Un poco más edulcorado. Un poco más... feliz.

—Lo sabías, ¿no? —le pregunto a Jaime.

—Sí... —me contesta tranquilo, mirando hacia la ciudad—. De todas formas, no se lo tengas en cuenta. No era su intención hacerte daño.

Niego con la cabeza.

—No te preocupes. Estoy bien —le digo agradecida—. Algo en mi interior me decía que la conversación que tuvimos fue especial para ambos, pero se vé que no fue así...

Jaime da un par de golpecitos en la barandilla con la mano y me dice:

—Bueno, todavía hay algo que nos queda por hacer en esta parada.

—¿Algo más? —le pregunto extrañada.

—Sí —me responde Jaime—. Y no me preguntes por qué, pero algo me dice que te va a sorprender.

*Viernes 22:51*

Ya no estamos en el centro comercial, sino en una habitación en la que nunca he estado. La habitación de Paolo.

Se trata de un cuarto muy bien ordenado. Las paredes están pintadas de azul oscuro y sobre las tres estanterías de madera se pueden ver muchos de los premios que ha ganado, así como varias fotografías en las que sale con otros artistas con los que ha actuado. Paolo está sentado en su mesa y, por lo que parece, está buscando algo en una especie de cofre de madera. Jaime y yo nos acercamos para ver qué es lo que hay dentro del mismo. Al hacerlo, vemos que se trata de un cofre de recuerdos: entradas de cine, fotografías de carné, autógrafos..., entre muchas otras cosas que ha debido de ir recopilando durante años.

Finalmente consigue encontrar lo que busca. Y es al darme cuenta de lo que es, cuando no puedo creerlo. Se trata del papel en el que le apunté el teléfono de mi casa cuando nos conocimos. Yo he estado guardando el suyo desde entonces, pero nunca pensé que él también lo habría hecho. Paolo coge el teléfono inalámbrico y marca el número que aparece escrito a boli en el desgastado papel. Espera durante un par de segundos hasta que alguien descuelga al otro lado.

—Sí, buenas noches —dice educadamente—. ¿Es usted la madre de Sonia? —Espera un segundo y vuelve a hablar—. Ah, una amiga de la familia, claro, en el Instituto Anatómico Forense. Perdona, mire, mi nombre es Paolo y era compañero de

Sonia en el instituto. ¿Me podría decir, por favor, cuándo y dónde será el entierro? — Paolo escucha y anota las indicaciones que le da la persona que esta al otro lado de la línea—. Pues ya lo tengo apuntado. Gracias por todo. Buenas noches.

Tras decir esto, aprieta los labios y cuelga despacio el teléfono. Después se levanta y sale de la habitación, quedándonos a solas Jaime y yo.

Mentiría si dijese que no me ha dolido mucho que Paolo no se acordase de mi antes. Pero ahora también mentiría, si no confesase lo feliz que me siento porque haya guardado mi teléfono dentro de su cofre de recuerdos durante todos estos años. Y no solo eso, sino que haya llamado al fin y quiera asistir a mi entierro. Puede que las personas nos equivoquemos muchas veces, pero también es verdad que rectificamos otras tantas. Y al final, eso es lo que cuenta.

—Tenías razón —le digo a Jaime.

—¿Por?

—Porque me ha sorprendido.

Jaime asiente con orgullo y me pregunta con ironía:

—¿No me estarás diciendo con eso, que te arrepientes de haber hecho tu última llamada a quién se la hiciste, verdad?

Niego con la cabeza.

—¡No! —exclamo—. Para nada.

—Muy bien. Pues entonces, vámonos a ver a esa persona.

Y dicho esto, me coge de las manos y desaparecemos rumbo a nuestra próxima parada. Una parada que llevaba esperando que llegase desde el principio de nuestro recorrido. Una parada en la que encontraré respuestas a muchas de mis preguntas. Pero sobre todo, una parada, en la que volveré a ver a alguien que ha sido, es y será una de las personas más importantes y especiales de mi vida.

## Lo más humano

*Sábado 17:15*

**A** lo largo de nuestra vida conocemos a muchas personas, pero no todas ellas consiguen dejar una huella imborrable en nuestro corazón. ¿Es el destino? ¿Las extrañas coincidencias? ¿O es que existen las almas gemelas?

Sinceramente, no lo sé.

A veces la gente te hace feliz. Otras veces solo te hace llorar. En ocasiones, somos nosotros los que encontramos a esa persona especial; pero en otras situaciones, es esa persona la que lo hace, dando vida a nuestro corazón para siempre. Y eso fue lo que me pasó a mí. No le esperaba. No le buscaba. Simplemente, esa persona llegó a mi vida.

¿Quién me iba a decir que el día menos pensado iba a conocer a MI persona? ¿Y no solo eso, sino que sería de una forma tan fácil, tan sencilla, tan sincera? Mi relación con esa persona no tuvo ningún tipo de efecto especial o momento de película, pero fue mejor de lo que jamás habría podido imaginar. Con esa persona aprendí a hacer muchas cosas. Aprendí a confiar en mí misma, a no rendirme ante nada ni nadie, a saber lo que es vivir de verdad. Estuvo a mi lado en los buenos momentos, pero sobre todo estuvo en los malos. Fue un gran amigo, una gran persona. Por todo ello le estaré agradecida siempre, pero en especial, por haberme enseñado a descubrir lo que es querer a alguien de verdad.

Nuestra historia no ha sido una historia de película o uno de esos romances que dan lugar a *bestsellers*. Nuestra historia no ha sido una historia fugaz o un amor a primera vista, sino que durante todos estos años, poco a poco, ha ido haciéndose más y más fuerte. No ha habido flechazos, ni situaciones fuera de lo común. Sin embargo, eso a veces es lo bueno: que un rato tomando algo en una cafetería, una tarde de cine, un mensaje recibido de madrugada, solo sean eso. Cosas normales y corrientes que pasan a ser especiales no por lo que son, sino por quién está con nosotros cuando las vivimos.

A pesar de todo, no puedo evitar pensar en lo estúpida que he sido, en lo ciega que he estado durante todos estos años, buscando a alguien especial, cuando tenía a mi lado al mejor. Es triste que tuviese que estar a tan solo unos segundos de perderlo todo para darme cuenta de todo lo que le quería, de todo lo que significaba para mí, de todo lo que le echaría de menos a partir de ese momento.

Si estuvieses a punto de morir, ¿de quién te gustaría despedirte por última vez?

Yo lo tuve muy claro en ese momento. Fue un instante fugaz, pero con dos caras muy distintas.

¿Lo mejor? Descubrir a quién amaba.

¿Lo peor? Darme cuenta de que ya era demasiado tarde.

Para mí ya lo era. No me había dado cuenta de lo que sentía de verdad hasta ese momento, y había muerto sin decirle a esa persona que le quería. Ojalá que lo hubiese hecho antes. Sin embargo, puede que para muchas otras personas aún no lo sea y todavía puedan estar juntas sabiendo que son amadas por alguien. No creo que haya nada mejor que eso. Esa sensación de equipo, esa sensación de formar parte de algo único y especial entre dos personas. Eso es lo mejor de todas las cosas. Esa persona se convierte en el centro de tu mundo, en lo más importante de tu vida. Y aunque yo solo lo sentí durante ese breve instante, fue suficiente para darme cuenta de la fuerza que tiene el amor.

Ahora que tengo a esa persona delante, un día después, se me parte el corazón al no poder decirle nada. Solo puedo verle tumbado en la cama del hospital, con los ojos cerrados y con un gesto de paz en el rostro. Está muy cerca, pero al mismo tiempo siento que hay un abismo entre nosotros.

—¿Qué le ha ocurrido? —le pregunto a Jaime con un nudo en la garganta.

—Tuvo un accidente de coche cuando se dirigía a buscarte al instituto —algo se rompe en mi interior al descubrir que, después de todo, el que ayer no estuviese en la puerta significaba que, realmente, algo malo le había ocurrido—. Un camión le arrojó en una intersección, al saltarse el semáforo en rojo. Fue un impacto fuerte. El coche de Sergio tuvo bastantes daños, y él sufrió una fractura de pierna y una leve conmoción cerebral por la que le tienen también en observación.

—¡Dios mío, Jaime! —exclamo con los ojos llorosos—. ¡Es culpa mía! Si no hubiese tenido que venir a buscarte, nada de esto habría pasado y ahora Sergio estaría bien.

—¡No! —Me corrige rápidamente—. Sergio te ha estado buscando a la salida de clase desde hace tiempo. Y siempre lo ha hecho porque quería, no porque estuviese obligado, o porque tú se lo hubieses pedido. Tú no tienes la culpa de lo que le ha pasado, Sonia. La tiene el conductor del camión que no respetó el semáforo en rojo, pero no tú.

No sé qué decir. Lo que ha dicho Jaime es cierto. Yo muchas veces le había dicho a Sergio que no hacía falta que me viniese a buscar con su coche, pero él siempre se negó a dejar de hacerlo. Él quería hacerlo y a mí me hacía feliz pasar un rato con él cada día. Lo que nunca tuve claro fue por qué lo hacía.

—Nunca he sabido por qué... —digo pensativa.

—¿Por qué, qué?

—Por qué quería venir a buscarte todos los días a la salida del instituto.

—Nunca te lo dijo, ¿no?

—Sí —le respondo convencida—. Porque le pillaba de paso hacia su casa.

Jaime hace un leve movimiento con la cabeza y noto que está a punto de decir algo, pero no llega a pronunciar una sola palabra. En lugar de hacerlo, se muerde el labio inferior y se queda en silencio. Voy a preguntarle por lo que no me ha dicho, cuando alguien llama a la puerta y Sergio se despierta. Son sus padres. Sus rostros muestran una gran tristeza. La madre de Sergio se sienta en la cama junto a su hijo, mientras que su padre se mantiene de pie.

—¿Y esas caras? —les pregunta Sergio.

Sus padres intercambian una mirada.

—¿Ha pasado algo?

—Verás, cielo... —Comienza a decir su madre—. Ayer, con todo lo que pasó, no quisimos alterarte aún más, pero lo hemos estado hablando y hemos decidido que debes saberlo.

Sergio frunce el ceño.

—Es Sonia, hijo —dice su padre—. Ayer, cuando volvía del instituto, la apuñalaron en el callejón que está al lado de casa.

Una mueca de horror aparece en el rostro de Sergio.

—¿Pero se encuentra bien? ¿Dónde está?

Un silencio inunda la habitación.

—¿Me queréis contestar? ¿O es que no me vais a decir nada más?

Su padre, con un hilo de voz, responde:

—Desgraciadamente, los médicos no pudieron hacer nada por ella. Ya era demasiado tarde...

Sergio se queda paralizado y dirige lentamente su mirada hacia la ventana.

—Ha sido todo culpa mía. Si hubiese llegado... Todo es culpa mía.

—No, Sergio... —Comienza a decir su madre—. Tú no debes sentirte culpable de lo que ha pasado.

Sergio, sin dejar de mirar hacia la ventana, repite:

—Si hubiese llegado...

Sus padres le miran con tristeza. La madre de Sergio pone su mano sobre la de este y pregunta:

—Cariño, ¿quieres estar un rato a solas? —Sergio asiente sin decir una sola palabra—. Vale, estamos fuera si nos necesitas...

Sus padres salen de la habitación en silencio y cierran la puerta tras ellos.

Miro atentamente a Sergio y me doy cuenta de lo desconcertado y tremendamente triste que está. Sus ojos, centrados en lo que está al otro lado de la ventana, se mueven de un lado para otro, como si buscasen algo o a alguien. No dice nada. No hace ni un solo ruido. Al mirarle me da la impresión de que algo en su interior se ha quedado vacío. Nunca le había visto tan serio, tan ausente. Es como si al enterarse de la noticia de mi muerte, algo en él hubiese cambiado. Es como si hubiese perdido su eterna alegría. Su esencia. Su alma. Su vida.



No puedo describir con palabras lo que me duele verle así. Ojalá pudiese hablarle y decirle que estoy aquí, a su lado; que no hay vuelta atrás para lo que pasado, pero que todo irá bien. Ojalá pudiese hacerlo, pero al igual que en todas nuestras paradas anteriores, en esta tampoco puedo hacer nada. Solo puedo quedarme al lado de Jaime y observar lo que sucede a nuestro alrededor. Y eso me mata.

De repente, sus ojos se humedecen y, tras temblarle varias veces la barbilla, rompe a llorar lleno de ira. Es la primera vez que le veo llorar. Siempre que lloré delante suyo a lo largo de estos años que hemos pasado juntos Sergio me decía que no merecía la pena hacerlo, y que en esta vida había muy pocas cosas que fuesen lo suficientemente importantes como para ello. Y por eso estoy tan impactada. Porque al final mi muerte ha resultado ser la única cosa importante en su vida, merecedora de ser llorada.

*Sábado 18:06*

Ha pasado casi una hora y Sergio, después de haber llorado a mares, ha caído rendido y se ha vuelto a dormir. Sin embargo, en su cara ya no hay paz, sino pena.

Alguien llama con suavidad a la puerta y pasa a la habitación. Es su madre, Concha. En esta ocasión viene sola. Se acerca a la cama, con cuidado de no hacer ruido, y se sienta despacio al lado de su hijo. Le roza la cara con suavidad y le retira los mechones rubios que le caen con rebeldía sobre el rostro. Han pasado casi tres años desde que Sergio y yo nos conocimos por casualidad. Puede que haya cambiado mucho físicamente, pero en el fondo sigue siendo el mismo. Sergio abre lentamente los ojos y dice con un nudo en la garganta:

—Por qué ha tenido que pasar esto, mamá...

—Cariño, en la vida hay cosas que tenemos que aceptar por mucho que no las comprendamos. Ha sido una noticia terrible...

Sergio no dice nada. Desvía su mirada hacia abajo y una lágrima empieza a recorrer su mejilla.

—¿Sabes lo que más me duele? —le pregunta Sergio a su madre con la voz rota de dolor. Esta asiente y contesta a la pregunta con decisión.

—No haberle dicho que estabas enamorado de ella.

«¿Perdón?», pienso, mientras me llevo la mano a la boca y miro a Jaime, que me sonríe con ternura. Ahora sé lo que no me ha llegado a decir antes.

Sergio pone cara de confusión.

—¿Cómo...?

Concha suspira con un gesto de melancolía en la cara.

—¡Ay, hijo! Soy tu madre y las madres siempre sabemos esas cosas. Recuerdo el día que os conocisteis. Cuando entraste por la puerta de casa dijiste: «Mamá, quiero que vayamos al centro comercial porque quiero comprarme todos los libros de un tal Nicholas Sparks». Entonces yo te pregunté por qué querías leer a ese autor, y tú

simplemente me dijiste: «Porque es importante para alguien que he conocido hoy». —Sergio se emociona al recordar su respuesta—. Y desde entonces no ha habido un solo día en el que no me hayas hablado de Sonia. Sé lo mucho que ha significado para ti estar a su lado, y lo feliz que te ha hecho siempre pasar tiempo con ella.

—¿Y qué voy a hacer ahora que se ha ido, mamá? —le pregunta Sergio.

—Vivir —dice con tristeza su madre—. Nunca nada volverá a parecerse igual, porque la persona a la que has querido ya no está en este mundo. Y eso, por mucho que nos duela asumirlo, lo cambia todo. La historia que has vivido con Sonia es una historia que habéis vivido juntos, y por eso es única. Siempre formará parte de tu vida. Ahora, cariño, solo puedes darte tiempo para seguir adelante. Aunque sé que ahora mismo no puedes comprender lo que te estoy diciendo, lo harás más adelante.

—Nunca he conocido a nadie como Sonia... —le dice Sergio.

No puedo evitar emocionarme al escuchar algo así de mí.

—No, claro que no —dice Concha—. Cada persona es única, y con cada persona se vive una aventura diferente. Un viaje en el que todo lo que ocurre tiene un sentido. Una historia en la que siempre se saca algo en claro. Siempre. Y eso es...

Y justo antes de que la madre de Sergio pueda terminar la frase, Jaime lo hace con ella al unísono.

—... Lo más humano —dicen ambos.

Las palabras de la madre de Sergio me hacen pensar. En este momento no puedo evitar acordarme de mi madre y de las horas que pasé hablando con ella sobre la vida, el amor y sobre muchos otros temas. Una vez escuché que no hay nadie más sabio que una madre. Y qué verdad es.

—¿Lo más humano? —le pregunta Sergio intrigado.

Su madre piensa su respuesta durante varios segundos y finalmente contesta a su pregunta.

—Llevo casada con tu padre muchos años y, aunque ha habido momentos difíciles, no ha habido un solo día en el que no le haya querido. La vida es muy compleja y no sé qué habría hecho sin él a mi lado. El ser humano es capaz de muchas cosas solo, pero al lado de la persona que más quiere logra ir mucho más allá. ¿Nunca has oído la expresión «detrás de un gran hombre hay una gran mujer, o viceversa»?

—Sí, claro —le responde Sergio con interés.

—Pues esa es la idea clave de todo lo que estamos hablando. Una persona puede hacer grandes acciones y descubrimientos en su vida, pero en la mayoría de los casos no lo habría conseguido sin tener a esa persona importante a su lado. Sin embargo, no siempre uno saca lo mejor de sí mismo al ser feliz. Algunas veces una ruptura puede afectar tanto a una persona que, a partir de lo que siente en su interior, compone las mejores canciones de su carrera, escribe su mejor novela o dirige su más exitosa película.

Sergio escucha en silencio y va dando sentido a todo lo que Concha le está

diciendo.

—El ser humano es capaz de sacar algo bueno siempre, incluso de los momentos más duros con los que se tiene que enfrentar. Eso es lo más humano, Sergio. La capacidad de luchar, de superarse y de seguir adelante, día tras día.

Sergio, muy emocionado tras escuchar las palabras de su madre, se abraza a ella con fuerza.

—Gracias, mamá. Por todo.

—A ti, mi pequeño, gracias a ti...

El abrazo dura varios segundos, hasta que Sergio le pregunta con un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos:

—¿Cuándo va a ser el entierro?

—Mañana, domingo, a las doce del mediodía —le responde Concha con tristeza.

—Quiero ir, mamá —dice Sergio con una mezcla de ansiedad y tristeza en la voz —. Necesito ir. Quiero estar a su lado.

Su madre expresa disconformidad y preocupación con su cara, pero suspira y dice:

—Lo hablaré con tu padre y el doctor. No te puedo decir que sí con seguridad, pero te prometo que si es posible que puedas ir, irás.

Sergio asiente y su madre sale de la habitación. De nuevo nos quedamos los tres solos.

Soy consciente de que pronto nos tendremos que ir, ya que hemos averiguado todo lo que hemos venido a saber de esta parada, pero no me puedo marchar sin despedirme de mi persona. Sin despedirme de Sergio. Me acerco lentamente hacia la cama, mientras Jaime me mira con gesto calmado desde donde está. Al estar al lado de Sergio me siento feliz por saber que está bien después de todo lo que le ha pasado, pero la tristeza que noto en mi interior es indescriptible. Al saber que si no hubiese pasado nada quizás podríamos haber tenido un futuro juntos, se me rompe el corazón en mil pedazos. Sin embargo, no tardo en darme cuenta de que no puedo sentirme así. He sido muy feliz a su lado, y eso ya no me lo quitará nunca nadie. La historia que vivimos juntos siempre irá con nosotros. Pase lo que pase. Puede que no llegase a decirle nunca lo que sentía por él, pero hoy no solo lo voy a hacer, sino que además he averiguado que él también me quería mucho. Nunca es tarde para nada. Está claro.

Sergio cierra los ojos. Sé que es muy probable que esta sea la última vez que le pueda ver, y por eso tengo que hacer algo más antes de irnos. Me acerco a él con cuidado y, aun sabiendo que él no se dará cuenta de nada, le beso en los labios. Es la primera y última vez que nos besamos. Nuestros labios están unidos durante varios segundos, hasta que nuestro beso se acaba y le susurro al oído.

—Te quiero.

Y dicho y hecho, me quedo callada durante unos instantes, sin dejar de mirarle.

Daría lo que fuese porque Sergio abriese los ojos, me viese y me dijese que él también me quiere. Sin embargo, no ocurre nada de eso. Él continua con los ojos

cerrados, y yo solo puedo volver al lado de Jaime para irnos. Al fin y al cabo, la vida no es un cuento de hadas. Pero eso no significa que no haya finales felices o momentos especiales. Claro que los hay, y mi vida ha sido un claro ejemplo de ello.

Este último recorrido me ha enseñado muchas cosas. Al principio pensaba que después de haber muerto todo sería malo, pero al final no ha sido así. He conocido lo que es la verdadera amistad, lo importante que es la familia en nuestra vida, el valor de los recuerdos, y, por último, lo que es el amor verdadero. He sabido no solo que yo he querido con toda mi alma a alguien, sino que esa persona también me ha querido a mí. Me siento feliz. Me siento querida. No puedo pedir más.

Ahora solo puedo pensar en una cosa: la madre de Sergio tenía toda la razón. De todo lo que vivimos, siempre conseguimos quedarnos con lo mejor. Al fin y al cabo, eso es lo más humano, ¿no? Puede que no seamos príncipes o princesas de cuento, puede que solo seamos eso, seres humanos. Pero en realidad debemos estar contentos por ello, porque ser eso, solo humanos, es lo mejor que podríamos ser.

## El último adiós

*Domingo 12:00*

Hace un día precioso. El cielo está azul celeste y pequeñas nubes de color blanco lo decoran, como si fuesen pinceladas hechas por algún pintor famoso. No hace demasiado calor, y una agradable brisa mueve los verdes árboles que se distribuyen de forma regular por el lugar.

Voy caminando despacio al lado de Jaime, y aunque me siento acompañada, por dentro noto una sensación rara. En toda mi vida había pisado el cementerio, ni siquiera para visitar a mi padre. Fue tan duro perderle que nunca me vi capaz de venir a este lugar y ver que lo único que quedaba de él era una lápida de mármol en la que aparecía su nombre y un par de fechas que indicaban lo que había durado su vida. Una vida que debía haber sido mucho más larga, pero que como todo en este mundo, sucede de un determinado modo y no hay vuelta de hoja. Aunque nunca llegué a entrar en este lugar, algo me decía que quizás algún día me vería con el valor suficiente para hacerlo. Lo que jamás habría podido imaginar es que, cuando finalmente lo hiciese, no sería para visitar a mi padre o para asistir al funeral de algún conocido, sino para asistir al mío propio.

Sí, exacto. Hemos venido para asistir a mi entierro, a mi último adiós a todos los que he querido y que han formado parte de mi vida durante estos años. Un último adiós que quizás, antes de haber hecho este último recorrido con Jaime, habría sido un momento muy duro, pero que ahora se presenta como una oportunidad muy importante para decir algo que decimos a menudo pero que no sentimos de verdad. Una simple palabra: adiós.

A nuestro alrededor todo está en silencio. No se oye nada más que a los pajarillos que vuelan por el lugar y que, en su feliz ignorancia, entonan alegres cánticos entre el silencio de los que aquí descansan.

Durante todos estos años me había imaginado el cementerio como un lugar mucho más tétrico, mucho más triste..., pero en realidad lo que siento ahora es algo muy distinto. En el silencio que nos rodea se puede respirar una mezcla de muchos sentimientos expresados a través de las ofrendas que los vivos traen a los que ya no están a su lado: flores, fotografías, cartas llenas de recuerdos y pensamientos sin decir... Todos estos regalos suponen un nexo de unión entre dos realidades y dos momentos muy distintos. El pasado y el presente. La vida y la muerte. El paso de

todos nosotros por el mundo y lo que sea que haya después. Son regalos de madres, de padres, de hijos, de familiares menos cercanos, de amigos, de compañeros de trabajo, de vecinos, e incluso de personas que no llegamos a conocer, pero que de alguna forma fuimos importantes en su vida, sin saberlo. Cada uno de esos objetos son un reflejo de distintos sentimientos y emociones. Amor, cariño, orgullo, melancolía, tristeza, arrepentimiento, admiración...

Hoy es mi turno de pronunciar la palabra *adiós* en su verdadero sentido. No va a ser fácil, pero gracias a Jaime me siento capaz de hacerlo. Y no es que no esté triste por tener que decir adiós a tantas personas, a tantos momentos, a tantos sueños y deseos perdidos en el tiempo, porque me siento muy triste. Sin embargo, estoy feliz por poder decirla. Jaime me lo dijo en una de nuestras paradas y tenía toda la razón; yo he tenido una familia estupenda, buenas amigas, muchos conocidos y alguien muy especial que me ha hecho sentir muchas cosas desde que nos conocimos. Me da mucha pena saber que todo ello se quedará atrás, pero me siento contenta por el tiempo que he podido compartir con cada una de estas personas. No lo hubiese cambiado por nada del mundo mientras vivía. Y ahora que he muerto, tampoco. Al fin y al cabo, ellos han sido mi vida y les estaré agradecida por ello siempre.

Nos detenemos a la sombra de un gran ciprés y miramos atentos lo que está a punto de ocurrir. Jaime me ofrece su mano y, al dársela, me la aprieta con fuerza. Sabe que va a ser un momento muy duro para mí y le agradezco que me quiera demostrar de esta forma que está a mi lado.

A los pocos segundos, entre los solemnes cipreses, comienza a avanzar un ataúd de color marrón con tiradores dorados, transportado por varios hombres vestidos de negro. Sus rostros están marcados por la seriedad y sus pasos van coordinados y a un ritmo casi militar. Detrás de ellos están mi madre y mi hermana. Mi madre lleva unas gafas de sol muy grandes, pero ello no evita que se note el gran dolor que siente por lo que ha ocurrido. Está totalmente destrozada. Mi hermana está a su lado y la lleva sujeta con fuerza para evitar que se desvanezca. Al verla actuar así, me siento muy orgullosa de ella. Se ha hecho toda una mujer y me tranquiliza saber que mi madre no va a estar sola, sino que a partir de ahora Rebeca cuidará de ella. Las quiero a las dos muchísimo, y deseo con todas mis fuerzas que sean felices y fuertes ante todo lo que puede ocurrir de aquí en adelante.

Otros rostros que no tardo en reconocer son los de mis amigas Vir y Nerea. Ambas se muestran muy serias y van cogidas de la mano. Es curioso cómo un mismo gesto puede cambiar tanto, en función de las circunstancias en las que se produce. La última vez que las vi cogidas de la mano fue en el instituto, y no habría imaginado que dos días más tarde volverían a estar cogidas de la mano, pero en una situación tan diferente como es un entierro. Sin embargo, hay algo distinto en esta ocasión. Se las ve más unidas, más amigas. Dicen que las desgracias unen más a las personas que los momentos felices. Quizás mi muerte haga que Vir logre tener a la amiga que lleva deseando tener durante todos estos años, y que Nerea se convierta en una persona

diferente. Ojalá que pase a ser la amiga que siempre la he considerado y que tan feliz me ha hecho. Ojalá que siempre sean amigas, que ríen, que lloren, que sueñen juntas. Las voy a echar mucho de menos y nunca olvidaré ni uno de los días que he podido pasar a su lado. Son únicas, para lo bueno y lo malo. Son mis amigas y siempre lo serán.

Además de mi familia y mis dos amigas, poco a poco van avanzando muchas personas que han formado parte de mi vida, pero que nunca hubiese imaginado que vendrían a despedirse de mí. Supongo que nunca me sentí lo suficientemente importante para todas ellas como para que lo hiciesen. Sin embargo, aquí están. Los padres de mis amigas, mis compañeros de clase y muchos otros alumnos del instituto, entre los que están Elsa y Álvaro, mis profesores, el portero de mi edificio, las amigas de mi madre... incluso Paolo, alguien que había formado parte de mi vida, pero para quien yo no había significado tanto hasta que hube muerto. Me dolió mucho escucharle decir a sus amigos que no se acordaba de mí, pero ahora me siento bien porque ha venido. Al fin y al cabo todo el mundo puede rectificar, y él lo ha hecho. Ya solo por eso me siento feliz.

El lugar se va llenando de gente, pero me falta alguien muy importante. Sé todo lo que ha ocurrido y entiendo que no esté aquí, pero me hubiese gustado que hubiese venido para haber podido verle por última vez.

Miro a Jaime, que sigue observando con atención a todos los presentes. Sin que yo diga ni una palabra, asiente lentamente. Me siento más tranquila al ver ese gesto por su parte. Vuelvo a centrar mis ojos en el lugar en el que se va a celebrar mi entierro cuando veo que ha llegado. Sergio ha llegado. Avanza poco a poco por el camino, acompañado por sus padres, sentado en una silla de ruedas que es empujada por su padre. Aunque se le nota dolorido y muy triste, me emociono al verle fuera del hospital. Su pierna tardará en curar, pero tiene toda la vida por delante para ser feliz. Toda la vida.

—¿Pensabas que vendría? —le pregunto a Jaime.

Gira la cara y me mira con una mirada intensa.

—No lo he dudado ni un momento.

Y dicho esto, sonrío de forma bonachona. Le devuelvo la sonrisa. Después nos quedamos de nuevo en silencio. Sergio y su familia llegan hasta el resto de los presentes y da comienzo el entierro.

Durante el tiempo que dura el acto son muchas las palabras de cariño, tristeza y esperanza que tanto el sacerdote como el resto de los presentes me dedican. He sido hija, hermana, amiga, compañera, vecina, conocida... pero lo que más me emociona es que me describan como «una chica llena de vida». Una vez me preguntaron con qué palabra me definiría mejor. En aquel momento no supe qué decir. ¿Alegre? ¿Tranquila? ¿Enamoradiza? Supongo que todas esas palabras me podrían definir bien, pero ahora me doy cuenta de que desde siempre la palabra más apropiada ha sido, es y será solo una: viva. Hay muchas personas que respiran, pero en su interior

no hay alegría, no hay ilusión, no hay vida. No hay nada. Son como zombis que ven como los días van pasando en el calendario, pero que no disfrutan de ellos como deberían. Yo, sin embargo, he disfrutado mucho durante mi vida y por eso hoy no estoy triste. No niego que no sea duro dejar atrás toda una vida, porque lo es, pero no me arrepiento de nada y siento que eso ya es mucho.

La ceremonia termina, y poco a poco todos los presentes van regresando a sus casas, a sus trabajos, a sus vidas. El mundo nunca se ha detenido por nada, ni por nadie. Y tampoco lo ha hecho ahora que yo ya no estoy en él. Todo comienza en un momento y hoy termina, en cierta forma, para mí. Sé que siempre estaré en el corazón de los que han venido a decirme adiós, pero ya nada será igual. Es una pena, pero es así.

—¿Estás bien? —me pregunta Jaime, poniendo su mano sobre mi hombro.

Con los ojos llenos de lágrimas asiento y trato de contener mis emociones, pero no puedo más y me derrumbo. La verdad es que no sé qué habría hecho sin Jaime a mi lado durante todo este tiempo. No solo me hace feliz que haya sido mi guía, sino que le quiero mucho como persona, ente o lo que sea. Ojalá pudiese hacer algo por él y así poder devolverle todo lo que él me ha demostrado desde que nos conocemos.

—¡Bueno, basta de lágrimas! —exclama, mientras me aparta el pelo de la cara—, que tenemos que irnos a nuestra siguiente parada.

—¿Cómo que a nuestra siguiente parada? —le pregunto muy confusa—. ¿No era esta la última?

—¡No! ¡Claro que no! —me dice—. ¡Ahora queda lo mejor!

—¿Lo mejor?

—¡Eso mismo he dicho! —exclama secándome con cuidado las lágrimas de la cara—. Así que tienes que sonreír y prepararte, porque te espera el GRAN final.

—El gran final... —repito pensativa.

—Exacto —dice con seguridad—. Y como te prometí que no todo serían penas... tengo algo muy especial para ti.

—¿Para mí? —le pregunto, llevándome la mano al corazón.

Jaime asiente.

—Un deseo —me dice levantando el dedo índice.

Al escuchar estas dos palabras, abro la boca y arqueo la ceja.

—¿Un deseo? —le pregunto mordiéndome el labio.

—Sí, eso es. Tienes la oportunidad de hacer realidad uno de tus deseos, y puedes pedir lo que tú quieras.

—¿Puedo pedir lo que sea?

—Sí, lo que sea.

No digo nada durante unos segundos. Jaime me pregunta si sé ya qué quiero pedir. Yo, con las cosas muy claras, le digo que sí y le cuento lo que quiero: mi último deseo es que él sea quien lo pida.

Al escuchar lo que acabo de decir, Jaime se queda blanco. Se emociona mucho y



me dice que nunca se ha sentido tan feliz como en este instante. Duda durante unos segundos, pero al final se le ocurre algo y sonrío de oreja a oreja. No sé cuál habrá sido su deseo, pero solo por haberle hecho sonreír y emocionarse, después de todo lo que él ha hecho por mí, seguro que vale la pena.

Nos damos la mano y, con una sonrisa compartida, nos miramos a los ojos. Este es el momento perfecto para cerrar el gran capítulo de mi vida. Mi último adiós.

Por delante tenemos un deseo, una sorpresa, y lo vamos a disfrutar ambos. Porque en realidad, este último recorrido no ha sido solo mío, sino que ha sido también de Jaime. Es mi guía, mi amigo y no me imagino este momento sin él. Empezamos juntos y el final no podría ser de otra forma. Así es como debe ser y no puedo sentirme más feliz por ello.

En cuanto a mi vida y a todos mis seres queridos solo me queda decirles, de todo corazón, una última palabra: adiós.

# *Segunda parte*



## La vida sigue

*Un mes más tarde...*

El sol ha salido hace rato, pero para Andrea el nuevo día es igual de triste que todos los que ha vivido desde el entierro de su hija Sonia.

La investigación de su asesinato todavía no ha tenido los resultados deseados por la policía. La ausencia de pruebas concluyentes, la falta de testigos, la inexistencia de huellas dactilares en su piel o en su ropa (al ser de algodón y absorber la grasa de los dedos)..., ha provocado que para los inspectores de policía la muerte de Sonia todavía sea un misterio sin resolver. Su asesino aún no ha sido capturado, por lo que los vecinos del barrio siguen con miedo de que a alguno de sus seres queridos también les pueda ocurrir lo mismo.

Pero si hay una persona que siente pánico ante esta situación, esa es Andrea.

Tras ver morir a su marido, Jorge, pensaba que nunca volvería a sentir en su vida un vacío igual, una pena tan grande, un golpe tan arduo... Pero lo ha vuelto a sentir, y ha sido incluso más duro que la primera vez. Es obvio que la pérdida de su marido, su gran amor, fue tremendamente difícil de superar. Sin embargo, que Sonia se haya marchado de este mundo de una forma tan rápida, tan inesperada, tan injusta, le parece imposible de comprender. No le cabe en la cabeza que su hija mayor se haya ido sin más. Nunca es fácil decir adiós a alguien a quien quieres tanto, pero es todavía más complicado hacerlo cuando no nos hemos podido ni despedir de esa persona. Jorge luchó durante meses, y ella y sus hijas estuvieron a su lado en todo momento. Despedidas, miedos, lágrimas... Todo ello fue compartido por los cuatro, y esos pasos previos al adiós definitivo hicieron que el momento final fuese un poco menos duro. Fueron muchos los instantes en los que Andrea sintió que no sería capaz de vivir sin Jorge; en los que sintió que, si su marido fallecía, no le quedaría nada en este mundo para ser feliz; en los que la vida se le escapaba de sus manos, al igual que se le estaba escapando a su gran amor. Al final el corazón de Jorge había dejado de latir y con él se fue una parte del interior de Andrea. Sin embargo, no le ha olvidado ni un solo día desde que les dejó. Al menos pudo despedirse de él y estar segura de que hizo todo lo que estuvo en su mano para que su marido esos últimos meses, esas últimas semanas, esos últimos días, estuviesen marcados por el amor y la unidad de su familia, apoyado y acompañado de aquellos que le querían y que nunca le olvidarían.

Pero ahora todo es diferente. Sonia murió de golpe, sola y sin nadie a su lado en esos últimos momentos. Solo con pensar en el miedo que tuvo que sentir su hija en esos instantes, a Andrea se le rompe el alma. Se siente mal. Muy mal. Por dentro y por fuera. La cabeza le da vueltas, le escuecen los ojos de tanto llorar y todo el cuerpo le duele como si le hubiese pasado un tractor por encima. No tiene fuerzas, y los relajantes y antidepresivos que le han recetado no ayudan lo suficiente. No logran que olvide a quien ya no está a su lado. Su mente se ha vuelto confusa y algo incoherente. Inseguridades, miedos, dudas... Todo lo que le rodea ha perdido cualquier tipo de importancia que tuviese antes. No tiene ganas de nada. Solo quiere seguir así, en silencio. Sin pensar en nada.

¿Por qué los buenos momentos se sienten tan lejanos en el tiempo y los malos tan cercanos? ¿Por qué la felicidad cuesta tanto alcanzarla y luego se aleja de nosotros con tanta rapidez? Andrea no solo no sabe la respuesta a estas preguntas, sino que no lo entiende. No entiende nada.

De pronto un ruido rompe el silencio que le rodea. Es el despertador que, como todos los lunes, anuncia la hora a la que Andrea se levanta para dar su paseo. Normalmente lo hacía con Jorge, pero tras su muerte, Andrea continuó haciéndolo. Para ella era una forma de sentir que durante el tiempo que duraba su paseo volvía a estar cerca de su marido. Como si fuese algo que aún pudiesen compartir de alguna manera. Sin embargo, desde la muerte de Sonia, no lo ha vuelto a hacer. Estira el brazo y apaga el despertador. Se incorpora en la cama y mira hacia el espejo que está situado encima de la coqueta de madera. En él se ve reflejada, y la persona que ve le desconcierta. No parece ella. La imagen que tiene delante es la de una mujer descuidada, derrotada y hundida. ¿Dónde ha quedado la mujer que ha luchado durante tantos años por su familia? ¿Dónde se ha ido toda la ilusión, toda la esperanza, todas las ganas de vivir un nuevo día? Su marido fue el primero en dejarles, ahora es su hija mayor la que lo ha hecho. Solo le queda su hija Rebeca, y por ella no puede tirar por tierra todo lo que han conseguido superar a lo largo estos últimos años. Rebeca también ha sufrido mucho con ambas pérdidas y no puede dejarla sola. Tiene que sacar las fuerzas de donde sea para que juntas puedan salir adelante.

Con este pensamiento de superación, Andrea se levanta de la cama y sale de la habitación. Camina por el estrecho pasillo de su casa en el que reina la oscuridad, y al llegar a una puerta de madera cerrada, se detiene. La abre lentamente y mira en su interior. Es la habitación de Rebeca.

La hija pequeña de Andrea duerme. Ella ha conseguido dormir después de todo, aunque también es normal tras un mes lleno de nervios, tristeza y angustia a flor de piel. Lo mejor es que descanse.

Andrea cierra la puerta despacio para no despertar a Rebeca. Camina de nuevo por el pasillo y se detiene ante una nueva puerta. También está cerrada, pero en su interior no hay nadie. Es la habitación de Sonia y, por lo tanto, ella no está. Y no solo

eso, sino que no estará nunca más.

Desde que la policía le llamó para comunicarle la terrible noticia, nadie ha vuelto a entrar en esta habitación. Nadie en un mes. Andrea no se ha visto capaz de entrar en el cuarto de su hija, en el cuarto de su niña. Y no lo ha hecho porque al entrar y ver que su pequeña no estaba, sería como asumir del todo que se había marchado de sus vidas para siempre. Sin embargo, después de haberse visto reflejada en el espejo de su habitación, no puede hundirse. Tiene que enfrentarse a lo que haga falta para salir adelante. Por ella, por Rebeca, por Jorge y por Sonia. Es lo que ellos habrían querido, que no les olvidaran, pero que siguiesen con sus vidas. Y es que así es la vida: algo continuo, algo eterno. Pase lo que pase, la vida sigue. Para bien o para mal, pero sigue.

Andrea cierra los ojos, suspira y finalmente abre la puerta con extremo cuidado, mientras las manos le tiemblan. Una vez ha abierto la puerta, enciende la luz de la habitación y mira lo que hay a su alrededor. Todo está tal y como lo dejó Sonia: sus novelas, sus discos, sus peluches... Andrea nota como los ojos se le llenan de lágrimas al volver a estar en este cuarto lleno de recuerdos y lleno de cosas que tan feliz han hecho a su hija durante los últimos dieciocho años. Da varios pasos y se sienta en la cama porque le falta el aire. Desde ella continúa mirando hacia todo lo que le rodea y no puede evitar que varias lágrimas se derramen de sus ojos. Es un momento muy duro, ya que recuerda lo vivido con Sonia, pero también porque esos objetos y recuerdos le hacen pensar en todo lo que su hija ya no podrá vivir, disfrutar o sentir, en lo que su hija ha dejado por hacer, en los sueños que tenía y que al final no se han podido convertir en realidad.

Todos estos sentimientos se agolpan en la mente de Andrea. Muy aturdida, se abraza al peluche favorito de su hija, un muñeco de nieve, cierra los ojos y se deja caer lentamente sobre la cama. Pero es al apoyar su cabeza sobre esta cuando nota algo duro. Abre los ojos y con una expresión de extrañeza se incorpora y deshace la cama, levanta la almohada y finalmente descubre el objeto duro. Se trata de un diario.

Andrea lo coge con cuidado. Lo mira por delante y por detrás. Se dispone a abrirlo cuando piensa en si lo que está a punto de hacer es correcto o no. Sin embargo, ya no puede hacer nada por Sonia. Si este diario le puede ayudar a saber todavía más de su hija, merecerá la pena. Andrea coge aire, roza con suavidad la portada y lo abre por fin. Al hacerlo, lee en la primera hoja las siguientes palabras:

Todo lo que hice, todo lo que viví, todo lo que sentí... Estas páginas contienen todas aquellas cosas que he querido decir y que quizás nunca diga; todos los momentos que más me han marcado en mi vida y que no quiero olvidar; todos los sueños que he tenido a lo largo de estos años y que todavía no he podido cumplir. Eso y mucho más.

Este es mi libro favorito, ya que no es un simple diario, sino una recopilación de todas aquellas cosas que me han hecho ser quien soy. Quizás

algún día alguien lo lea y pueda saber que una chica llamada Sonia existió en este mundo, y que al igual que él o ella, también sintió, ríe, lloró, soñó... Para eso he decidido escribir estas páginas, para dejar una pequeña huella en este mundo. La huella de quien fui, de quien soy y de quien seré. Ahora y siempre. Pase lo que pase.

Andrea termina de leer la última frase y no puede evitar derrumbarse de golpe. Cierra el diario y se abraza a él, mientras llora desconsoladamente. Acaba de leer lo que Sonia escribió en un momento del pasado, pero para ella es como si su hija se lo acabase de decir en este instante. Lo que acaba de descubrir no ha hecho más que hacerle admitir en su interior que todo ha acabado, que Sonia se ha ido para siempre y que nunca más volverá a estar a su lado. Sin embargo, ahora sabe que no todo se ha ido con Sonia. En sus manos tiene su diario y puede que contenga algo que le sirva para poder, de alguna forma, despedirse de ella.

La vida sigue, pero gracias a eso Andrea acaba de encontrar algo que, aunque ha supuesto un golpe muy duro para ella, también le ha hecho feliz.

Andrea lleva casi una hora leyendo el diario de Sonia. Rebeca todavía no se ha levantado, por lo que su madre aún no ha podido contarle lo que ha encontrado. Andrea ha preferido seguir leyendo hasta llegar al final. Ha sido casi una hora llena de recuerdos, de citas de autores famosos, de películas vistas, de canciones anotadas, pero sobre todo, de Sonia. A lo largo de las páginas que ahora tiene Andrea en las manos, Sonia escribió sus pensamientos, sus miedos, sus gustos, sus sueños... Todo lo que le hizo sufrir en algún momento, todo lo que le sorprendió, todo lo que le dio ganas de seguir adelante, todo lo que le hizo sentirse viva. El diario que ha encontrado su madre debajo de la almohada no es un simple diario, sino que se trata de una recopilación de historias y sentimientos agrupados en varios capítulos, siendo cada uno de ellos de un color diferente. Cada capítulo se centra en una persona en concreto. Personas que formaron parte de su vida y que, por una cosa u otra, se convirtieron en merecedoras de estar dentro de este libro. Su libro personal.

A Andrea y a Rebeca les dedica un capítulo muy especial. Un capítulo en el que Sonia refleja lo que sufrieron durante la enfermedad de su padre, todo lo que tuvieron que superar tras su muerte y lo importante que fueron ambas para ella. Puede que Sonia no llegase a contestar al mensaje que su madre le envió para felicitarle por haber acabado el instituto, pero ahora que ha leído todo lo que su hija quería a su familia, para Andrea es como si lo hubiese hecho.

No ha podido evitar emocionarse al leer que, para su hija, ella ha sido siempre un modelo a seguir, una luchadora, alguien digno de admiración. Andrea ha sufrido mucho, pero no ha vivido mejores momentos que los que ha pasado con sus pequeñas. Ellas han sido su felicidad, todos y cada uno de los días de su vida. Ha intentado crear una familia unida, que se quiere y que siempre estará al lado de aquellas personas que la forman. Lo ha intentado desde que empezó su aventura junto

a Jorge, pero nunca había sabido si lo había logrado. Y ahora, gracias a Sonia, lo sabe. Y no solo sabe eso, sino que gracias a las palabras de su hija se ha vuelto a sentir con fuerzas de seguir adelante. Si bien es cierto que durante la mayor parte del tiempo que Andrea lleva leyendo el diario ha estado centrándose en el capítulo que Sonia dedica a Rebeca y a ella, también ha leído por encima el resto de capítulos y, por lo que ha podido apreciar, el contenido de los mismos merece que sea conocido por aquellos que los protagonizan. Si Sonia escribió en estas páginas muchas de las cosas que significaron para ella, momentos especiales vividos con esas personas y muchos sentimientos y pensamientos que nunca llegaron a hacerse realidad, quizás este sea la hora de que, por fin, el contenido de este diario sea conocido por todos.

No sabe si para el resto de los protagonistas de este diario las palabras que van dirigidas a ellos significarán tanto como lo han hecho para ella. Pero lo que sí tiene claro es que, si sus capítulos son tan personales, tan sentidos y tan especiales como ha sido el suyo y el de Rebeca, seguro que tras haber leído las palabras de Sonia hacia ellos, todos sentirán algo especial. Puede que la vida de su hija mayor se haya acabado de golpe; puede que muchos de sus sueños se hayan truncado y no se hayan podido cumplir; puede que Sonia no llegase a decir muchas de las cosas que pensaba a los que quería; pero ahora quizás pueda hacerlo. Quizás esta sea la mejor forma de decir adiós a Sonia. Andrea no lo sabe con seguridad, pero algo le dice que siga su instinto. Y es justo lo que va a hacer.

Rebeca sale de su habitación, camina por el pasillo y encuentra a su madre sentada en el sofá, en silencio. Rebeca saluda a su madre y está, tras sonreírle con los ojos llenos de emoción, le dice:

—Necesito que me ayudes, hija.

Dicho esto, señala al diario de Sonia que está encima de la mesa. Rebeca mira con curiosidad el libro de color rojo. Se acerca a él, lo coge y lo abre con cuidado. Lee el contenido de la primera página y tras aguantar la respiración durante un par de segundos, cierra el libro y dice con seguridad:

—Claro, mamá. Cuenta conmigo.

## La misión

Ya está todo listo: los capítulos, fotocopiados y separados; los sobres, rellenos y cerrados; y Andrea y Rebeca a punto de comenzar la misión que se han propuesto. Deben entregar cada sobre a su destinatario a lo largo de la mañana, y deben evitar ser vistas al hacerlo. Ninguna de las personas a las que van a visitar debe saber que han sido ellas las que lo han hecho.

Al principio, la idea de que el diario de su hermana fuese a ser leído por tantas personas no había sido comprendida del todo por Rebeca. ¿No sería una violación de su intimidad que sus pensamientos, sus sentimientos, sus deseos... pasasen a ser descubiertos por todas las personas que han sido importantes para ella? Y ha sido, tras darle muchas vueltas al asunto con su madre, tras ver todas las opciones y pensar en las posibles consecuencias... cuando han llegado a una conclusión final: el diario de Sonia no sería repartido en su totalidad a los protagonistas del mismo, sino que se haría de una forma mucho más personal. El diario sería fotocopiado y dividido por los capítulos que Sonia ya estableció en vida, y cada capítulo sería enviado de manera anónima al destinatario de cada uno. De esta forma, cada protagonista recibiría solo su capítulo, y podría conocer todo lo que Sonia sentía y pensaba sobre él o ella, pero no sobre el resto.

Ahora, tras haber apuntado las direcciones de todos y cada de los destinatarios, gracias a que Sonia las apuntó al final de su diario, les espera una mañana llena de viajes en Metro y en bus por toda la ciudad. Tienen que conseguir que todos y cada uno de los capítulos escritos por Sonia lleguen bien a su destino. Tienen una misión que cumplir. Una última misión que hacer por ella. Así que lo van a hacer lo mejor posible y, sobre todo, lo van a hacer juntas.

Faltan cuatro paradas para llegar a la estación de Metro en la que Rebeca y su madre tienen que entregar el penúltimo sobre. Es en este momento cuando Rebeca aprovecha y piensa en Sonia y en lo que han compartido como hermanas a lo largo de tantos años.

Para Rebeca, Sonia fue siempre su hermana mayor, su confidente, alguien con quien sabía que podía contar ante todo. Pasaron juntas por los momentos más duros de sus vidas, pero también juntas disfrutaron de los mejores días de sus respectivos caminos. Sonia era alguien especial. Era una de esas chicas que, aunque no era una supermodelo o una gran estrella de la tele, a todos los que conocía les dejaba una pequeña huella en su interior. Y a pesar de que Sonia fue siempre la que destacó de



las dos, Rebeca nunca se sintió desplazada. Para ella, su hermana mayor era especial, como para el resto de personas, así que simplemente lo aceptaba y lo confirmaba día tras día.

Claro que entre las dos también hubo más de una discusión, pero como el centro de las mismas siempre eran tonterías, pronto lo solucionaban y volvían a estar igual de unidas que antes. O incluso más. Dicen que cuando dos personas se importan y discuten, al arreglarlo pasan a estar todavía más unidas que antes. ¿Quién no ha escuchado la frase «No sabes lo que tienes hasta que lo pierdes»? Muchos pensarán que solo sirve para aquellos que, aun teniendo grandes cosas en su vida, no les dan valor. Sin embargo, también se aplica sobre aquellas personas que dan valor a lo que tienen, ya que, del mismo modo, pueden perderlo el día menos pensado.

Rebeca ha valorado siempre a su hermana. La ha querido y la ha admirado, pero también la ha perdido. Y ahora ya no hay posibilidad de hablarlo y arreglarlo. Sonia se ha ido para siempre y ya nunca volverá a estar con ella, ni con su madre. Sin embargo, Sonia no se ha ido sin despedirse. Es cierto que no se llegaron a decir nada en sentido literal, pero tras leer el capítulo de su diario en el que habla sobre su madre y sobre ella, a Rebeca le ha parecido la mejor despedida que podrían haber tenido. En ese capítulo su hermana le describía como alguien que había cambiado mucho a lo largo del tiempo, alguien que había conseguido superar momentos y etapas rebeldes, alguien con un gran corazón, que había madurado y que se había convertido en alguien a quien Sonia admiraba y respetaba. Y aunque todo eso a Rebeca le había gustado mucho leerlo, lo que más le había emocionado había sido la esperanza que su hermana expresaba con sus palabras en las hojas de su diario. Sonia se planteaba la posibilidad de que, en caso de que algo le ocurriese, cuál sería la reacción de Rebeca ante la situación. ¿Cómo actuaría? ¿Sería capaz de ser el apoyo que su madre necesitaría para salir adelante? ¿Sería lo suficientemente fuerte, lo suficientemente madura?

Sonia estaba segura de que sí lo sería, y así lo expresó en las últimas líneas que escribió sobre su hermana en su diario. Esa confianza a Rebeca le había llegado alto y claro. Haría todo lo que fuese por su madre, porque juntas saliesen adelante después del segundo gran golpe que les había dado la vida. Se lo debía a su madre y ahora también se lo debía a su hermana, que antes de marcharse había confiado en que así sería.

Al llegar a la estación de Metro correcta, Rebeca, seguida de su madre, se baja del vagón con un pensamiento en la mente: «Lo haré, Sonia. Te lo prometo».

Pero antes tienen que entregar el penúltimo sobre en su destino. Y ambas, madre e hija, tienen una cosa muy clara: no pueden fallar.

Andrea y Rebeca están a punto de entregar ya el último sobre. Han conseguido que cada capítulo esté en el lugar en el que debe estar, y que nadie las haya visto. Sin embargo, ahora que están en el final de su recorrido, se sienten nerviosas. Saben que el sobre que están a punto de entregar es muy especial. Y no solo eso, sino que la

persona a la que va dirigido ha sido, durante los últimos años, alguien muy especial para Sonia. Por ello deben hacerlo bien.

Con cuidado, abren la puerta del portal y entran en el edificio. Se acercan a los buzones y antes de dejar caer el sobre en el correcto, sujetado por ambas, lo aprietan con fuerza, respiran hondo y piensan: «Esto va por ti, Sonia». Andrea suspira, Rebeca lo introduce en el buzón y ambas ven cómo este desaparece en la oscuridad de su interior.

Su objetivo se ha logrado con éxito. Los capítulos ya están repartidos, y ahora solo queda un deseo en el aire: que los pensamientos escritos de Sonia toquen los corazones de aquellos que los lean de aquí en adelante.

Misión cumplida.

## Los problemas crecen

La noticia ha estallado. Todos los medios de comunicación se hacen eco del cierre de la constructora Designio, y Jesús y Leonor no pueden estar más preocupados. Ya no solo por su situación económica, sino también por su situación personal.

Durante años su empresa se ha convertido en su gran fuente de ingresos. Gracias a ella tienen una gran casa, han podido hacer fantásticos viajes por todo el mundo y sus vidas nunca han estado marcadas por los problemas económicos. Sin embargo, la crisis económica en la que se encuentran inmersos muchos países, incluido España, también les ha afectado a ellos. Durante meses han ido viendo cómo los problemas iban aumentando, hasta llegar a la situación en la que la ruina se ha apoderado de su negocio.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Leonor, mientras camina nerviosa por el despacho de su marido—. Ya no nos queda liquidez, no podemos pagar a nuestros trabajadores y nuestra hija nos necesita más que nunca. Tiene que haber algo que podamos hacer y que no hayamos pensado hasta ahora, ¿no?

Jesús, que está mirando en silencio por la ventana, frunce el ceño y responde a la pregunta de su mujer.

—Sobrevivir, Leonor. Eso es lo único que podemos hacer ahora mismo. Sobrevivir.

Y dicho esto, ambos se miran con una mirada de derrota. Ambos saben que no será fácil conseguirlo, pero tienen que hacerlo por ellos, pero sobre todo por su hija. Y por eso, de golpe, algo cambia en sus ojos, pasando de ser unos ojos cansados a unos ojos con un ligero halo de esperanza. Leonor asiente y dice con decisión:

—Pues si eso es lo único que podemos hacer, sobreviviremos.

Vir baja por la escaleras de mármol y, tras recorrer el gran *hall* de la mansión, sale a la calle. Está en pijama, pero le da igual. Hace un mes, además de descubrir que tenía un nódulo maligno en el pecho izquierdo, su mejor amiga fue asesinada. Ahora tiene que enfrentarse a la nodulectomía que le van a realizar la semana que viene, una operación para extraer el nódulo cancerígeno que tiene. Así que, sí, ir en pijama es lo que menos le preocupa en este momento.

Avanza por el camino de piedras hasta que llega al buzón para mirar el correo. Sus padres han estado muy pendientes de ella durante el mes que ha pasado, por lo que Vir casi ni ha pisado la calle, aunque esté de vacaciones. Está cansada y aburrida

de estar encerrada en su habitación, así que ha preferido probar suerte y ver si hoy hay algo interesante que recoger en el buzón. Abre la puertecilla metálica y se sorprende al ver que solo hay un sobre de color rojo en su interior. Lo coge y mira los datos que aparecen escritos en él. Está a su nombre, pero es al darle la vuelta cuando se da cuenta de que no pone quién lo ha enviado. Intrigada, cierra el buzón y vuelve al interior de la casa.

Sus padres están hablando en el despacho. No está segura de lo que hablan, pero no dudaría que fuese sobre la empresa familiar. Desde hace meses no es ningún secreto que la crisis les ha afectado mucho y que pronto la situación podría complicarse sin posibilidad de solución. Quizás haya llegado ese momento. O quizás no. Sea como sea, ahora lo único que Vir quiere es subir a su habitación y descubrir el contenido del misterioso sobre rojo.

Y así lo hace. Sube las escaleras y entra en su cuarto. Se sienta en la cama, se cruza de piernas y mira de nuevo la carta que ha recibido. ¿Qué contendrá? ¿Será alguna broma de alguien? ¿Será algún premio que ha ganado sin saberlo? No tiene ni idea de lo que puede ser, pero lo mejor que puede hacer es abrirlo de una vez. Así que toma aire y se pone manos a la obra.

En su mente aparece un pensamiento claro: «Por favor, que sea algo bueno».

Hoy he conocido a Vir en el patio del instituto. Al principio lo he pasado muy mal, porque pensaba que me costaría hacer amigas, pero al final todo ha salido guay. ¡Vir es genial! Hemos estado hablando durante todo el recreo, y cuando hemos vuelto a clase, nos hemos sentado juntas. Hemos pasado todo el día conociéndonos y pasándolo muy bien. Creo que podríamos ser grandes amigas. Dice que mañana me va a presentar a una amiga suya que se llama Nerea, que hoy no ha podido venir porque estaba enferma. A ver si también es simpática y nos llevamos bien.

Vir termina de leer el pasaje sobre el día en que Sonia y ella se conocieron, y se emociona al recordar ese momento. El comienzo de su amistad. Tenían doce años y todo había sido muy fácil. Realmente lo había sido. Ambas habían coincidido en el patio del instituto y habían comenzado a hablar sin más. Primeras palabras, presentaciones y momentos para el recuerdo. Ese día, efectivamente, Nerea estaba enferma y no había ido a clase. Las tres se juntaron por primera vez al día siguiente, y muy pronto se hicieron amigas inseparables. Todavía les quedaba mucho por conocerse, pero las primeras impresiones son muy importantes, y en su amistad esa primera impresión sin duda fue muy buena.

Aún no puede creer que las hojas fotocopiadas que tiene en sus manos las escribiese Sonia y que le hayan llegado sin más a su casa. Desde luego, el contenido del sobre rojo no podría haber sido mejor. Vir continúa leyendo con detalle las líneas escritas a mano por su amiga. Algunos pasajes son más cortos, otros son más largos,

pero para Vir hay algunos que son especialmente emotivos.

Hoy ha sido mi cumpleaños. He cumplido quince años y, aunque mi cumpleaños siempre ha sido un día especial, hoy no lo ha sido tanto. He roto con Ismael, y aunque no ha faltado nadie a la fiesta, él no ha aparecido después de nuestra discusión de ayer. Pensaba que podríamos ser amigos, pero se ve que no.

He intentado aguantar durante toda la tarde, pero cuando todos se han ido, me he derrumbado. No esperaba que nadie me viese, pero Vir ha vuelto a por su jersey y se ha dado cuenta de que no me encontraba bien. Hemos estado hablando durante casi una hora y me ha animado mucho. Es increíble todo lo que me ha ayudado. ¡Podría ser psicóloga en el futuro, porque es realmente buena! Si tiene algo especial Vir es su capacidad para escuchar a los demás.

Me quedo con el consejo final que me ha dado: «No dejes que nadie te amargue un solo día, porque al final quien pierde ese día eres tú».

Vir recuerda perfectamente la conversación que tuvo con Sonia aquel día. Llevaban tres años siendo amigas, pero para Vir ese día fue un momento clave en su amistad. Esa conversación le hizo darse cuenta de que Sonia, aunque era una chica muy fuerte, también tenía momentos de vulnerabilidad en los que alguien debía estar a su lado. Sonia había perdido a su padre, y su vida amorosa era bastante complicada. Estaba rodeada de muchas personas que la querían, pero a Vir le daba la sensación de que en realidad no llegaba a abrirse con nadie. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que quizás ella podría ser la persona en la que siempre se pudiese apoyar, alguien con quien pudiese hablar de sus chascos amorosos, familiares y personales sin miedo a ser juzgada, o a que luego sus problemas fuesen aireados por ahí. Ese día Sonia se convirtió en la mejor amiga de Vir.

Vir se emociona al volver a recordar todo aquello y continúa leyendo las hojas que tiene en las manos; hojas que están llenas de muchos momentos, de frases que ambas se habían dicho y de palabras de cariño hacia ella. Sonia la definía, a lo largo de los distintos pasajes, como una chica que tenía mucho que dar al mundo, alguien que no tenía ningún afán de protagonismo, alguien con un gran corazón...

Sin embargo, es el último pasaje escrito sobre su amistad el que más le afecta a Vir:

Hoy es el tercer día que me quedo en casa mala. ¡Maldito virus! Qué mala suerte... Llega la primavera y, en lugar de poder salir de casa, me toca quedarme encerrada. Pero bueno, hoy ha venido Vir a visitarme y hemos estado viendo La Bella y la Bestia en mi habitación. Lo sé, tenemos dieciocho años, pero somos unas crías de espíritu y nos apetecía recordar nuestra feliz

infancia.

Esa es una de las cosas que más me gusta de Vir: su inocencia.

Me he sorprendido mucho cuando le he visto aparecer por mi casa sin avisar. Durante estos días no ha venido nadie a visitarme. Sergio ha estado a tope con sus trabajos universitarios y supongo que Nerea habrá también tenido cosas que hacer.

Aunque tampoco nadie me ha llamado, supongo que es normal. Sé que no soy la reina de nada, pero no sé... Se agradece cuando alguien te sorprende de esta forma. Las cosas son como son, y Vir hoy me ha hecho muy feliz. Lo hemos pasado muy bien juntas y me gustaría que si algún día a Vir le pasa algo, pueda devolvérselo y estar también a su lado. Hoy ha significado mucho para mí que haya tenido este detalle conmigo. Y por eso se merece que algún día sea yo la que esté a su lado y se lo devuelva.

Desde que nos conocimos ha sido gran amiga y nunca lo voy a olvidar. Muchas gracias, Vir. Por todo...

Vir lee las últimas palabras que su amiga escribió y no puede evitar romper a llorar. Ahora que ha terminado de leer las cosas que Sonia escribió sobre su amistad, y sobre lo que ella había significado en su vida, se siente muy triste. Sonia, a lo largo de estas hojas, le ha agradecido todo lo que ha hecho siempre por ella, y se siente muy bien por ello. Sin embargo, ahora su vida está en un momento tan difícil... Daría lo que fuera porque su amiga estuviese viva y pudiese estar junto a ella.

No sabe qué habrá después de la muerte, pero si hay algo, ojalá que Sonia cumpla su promesa de estar a su lado y le ayude, desde donde quiera que esté, a superar el cáncer que padece. Ahora, más que nunca, Vir necesita a los que quiere a su alrededor. Y Sonia puede que también sea capaz de hacerlo desde donde se encuentre. Por lo menos, y aunque no sabe si es posible o no, eso es lo que Vir necesita creer en este momento.

«Ha sido una gran amistad», piensa llena de melancolía, mientras dobla las hojas y las mete, con sumo cuidado, en el sobre rojo. Después se levanta de la cama, abre un cajón de su escritorio, deja el sobre en su interior y lo cierra con decisión y un pensamiento en la mente: «No te olvidaré, Sonia. Gracias por todo, amiga».

Vir entra en el despacho de su padre tras escuchar la llamada de su madre. Jesús y Leonor están muy serios y sus caras muestran una gran preocupación.

No hay duda. El momento ha llegado.

—Verás, hija... —Comienza a decirle su padre—. Como bien sabes, la situación económica de nuestra empresa se ha complicado mucho durante los últimos meses. Hemos intentado ir solucionando todos los problemas que han ido apareciendo, pero al final, la crisis nos ha superado, y hoy los medios de comunicación han anunciado nuestro cierre.

Al ver la cara de incertidumbre que acaba de poner Vir, su madre habla con rapidez.

—Es cierto que todo está muy complicado y te lo contamos porque ya no eres una niña. Debes conocer cómo están las cosas, pero no queremos que te preocupes por nada, cariño. Sabemos lo tremendamente duro que ha sido para ti la muerte de Sonia, y también sabemos que tienes miedo ante todo lo que va pasar durante las próximas semanas. La operación, las sesiones de radioterapia, las horas que tendrás que asistir a algún grupo de apoyo... En fin, todo lo que supone tener...

—Puedes decirlo sin miedo, mamá —le dice Vir—. Tengo cáncer y no va a desaparecer porque no lo nombremos.

Su madre traga saliva, asumiendo lo que Vir acaba de decir, y su padre vuelve a tomar la palabra.

—Aunque las cosas están realmente difíciles, vamos a seguir siendo una familia unida y vamos a luchar contra todo lo que nos venga: crisis económicas, enfermedades, cambios...

—Todo lo que dice tu padre es cierto, no va a ser fácil. Vamos a tener que cambiar muchas cosas en nuestra vida si queremos salir adelante.

—No pasa nada —le dice Vir—. Yo lo único que quiero es que sigamos siendo una familia, pase lo que pase. ¿Que hay que vender la casa e irnos a una más pequeña? Pues bien. ¿Qué tenemos que reducir nuestros gastos? Pues bien, también. Lo que le ha pasado a Sonia me ha hecho pensar sobre muchas cosas.

—¿Sobre? —le pregunta su madre.

—Supongo que sobre la vida —responde Vir mientras camina hacia la ventana del despacho de su padre—. No me importa cómo vivamos, cuánto tengamos o dónde estemos. No me importa, mientras que estemos juntos y que luchemos como una familia. No os voy a mentir. Tengo miedo de que mi tratamiento no funcione y que mi vida se acabe. Muchos casos han conseguido superarse, pero también hay casos que han fracasado. Y hay que ser realistas. Yo tengo muchas posibilidades de derrotar al cáncer, pero también hay un pequeño porcentaje de no vencerlo.

Jesús y Leonor se miran preocupados. Vir continúa hablando.

—Pero eso no puede ni quitarme fuerzas a mí, ni quitáoslas a vosotros. Puede que los problemas se multipliquen a nuestro alrededor, pero somos una familia, estamos unidos y estamos vivos. Y mientras consigamos mantener esas tres cosas, seguro que nos irá bien. Para vivir solo se necesita una cosa: vida. Y eso lo tenemos, así que el resto lo superaremos como siempre. Juntos.

## Segundas oportunidades

Son más de las doce del mediodía y Nerea aún no se ha despertado. Su madre, Pilar, sabe que no se encuentra bien desde la muerte de su amiga, pero no puede dejarla estar más en la cama. Es normal que sufra por la pérdida que ha tenido, pero no puede hundirse. A ella también le impactó mucho que Sonia fuese asesinada. Después de todo el tiempo que compartieron Sonia y Nerea, para Pilar ahora es muy raro no volver a verlas juntas riendo, viendo películas románticas o escucharlas comentar los últimos cotilleos del instituto. Es y siempre será raro no volver a ver todo eso de nuevo. Y eso es lo que más miedo le da a la madre de Nerea, no saber cuándo será la última vez que podrá hacer o vivir algo junto a los que quiere.

Sin embargo, para Pilar esa sensación es el pan de cada día. Su marido, Ángel, es representante musical y por ello pasa más tiempo fuera de casa que con su familia. Los viajes de promoción, los *tours*, las grabaciones de las primeras maquetas de los próximos discos de sus artistas, los ensayos... Su vida es un ir y venir, pero a Ángel le gusta lo que hace, y no sería justo pedirle que lo dejase. Obviamente, su profesión afecta a su familia, porque ni Pilar ni Nerea están con él todo el tiempo que les gustaría, pero al verle feliz, a su mujer y a su hija todo se les olvida. Aunque para ambas siempre es agri dulce verle marchar, ya que saben que si pasase algo... quizás esa sería la última vez que le viesen. Y vivir con esa sensación es muy duro.

Lo que le pasó a Sonia fue una tragedia, pero Pilar piensa que su hija Nerea no puede bloquearse y que eso afecte a su propia vida. Debe seguir adelante y ser fuerte. Debe recordar a su amiga, pero eso no puede suponer que se olvide de su propia vida. Así que, con decisión, Pilar abre la puerta de la habitación de su hija y levanta las persianas de golpe.

—¡Pero, mamá! —protesta Nerea, tapándose la cabeza con la almohada.

—Ni mamá ni nada. Es lunes, hace un día precioso y no puedes estar en la cama a estas horas.

Nerea se revuelve en las sábanas.

—No tengo ganas de nada.

—Ya lo sé, hija. Todo lo que hemos vivido este último mes ha sido muy duro, pero no podemos dejar de vivir. Sería absurdo si lo hiciésemos, así que venga, Nerea. ¡Anímate!

Nerea resopla, se incorpora y mira con enfado a su madre.

—Además, esta mañana ha llegado una carta para ti.



Nerea pone cara de extrañeza.

—¿Para mí?

—Eso parece... Aunque no pone quién la envía. —Pilar se acerca a su hija y le da un beso en la frente—. ¡A lo mejor es de un admirador secreto!

—¡Sí, seguro! —exclama Nerea, cogiendo el sobre de la mano de su madre—. Yo sí que te voy a dar un admirador a ti.

Pilar suelta una carcajada.

—¡Oye, bonita!, que yo con tu padre me basto y me sobro.

Nerea ve cómo su madre va hacia la puerta de su habitación y, antes de que se vaya, exclama entre risas:

—¡Eso espero!

Acto seguido, con una sonrisa en la cara, mira de nuevo el sobre rojo.

¿Qué será? ¿De quién será? ¿Qué contendrá? Nerea no tiene ni idea, pero como siempre le han gustado las sorpresas, tiene ganas de averiguarlo. Así que, con decisión, abre el sobre, saca las hojas que contiene y comienza a leer.

Nerea es divertida. Es espontánea. Es una caja de sorpresas.

Nerea es alguien en quién confío con los ojos cerrados. Es totalmente impredecible. Es un volcán en plena erupción.

Nerea me hace reír, me hace sentirme tranquila, me hace ser alguien mejor.

Si tuviese que definir a Nerea, podría estar toda la tarde hablando de sus cualidades positivas, pero también tiene sus defectos. Es algo exagerada (aunque eso le da personalidad), no es puntual (aunque gracias a eso, yo tampoco voy con la lengua fuera cuando quedamos), no piensa dos veces las cosas (aunque así aprende de sus errores)... Es una persona con sus más y sus menos, pero yo no le cambiaría ni un pelo de la cabeza.

Nerea es alguien muy importante para mí. Nerea es mi mejor amiga.

Al terminar de leer estas palabras escritas por Sonia, a Nerea se le rompen todos los esquemas. Le ha gustado mucho leer las cosas buenas (y no tan buenas) que Sonia le ha dedicado, pero algo en su interior se acaba de descolocar.

Acaba de averiguar que para Sonia ella era su mejor amiga. Sin embargo, Sonia nunca fue tan importante para ella. ¿Se llevaban bien? Sí. ¿Se importaban? Pues también. Pero Nerea nunca le había considerado alguien tan importante en su vida, y ahora, sin saber por qué, no se siente bien por ello. Con la cabeza llena de dudas, pensamientos y remordimientos, sigue leyendo las hojas escritas por su amiga:

Hoy Nerea no ha venido a clase.

He estado desayunando en la cafetería con Vir y, aunque lo hemos pasado

genial, me ha faltado que Nerea estuviese con nosotras. No sé qué le habrá pasado, pero espero que esté bien. Entre clase y clase le he hecho un par de perdidas, y al llegar a casa la he llamado, pero no lo ha cogido. No he querido molestarla más, así que no he vuelto a insistir. Ella tampoco ha dado señales de vida. Quizás no haya visto las llamadas, o si las ha visto, puede que no me haya llamado porque no ha podido. Sí, ha debido de ser eso.

Nerea recuerda ese día. Su padre se había marchado por la mañana y no se encontraba de humor para ir a clase. Su madre le había dejado en la puerta del instituto, pero en lugar de entrar, se había ido al centro comercial a ver las últimas novedades de su tienda de ropa favorita. Su padre iba a estar fuera de casa durante tres meses, y unas compras eran lo que mejor le podía sentar para animarse y olvidarse de todo. Por supuesto que había visto las llamadas de Sonia, pero no le había contestado. Ya la vería al día siguiente.

Sin embargo, ahora no se siente nada bien por cómo actuó. Sonia se había preocupado por ella, y Nerea había pasado de su amiga sin más. Nerea se muerde el labio, triste y temerosa ante lo siguiente que pueda leer, pero quiere descubrir lo que su amiga escribió sobre ella y sobre su amistad. Para bien o para mal.

Hoy ha sido un gran día. Nerea me ha llamado por la mañana para ir a su casa. Hemos cotilleado un buen rato, pero también hemos hablado de muchas cosas. Me ha estado contando sus planes para las vacaciones de invierno, hemos estado escuchando las últimas canciones de los Backstreet Boys (su grupo favorito) y hemos visto, de nuevo, algunos capítulos de *La familia crece*.

Yo, para darle una sorpresa, le he prestado la primera temporada de *Embrujadas*. Es mi serie favorita y me encantaría que la viese. Me ha dicho que ahora no puede porque tiene un par de series pendientes, pero que, en cuanto pueda, lo hará. ¡Qué ganas de poder comentarla con ella! ¡Ojalá que le guste mucho!

No hay duda de que Sonia escribió este pasaje hace varios años. *Los Backstreet Boys, La familia crece, Embrujadas...* ¡Qué tiempos aquellos! Parece que fue ayer cuando todos estos nombres de series, de grupos, de historias... estaban en su boca todo el día. ¡Qué fácil era todo en aquella época! Ahora todo ha cambiado mucho. Sin embargo, hay algo en lo que no había vuelto a pensar, hasta ahora: la serie que Sonia le prestó y que Nerea prometió que vería, sigue en el mismo sitio donde su amiga la dejó. Y no solo eso, sino que nunca llegó a cumplir su promesa. Nerea nunca llegó a ver la serie favorita de su amiga. Nunca llegaron a comentar ni uno de sus capítulos.

No llegaron a ver ninguno de ellos juntas. Nerea no la vio, y ahora ya es demasiado tarde.

Además de esto, hay algo que Nerea no termina de comprender. ¿Cómo es posible que para Sonia aquel día fuese un gran día, si en realidad todo lo que habían hecho, todo lo que había escuchado, todo lo que habían visto era lo que le gustaba a Nerea?

Nerea se siente confusa. No entiende qué tuvo de especial ese día para que Sonia lo definiese como «un gran día». Lo que sí tiene claro es que, si antes se sentía rara y triste, ahora también se siente avergonzada. Sonia había pasado un buen día, disfrutando de todo lo que le gustaba a Nerea, y la única cosa que ella había propuesto, Nerea no lo había hecho. Se siente mal. Se siente como si la hubiese fallado, como si no hubiese estado a la altura como amiga. Y lo peor de todo es que ya nunca podrá estarlo.

Continúa leyendo las líneas escritas por Sonia, y poco a poco se va dando cuenta de lo que ha significado la amistad para ella en comparación de lo que significó para su amiga. Cero a cien.

Hoy ha sido un día muy especial para Nerea. Ha sido su cumpleaños y ha recibido un regalazo de parte de su padre. Ahora está de gira por Estados Unidos, y la sorpresa que le ha enviado a su hija no ha podido ser mejor.

Una muñeca de coleccionista.

Solo le falta una para completar la colección. Es estupendo ver cómo, lo que empezó siendo todo un reto, ahora está a punto de completarse. Nos hemos prometido que el día que termine su colección lo celebraremos juntas por todo lo alto. Ella estará muy contenta por haber conseguido completarla, pero yo estaré feliz porque lo haya hecho, y porque haya podido estar a su lado desde el principio. No puedo esperar a que ese día llegue. Va a ser inolvidable.

Nerea termina de leer el párrafo y nota cómo le tiemblan las manos. ¿Cómo es posible que haya estado tan ciega todo este tiempo? ¿Cómo es posible que haya sido tan egoísta, tan estúpida, tan superficial...?

Sonia deseó que ella completase su colección de muñecas y que ese día llegase para celebrarlo juntas. Sin embargo, el destino quiso que justo el día que Nerea consiguiese su ansiada muñeca, Sonia dejase de vivir. Nerea podría haber elegido compartir esa tarde con su amiga, en lugar de celebrarlo con ella misma. Sin embargo, canceló sus planes con sus amigas y se hizo con la última muñeca que le faltaba por encontrar. Y ahora se daba cuenta del gran error cometido.

Finalmente consiguió completar su querida colección de muñecas, pero no se sintió feliz al lograrlo. Todo lo contrario. Se sintió triste, sola, vacía... Tuvo que alcanzar su objetivo para darse cuenta de que la persona con la que tenía que haberlo celebrado se había ido para siempre. Y por eso, ya nada de lo que ella creía tenía

sentido. Se había equivocado hasta el fondo. Fue muy egoísta y al final lo perdió todo.

Una sensación de angustia y agobio inunda el interior de Nerea. Le falta el aire, la cabeza le va a estallar y está sudando mucho. El corazón le late con fuerza, pero por dentro se siente muerta. Tiene que salir de ahí. Necesita salir de su habitación, de su casa, de sí misma. Y necesita hacerlo YA.

Nerea abre la puerta del portal de su casa, levanta la vista y se sorprende al encontrar a alguien conocido.

—Hola, Nerea.

—Hola, Vir —dice Nerea, mirando con atención a su amiga, que no tiene buen aspecto—. ¿Te encuentras bien?

Los ojos de Vir responden a la pregunta, llenándose de lágrimas antes de que ella pueda responder.

—No. No mucho. ¿Y tú?

Nerea niega con la cabeza.

—Tampoco.

Ambas guardan silencio unos instantes y después se abrazan con fuerza.

—Ahora mismo necesito a una amiga, ¿sabes? —dice Vir.

Nerea piensa en lo que ha pasado, en lo que ha leído en las hojas de Sonia, en todo lo que podría haber hecho y nunca hizo. Hace unos minutos pensaba que ya nunca podría arreglar lo que hizo mal en su momento. Quizás ahora sea el momento de convertirse en la amiga que debió ser en el pasado, o incluso en una mejor. Quizás sea esta una segunda oportunidad que le ofrece el destino para enmendar su error. Las segundas oportunidades no abundan, así que Nerea tiene una cosa clara: no va a desaprovecharla.

—Pues aquí me tienes para lo que necesites.

## Rojo entre blanco

—¡Vaya locura! —exclama Paula algo molesta, mientras Paolo mira la televisión—. Es dejar el correo sin recoger durante unos días y nos ahoga la correspondencia.

—Bueno, mamá, pero son cartas de chicas y chicos a los que les gusta mi música.

—Lo sé, hijo. Lo sé —le dice su madre—. Si es estupendo, pero ya me dirás tú dónde vamos a guardar tanta carta. ¡Mira, mira! ¡Hala!

Y dicho esto, deja caer sobre la mesa del comedor las cartas que ha recogido del buzón. Hay muchísimas, pero Paolo ya no se sorprende. No, después de llevar recibiendo cartas de fans durante mucho tiempo.

Al principio llegaban una o dos cada semana a las oficinas de su discográfica. Luego una o dos cada día. Y al final el número de cartas recibidas no bajaban de diez diarias. Sin embargo, y sin tampoco saber cómo ni por qué, un día empezaron a llegar también cartas a su casa. ¿Cómo demonios se llegarían a enterar sus seguidores de dónde vivía? Ni Paolo ni sus padres lo saben, pero tampoco les importa, siempre y cuando sigan siendo cartas con buenos deseos y no regalos extraños o visitas inesperadas en el portal. Hasta ahora, aunque las cartas llegan directamente a su domicilio, no ha pasado nunca nada raro. Y tanto Paolo como su familia esperan que siga siendo así.

Normalmente es él quien se encarga de recogerlas, pero con todo lo que ha pasado durante el último mes, no ha tenido tiempo de hacerlo y al final lo ha tenido que ir haciendo su madre.

Abrir cada una de las cartas que recibe le produce una sensación de felicidad indescriptible. Cada carta cuenta una historia, cada carta procede de alguien distinto (aunque más de una vez se ha encontrado con personas que le han escrito varias veces a lo largo de los años), y cada carta le transmite diferentes sentimientos y emociones. El mundo de la música no es fácil. Tienes que creer en ti y luchar día a día por lograr superarte y conseguir que los que disfrutan con tus canciones lo sigan haciendo con cada cosa que hagas. Cada sencillo, cada videoclip, cada concierto... Todo tiene que salir bien, y para que eso ocurra solo hay una palabra mágica: trabajo.

Antes de terminar el instituto, Paolo estuvo de promoción varias semanas y fue muy duro. No solo por lo que tuvo que esforzarse en las entrevistas y actuaciones en directo que hizo, sino por las horas extra que tuvo que dedicar a estudiar para preparar sus últimos exámenes. Por suerte, todo ha salido bien y el próximo año no

tendrá que estudiar más ya que no va a ir a la universidad. Podrá dedicarse totalmente a su carrera musical y eso le hace muy feliz. La música es lo que más ama en su vida y no la cambiaría por nada.

—¡Qué pasa! —exclama su madre algo confusa—. ¿Es que no vas a abrirlas?

Paula sabe que su hijo adora leer las cartas de sus fans, pero hoy parece que no tiene ganas de hacerlo. Y no se lo reprocha. Al fin y al cabo, desde que asistió al funeral de su compañera de instituto, ha estado bastante callado y serio. No hay duda de que la trágica noticia le afectó mucho. Paula no llegó a conocer a la chica que perdió la vida, pero para su hijo, aunque nunca le habló de ella, tuvo que ser alguien importante.

—Sí, luego lo haré —le responde Paolo con desgana—. No me apetece leer ahora, mamá.

Al escuchar la respuesta de su hijo, Paula agarra una silla y se sienta delante de él.

—Venga, Paolo. Vamos a abrirlas juntos, como hacíamos al principio. ¿Te acuerdas?

Claro que recuerda cómo abrían juntos las primeras cartas que iban llegándole. Cada noche, antes de dormir, las leían y pensaban juntos en cuál sería la respuesta perfecta para cada una de ellas. Paolo siempre ha intentado responder a todas las cartas que recibe. Al principio era más fácil, ya que llegaban menos y podía ir contestando con más tranquilidad. Pero ahora, a pesar del alto número de cartas que llegan, también trata de hacerlo (aunque a veces tarde semanas en responder a todas).

Para él, cada carta que algún fan le envía significa mucho. Por eso, lo mínimo que puede hacer es leerlas y contestarlas. Lo ha hecho desde que recibió la primera, y lo hará hasta el día que le llegue la última.

Sin embargo, ahora no le apetece leer ninguna porque sabe que no lo va a hacer animado y no va a disfrutar al cien por cien de su contenido. Pero es al mirar a su madre cuando se da cuenta de que quizás tenga razón y sea bueno animarse y leer alguna de ellas.

—Claro que me acuerdo —le dice, incorporándose hacia delante y cogiendo una carta al azar.

Paula sonrío triunfante.

—¡A ver! —exclama—. ¿De dónde vienen hoy?

Paolo, más animado, le da la vuelta a la carta que ha cogido y mira el remitente.

—Esta viene desde... Valencia.

Coge otra carta.

—Esta desde Barcelona.

Coge otra.

—Albacete.

Otra.

—Madrid.

Otra.

—Sevilla.

Y otra.

—¡Uy! —exclama sorprendido.

—¿Qué ocurre, hijo? —le pregunta su madre intrigada.

—¡No, nada! —le responde Paolo pensativo—. Es solo que esta carta viene de Brasil.

—¿El país?

Paolo pone los ojos en blanco.

—¡Claro, mamá! —exclama entre risas—. ¡Qué fuerte! ¿No?

—¡Y tanto! —le responde Paula alucinada—. Eso significa... ¡que tu música ha llegado al extranjero!

Paolo reflexiona durante unos segundos mientras asiente en silencio.

—Sí... Estamos en el extranjero... ¡Estamos en el extranjero, mamá!

Paolo está muy emocionado. Se levanta de su sitio y va hasta su madre y la abraza con todas sus fuerzas. Que su música haya salido del país es la mejor noticia que le podían haber dado hoy.

—¡Felicidades, hijo! —exclama Paula, dándole un beso en la mejilla—. ¡Estoy muy orgullosa de ti!

—Lo sé. Gracias.

Ambos se vuelven a abrazar, pero algo interrumpe el momento. Acaba de llegar un sms al móvil de Paolo.

—Sigue mirando el resto de cartas, mientras yo veo quién me ha escrito, ¿vale?

—¡Vale! —exclama Paula, todavía emocionada por la noticia del «éxito» internacional de su hijo.

Paolo, con una sonrisa en la cara, va hasta donde ha dejado su móvil, lo coge, lo abre y lee el mensaje. Es de Álvaro.

*¡Hey, tío! He hablado con Elsa de ir a comer y luego a jugar a los bolos en el centro comercial. ¡Anímate y vente! ¡Dime algo, colega! ¡Abrazos!*

Al terminar de leer el mensaje, Paolo piensa en las dos opciones que tiene:

Opción A: quedarse en casa descansando de todos los ensayos que ha tenido últimamente para la gira.

Opción B: ir al centro comercial y pasar el día con sus amigos.

Su mente está bastante colapsada. No tiene ganas de fiesta. Sin embargo, hace nada tampoco le apetecía hacer algo, y al final ha merecido la pena haber visto con su madre las cartas que han llegado. Ha descubierto que alguien fuera de su país le ha escrito por su música y eso le ha animado mucho. Quién sabe si una comida y una partida a los bolos también lo hará.

Aprieta el botón de responder y escribe:

*¡Ok! Nos vemos allí. ¡Un abrazo!*

—¿Quién era? —le pregunta Paula.

—Era Álvaro, para preguntarme si quería pasar el día con Elsa y con él.

—¿Y?

—Les he dicho que sí... —le responde.

—¡Pues claro, hijo! Vé a pasarlo bien con tus amigos.

Paolo asiente, mientras coge su cartera, sus llaves y su *mp3*.

—Luego cuando vuelva seguimos, ¿vale?

—Sí, hijo. Tú tranquilo, que tiempo tendremos, si Dios quiere.

Paolo va hasta su madre y le da un beso en la mejilla de despedida.

—¿Alguna carta más del extranjero?

Paula niega con la cabeza.

—No, pero aquí hay una que no pone de donde viene.

Paolo se extraña al escuchar la respuesta de su madre. Mira la carta que sostiene Paula y confirma que, efectivamente, no aparece el nombre de quien la envía.

—¡Bueno! No te preocupes. Imagino que se les olvidaría escribirlo.

—Sí, supongo... —le dice su madre sin dejar de mirar el misterioso sobre.

Paolo va hasta la puerta de su casa.

—Déjala con el resto y luego cuando vuelva la leo. ¡Nos vemos después, mamá!  
¡Te quiero!

—¡Vale, cariño! ¡Y yo!

La puerta de la casa se cierra y Paula se queda en silencio. Mantiene la mirada en el sobre rojo que tiene en sus manos, y tras inspeccionarlo durante varios segundos más, lo deja encima del resto. Después se levanta de la silla y va a la cocina para limpiar los platos sucios del desayuno.

Sobre la mesa se han quedado todas las cartas recibidas. Sin embargo, la carta que ha llamado la atención de Paula es una carta con un contenido muy distinto al resto. Todos los sobres son de color blanco. Todos menos uno. Y es justo ese el más especial de todos. Algunos dicen que las apariencias engañan, pero en este caso no es así. Y muy pronto Paolo lo descubrirá.



## Miedo a cambiar

—¿Tienes miedo? —le pregunta Nerea a Vir, después de que esta le haya contado toda la verdad sobre su enfermedad y su familia.

Vir desvía la mirada hacia el cielo y suspira.

—Es una sensación rara, ¿sabes? —le responde Vir pensativa—. No es miedo, sino incertidumbre ante lo que va a pasar. Y ya no solo por mi vida, sino también por la de mis padres. —Hace una pausa y se mira las manos—. Por un lado, tengo la situación económica de mi familia, que, como te he contado, está muy complicada. Y por otro lado, tengo que superar mi cáncer. La próxima semana es la operación y luego tendré que seguir un tratamiento de radioterapia durante varias semanas más. Sé que no va a ser fácil, pero tampoco me importa que no lo sea, si al final todo el esfuerzo acaba mereciendo la pena. En ese sentido no tengo miedo. Me siento con fuerzas para hacerle frente y poder conseguirlo. Pero eso no quita que haya momentos en los que piense en qué pasaría si no lo consiguiese.

Nerea va a decir algo, pero Vir le corta.

—Lo sé, lo sé. Tengo que pensar en positivo, estar tranquila y no imaginarme cosas malas, pero tampoco puedo ser ingenua ante algo como esto. El cáncer acaba con la vida de muchísimas personas en todo el mundo. Es una realidad. Sin embargo, también hay muchísimas otras personas que consiguen vencerlo. Dicen que es muy raro que alguien de nuestra edad tenga cáncer de mama, así que fíjate qué suerte he tenido. Pero bueno, al menos lo hemos detectado pronto y aún no se ha extendido, lo que es muy importante según me dijo el médico al darme los resultados de la biopsia. Pero claro, eso no significa que todo vaya a salir bien. Una operación siempre tiene sus peligros, y encima, luego mi cuerpo tiene que responder bien al tratamiento de radioterapia para asegurarnos de que ya no queden más células cancerosas. Así que, sí, tengo que ser lo más positiva posible, aunque también, como es normal, tenga mis momentos de bajón. —Vir toma aire—. Te aseguro que no pasa un solo día sin que desee con todas mis fuerzas que todo salga bien. Lo deseo al despertarme, lo deseo mientras me peino ante el espejo, lo deseo mientras camino por la calle, lo deseo al irme a dormir... Lo deseo a todas horas, y puede que no valga de nada que lo haga, pero necesito creer en ello. Necesito creer que todo saldrá bien, que todo se terminará pronto, y que la vida de mi familia volverá a la normalidad.

Nerea coge la mano de su amiga al notar en su voz la emoción que siente.

—Ya verás como sí —le dice confiada—. Estoy segura de que, tanto la situación

de tu familia como la de tu enfermedad acabarán solucionándose. No estás sola. Tienes a tu familia, tienes a mucha gente que te quiere y me tienes a mí.

Vir mira a su amiga y asiente.

—Siento mucho no habértelo contado hasta ahora. Simplemente, yo no sabía si...

Nerea niega con la cabeza.

—No te preocupes, Vir. Esto no es algo que uno cuente a alguien así como así. Y aunque te suene raro, entiendo que no lo hayas hecho. Supongo que ahora, con todo lo que ha pasado, me he dado cuenta de que mi forma de ser no ha sido la mejor. —Vir le mira extrañada antes sus palabras—. En muchas ocasiones me he comportado como una egoísta estúpida que solo ha pensado en sí misma, sin importarme a quienes podría afectar con ello. —Nerea se emociona al pensar en Sonia y en todo lo que esta había escrito en sus hojas—. Y me hubiese gustado haber sido alguien mejor, pero ya que no ha sido así, a partir de ahora voy a intentar hacerlo.

Vir mira a su amiga y no duda de lo que dice. Es cierto que ha habido un cambio en ella. Hay algo diferente en sus palabras y en su forma de estar. Es más normal, menos actuada. Sin duda, le gusta esta nueva Nerea.

—Estoy segura de que tú también lo conseguirás.

Nerea sonríe con humildad, una sonrisa que no aparecía en su rostro desde hacía mucho tiempo.

—Lo que pasa es que, a diferencia de ti, yo sí que tengo miedo.

—¿Por?

—Porque yo actuaba, pensaba y vivía la vida de una determinada forma. Ahora todo eso ha dejado de tener sentido para mí, y no sé si la nueva Nerea va a gustar a los demás. Sé que la antigua Nerea era una tía guay, una tía que gustaba a los chicos y que era admirada por las chicas. Sin embargo, ahora toda esa imagen va a desaparecer y tengo miedo de que la Nerea verdadera no sea suficiente.

Vir aprieta con fuerza la mano de su amiga y la mira con seriedad.

—¿Y qué más da lo que opine la gente? Lo importante no es si la nueva Nerea gusta o no a los demás, sino si esa nueva versión te gusta a ti.

Nerea mira a los ojos de su amiga, y piensa en lo que esta acaba de decir.

—¡Sí, tienes razón! —le dice con ganas—. Estoy harta de actuar. Quiero ser yo misma y que la gente me conozca tal y como soy. Se acabaron las exageraciones, los gestos absurdos y la mentalidad de chica superficial. Voy a ser yo misma, y a quien le guste bien; y a quien no, también.

Vir se ríe al escuchar el discurso de su amiga. Sin duda, el cambio es notable, pero en el fondo Nerea siempre será Nerea. En el buen sentido claro.

—¡Bien dicho! —exclama—. ¡Y cuando consigamos lograr nuestros objetivos, lo celebraremos juntas!

—¡Sí! —Corrobora Nerea con alegría. Sin embargo, de repente su rostro se ensombrece. Las palabras de Vir le han recordado a Sonia y a la promesa que habían hecho las dos hace tiempo en relación a su colección de muñecas. Al final ella había

conseguido su objetivo, pero no lo había podido celebrar con su amiga. Sonia había muerto, y ella le había dado más importancia a una simple muñeca que al plan que tenía con sus amigas. Ahora tiene una valiosa colección de muñecas, pero ha perdido algo muchísimo más valioso: una gran amiga. Y por lo tanto, puede que su colección de muñecas tenga un gran valor económico, pero para ella ya no significa nada por lo que le recuerda. Sin embargo...

De golpe, Nerea se levanta del banco con la mirada perdida y se queda en silencio.

—¿Qué ocurre? —le pregunta Vir—. ¿Te pasa algo? ¿Has olvidado alguna cosa donde hemos comido?

Nerea asiente varias veces y mueve ligeramente su mano derecha para indicarle a Vir que tenga paciencia unos segundos. Tras terminar de dar forma a la idea en su mente, sonrío victoriosa y le pregunta:

—¿Tienes planes mañana por la mañana?

—No... —le responde Vir muy confusa—. Creo que no...

Nerea da una palmada.

—¡Genial! Pues quedamos mañana a las diez en mi casa.

Y dicho esto, se abalanza sobre Vir y le da un abrazo de despedida.

Vir no entiende nada, pero ve a Nerea feliz y con eso le basta.

—¿No me vas a contar qué tramas? —le grita Vir a Nerea, que ya está al otro lado de la calle.

—¡No! —exclama con una gran sonrisa en la cara—. ¡Pero es una gran idea! ¡Confía en mí!

Vir levanta las cejas y, con una sonrisa en los labios, se despide de su amiga con la mano. Nerea ha cambiado, aunque todavía Vir no sabe si ese cambio será para bien o para mal. En unas horas lo tendrá más claro, pero sin duda la idea que ha tenido Nerea le sorprenderá. Eso seguro.

## Amigos

—¡Tomaaaaaa! —exclama Elsa volviéndose de un giro y señalando a sus dos amigos que le miran con cara de incredulidad.

—No me puedo creer que este sea tu tercer pleno... —le dice Paolo mirando el panel de puntos que está sobre la cabeza de su amiga.

—¡Confíesalo! Tú has venido a practicar y no nos lo has contado —le dice Álvaro mirando a su amiga con el ceño fruncido.

Elsa abre los brazos y pone cara de pilla.

—¡No! ¡Os lo prometo! Supongo que es cosa de suerte...

Paolo y Álvaro se ríen con amargura.

—Una cosa es suerte, y otra es esto —le dice Paolo señalando los puntos que llevan—. Uno no hace tres plenos en las tres primeras tiradas sin más.

—¡Eso! —exclama Álvaro agachándose y analizando la inclinación de la pista—. Seguro que tiene algún truco.

Elsa suelta una carcajada.

—El truco se llama ser buena a los bolos y tener dos amigos que no dan bolo con bola.

—¡OYEEE! —protestan ambos.

Elsa saca pecho y les mira con superioridad. Y tras unos segundos los tres se echan a reír sin poder evitarlo.

Álvaro se levanta con decisión.

—¡Me toca! —exclama. Coge una bola y pasa al lado de Elsa—. Te vas a enterar de lo que vale un peine.

Elsa le saca la lengua y Paolo sonrío ante la escena.

Álvaro se acerca a la pista con paso firme. Al llegar al límite, se detiene. Coge con fuerza la bola, respira hondo un par de veces y finalmente lanza la bola que recorre a penas un par de metros y acaba en el canal izquierdo.

Paolo se muerde la lengua al ver lo que ha ocurrido.

Álvaro no se atreve a darse la vuelta, ya que sabe lo que le espera.

—Así que... lo que vale un peine es un canalón ¿no? —le dice en broma Elsa.

—¡Oh, venga ya! —exclama Álvaro enfadado—. ¡Cállate!

Paolo y Elsa sueltan una carcajada.

—No te enfades, hombre —le dice Elsa con cariño. Álvaro se relaja al ver que su amiga le quiere animar después de su fracaso, pero Elsa no tarda en atacar de nuevo

—. Es un juego. Unas veces pierdes y otras... pues también.

Álvaro gruñe y se cruza de brazos. Elsa y Paolo se vuelven a reír.

—¡Pero mira que eres tonto! —le dice Elsa a Álvaro mientras se acerca a él y le da un beso en la mejilla—. ¡Si sabes que te lo digo en broma!

—Ya... —le dice Álvaro como un niño chico—. Es culpa de la pista. Lo tengo muy claro...

Paolo se acerca hasta sus dos amigos y pone sus brazos sobre los hombros de estos.

—Chicos, gracias por esto. Me hacía mucha falta después de todo lo de Sonia.

—¿Cómo te sientes? —le pregunta Elsa.

Paolo se sienta en el banco que está al lado de Álvaro y piensa en su respuesta.

—Me siento raro... Ir al funeral fue algo muy duro, aunque vosotros también asististeis, así que seguro que sabéis por qué lo digo. —Elsa y Álvaro asienten en silencio—. Todos sus familiares, todos sus amigos, todos sus conocidos... estaban allí. Fui porque quería ir, y porque creo que se lo debía, pero al mismo tiempo sentí como si no mereciese estar en su despedida por lo que pasó en el restaurante.

—¿Lo de la cena? —le pregunta Álvaro, presuponiendo la respuesta.

—Sí, justo. Cuando tú nos contaste lo que había pasado —dice mirando a Elsa—, actué, como bien dijiste, como un idiota. Sonia me ayudó en la época más dura de mi vida, y yo simplemente lo olvidé. Y lo hice hasta que tú me lo recordaste. Y no es que para mí aquel día no fuese importante, porque lo fue, sino que no sé... Después de aquel recreo no volvimos a hablar más. Ella siguió con su vida, y yo con la mía. Y al final me olvidé de todo.

—Bueno, pero lo importante es que lo recordaste y rectificaste —le dice Elsa.

—Sí, pero durante un momento me comporté como alguien diferente.

—¿Alguien que conoce a tantas personas que le resulta imposible recordar a una más...? —le pregunta Elsa con cierta ironía.

Paolo la señala con la mano y asiente con la cabeza.

—¡Exacto! No puedo creer que yo dijese algo como eso. Siempre he intentado ser una buena persona, pero con ese comentario me convertí en un capullo. Y no quiero volver a actuar así. —Elsa y Álvaro le miran con seriedad—. Vosotros habéis sido siempre, junto a mi familia, las dos personas más importantes de mi vida. Habéis sido siempre mis dos mejores amigos. Habéis estado a mi lado, pasase lo que pasase. Me habéis ayudado en todo lo que habéis podido y me habéis enseñado muchas cosas. Sonia me ayudó aquel día, pero no fue una ayuda sin más, sino que lo que me dijo en aquella clase me ha servido hasta hoy. Lo olvidé, no voy a mentir, pero lo volví a recordar y ya no lo olvidaré nunca. Así que gracias, chicos.

Elsa y Álvaro se han quedado sin saber qué decir.

—¡Joder, tío! —le dice Álvaro, sentándose al lado de Paolo y poniendo su mano en el hombro de su amigo—. Sabemos que eres un tío estupendo y no vamos a dejar de pensarlo porque un día te equivoques. Todos nos equivocamos, ¿verdad?

—Exacto —continúa Elsa sentándose también al lado de Paolo—. Todos cometemos errores y nos comportamos como idiotas en algún momento, pero eso no significa que todo lo que hemos hecho se borre. Para eso están los amigos, para decirse lo bueno y lo malo, pero sobre todo para recordarse, los unos a los otros, quiénes son en realidad.

Paolo les mira emocionado y los abraza con fuerza. Es un momento muy emotivo para él, ya que no solo les ha explicado cómo se siente por lo que ocurrió, sino que les ha dicho lo importantes que son ambos en su vida. Y por lo bien que se siente ahora, ojalá lo hubiese hecho antes.

Las jugadas continúan durante toda la tarde. Los tres amigos lo pasan en grande sumando y peleando por los puntos obtenidos con cada bola lanzada. Pero si hay algo claro es que para Paolo, sin duda, no habría podido haber un plan mejor. Se siente feliz y querido. Después de todo lo que ha vivido, sentido y hecho durante las últimas cuatro semanas, no puede imaginar una sensación mejor.

Tiene los mejores amigos del mundo. Y una vez más la vida se lo ha demostrado.

## Silencio, empatía y dos regalos perfectos

El último mes ha sido realmente duro para Sergio. Tras estar varios días en el hospital y firmar el alta voluntaria para poder asistir al funeral de Sonia, Sergio por fin volvió a casa.

Quería alejarse de los médicos, de las enfermeras, del olor a medicamento... y así poder estar tranquilo en su casa, en su habitación, en su mundo. Sentía que todo iría mejor si volvía lo antes posible a su vida normal. Aunque claro, su vida ya nunca volvería a ser la misma. Su vida tendría siempre una carencia. La falta de alguien que había sido muy importante para él durante casi tres años. Alguien con quien había sido feliz. Alguien a quien había querido mucho. Alguien con quien había sentido el mundo de forma diferente; como un lugar especial, como un lugar mejor, como un lugar completo. Sin embargo, desde que esa persona dejó de estar a su lado, ese mundo tan mágico, tan especial y tan completo se había convertido en un lugar triste. Un lugar vacío.

La persona que hacía que toda la vida de Sergio fuese como era se llamaba Sonia. Ella había sido su primer amor. Y como bien es sabido, el primer amor nunca se olvida. Por eso era tan duro pensar en ello. Sergio sabía lo que sentía, sabía por qué lo sentía, pero también era consciente de que no tenía solución. Y el peso de esa verdad era grande, por no decir demasiado grande.

Al entrar en su casa, con la ayuda de sus padres, Sergio avanzó por el pasillo sentado en la silla de ruedas y fue hasta su habitación. Le dolía la pierna, pero ese dolor no era nada comparado con el que había llevado en su interior desde que se enteró de que Sonia había fallecido. Al entrar en su cuarto una sensación extraña le invadió. No había duda de que la habitación que tenía ante él, llena de sus pósters, de sus discos, de sus libros... era la suya. Sin embargo, después de haber pasado por tanto en tan poco tiempo sintió que muchas de las cosas que tenía no encajaban con quien era en ese momento. Sintió que todo lo que había ocurrido le había cambiado. Sintió que todo lo que había vivido le había hecho madurar y, por eso, la habitación que veía era como si le perteneciese a alguien que quedó atrás hace tiempo. Alguien del pasado. Alguien que creía, que soñaba, que sentía ciertas cosas... pero que un día dejó de hacerlo.

En definitiva, alguien que ya no estaba. Pensaba que iba a ser difícil la vuelta, pero Sergio nunca habría imaginado que sería tan duro hacerlo.

Fue hasta su cama con la silla y dejó sobre ella su mochila. Mientras, sus padres

fueron dejando el resto de cosas a su lado, después salieron de la habitación, cerrando la puerta tras ellos, para ir a su cuarto y ponerse cómodos. Para ellos también había sido muy intenso todo lo que habían vivido esos días. Aunque, por suerte, su hijo estaba bien. Sabían que ahora el tiempo curaría las heridas de su corazón, pero también tenían muy claro que no iba a ser cosa de dos días. Sin embargo, estaban seguros de que Sergio saldría adelante. No tenían la menor duda.

Al quedarse solo en el cuarto, Sergio rebuscó en su mochila y sacó su móvil, que se había quedado sin batería poco antes del accidente.

Cogió el cargador y se estiró para conectarlo en el enchufe. Cuando lo consiguió, conectó el cable al móvil y esperó durante unos segundos. El teléfono se encendió, tecleó la clave y miró con atención el pequeño aparato para ver si llegaba algo, pero no recibió ningún aviso. Sergio dejó el móvil cargándose y se giró para seguir sacando cosas de su mochila. Pero fue a los pocos segundos de hacerlo, cuando el móvil sonó y Sergio se giró de nuevo hacia este. Lo cogió y vio que tenía varios mensajes de voz. Marcó el número de su buzón de voz y escuchó todos los mensajes que tenía pendientes. Para su sorpresa, todos eran de Sonia. A Sergio se le partió el corazón al volver a escuchar su voz. Una voz llena de esperanza, llena de alegría, llena de vida... Una voz que no creía que volvería a escuchar jamás, pero que en ese momento fue capaz de hacerlo de nuevo. ¡Y cómo echaba de menos hacerlo!

Todos los mensajes eran del último día de la vida de Sonia. Ella, a medida que iba dejándolos, iba expresando con su voz el nerviosismo y la preocupación que sintió al ver pasar el tiempo y no saber nada de él. Cada mensaje que escuchaba fue rompiendo un poco más el débil corazón de Sergio, al sentirse terriblemente culpable del destino de Sonia. Sin embargo, fue el último mensaje de voz guardado, el que le rompió definitivamente el alma.

### *Mensaje de voz recibido el viernes día 22 de junio a las 16:01*

Y tras oírse el típico pitido, en lugar de oírse la voz de Sonia, como en los mensajes anteriores, en este mensaje no se escuchó nada. Solo hubo silencio al otro lado de la línea. Un silencio eterno que no terminó hasta que el tiempo límite de duración de la grabación acabó y volvió a hablar la voz del buzón.

Sergio se quedó totalmente paralizado. Fue como si el tiempo se hubiese detenido y estuviese congelado, sin poder hacer o decir nada. Sintió impotencia. Impotencia e ira. Impotencia, ira y tristeza. Sobre todo, tristeza. Su mente se convirtió en un caos y los sentimientos se agolparon de golpe contra su pecho. De repente notó cómo los ojos se le llenaban de lágrimas y cómo todo el cuerpo comenzaba a temblarle. Necesitaba gritar, pero no podía hacerlo. Sus padres habían sufrido mucho y no podían verle así, pero tampoco podía dejar en su interior todo lo que estaba sintiendo. Así que cogió uno de sus cojines, lo apretó con fuerza y gritó contra él produciendo un grito mudo, mientras lágrimas y lágrimas cayeron por sus mejillas mojando el



cojín de color naranja.

Nunca había sentido un dolor igual. Y no lo había hecho porque el dolor que sintió en esos momentos no se trataba de un dolor físico. Todo lo que sintió no provenía de su cuerpo, sino de su alma. Un alma que había perdido a su otra mitad y que en ese momento se sentía culpable, sola y perdida en el mundo. Un alma rota de dolor. Un alma que no se sentía alma.

Sergio sabía quién le había llamado, el día, la hora, y el momento aproximadamente de cuándo había acabado la vida de Sonia. Ese último mensaje era un reflejo de lo que Sonia debió de sentir en los últimos momentos de su vida. Quizás ya no estaba consciente. Quizás sí que lo estaba, pero no llegó a ser capaz de pronunciar una sola palabra. Fuese como fuese, Sonia había muerto y su mensaje, un mortal silencio, reflejó muy bien lo que Sergio sentía en su interior: un gran vacío, un gran silencio.

Un rato más tarde, el padre de Sergio hizo una visita a su hijo.

—¿Se puede? —le preguntó, dando un par de veces en la puerta.

—Sí, pasa.

Alejandro entró en la habitación de Sergio, mientras este tenía la mirada perdida en el techo de la habitación.

—¿Cómo estás, campeón?

—Pues, bueno... —le respondió su hijo con seriedad.

Sergio aún seguía muy afectado por la muerte de Sonia, por lo que Alejandro intentó decir algo para animarle.

—¡Bueno, hombre! Ya verás como esa pierna va mejorando poco a poco y en nada estás corriendo.

—Ya... —le dijo su hijo con desgana—. Eso, por lo menos, imagino que mejorará.

Alejandro se puso muy serio y se sentó al lado de Sergio, que le miró expectante.

—Me gustaría que hablásemos un poco.

Sergio suspiró y desvió la mirada hacia un lado.

—¿Sobre qué, papá? —le preguntó irritado.

—Pues no sé... Sobre lo que piensas o lo que sientes. Sobre lo que quieras hablar.

Sergio le miró con seriedad pero no dijo nada. Estuvo callado durante varios segundos, pero finalmente estalló:

—¿Quieres que hablemos de cómo me encuentro? ¿En serio quieres que lo hagamos? —le preguntó enfadado. Al ver a su padre asentir, continuó—. Muy bien —le dijo, incorporándose en la cama—. Me he roto la pierna porque un imbécil se saltó el semáforo en rojo y un poco más y me mata. Mi coche ha quedado destrozado. Mamá y tú habéis pasado unos días horribles con todo lo que ha ocurrido. Yo he perdido a la chica que más he querido en mi vida, y ya para terminar, he escuchado hace un rato un mensaje que me dejó en el móvil antes de morir. —Alejandro, al escuchar las palabras de su hijo, se quedó sin saber qué decir—. ¡Así que, hala! ¡Ahí

tienes tu psicoanálisis, papá! Así me siento. Como una mierda. Por vosotros, por Sonia, por el coche, por la vida...

—Y por ti.

Sergio se cruzó de brazos.

—Eso, ahora, es lo de menos —le dijo a su padre con rotundidad.

—Hijo, tu madre y yo sabemos todo lo que ha pasado estos días, pero no puedes pensar en todo el mundo antes que preocuparte por ti. Que te intereses por tu familia, por tus amigos o por alguien especial, como era Sonia, demuestra que tienes un gran corazón. Sin embargo, no puedes olvidarte de ti mismo. —Alejandro hizo una pausa—. Créeme, sé de lo que te hablo.

Sergio se extrañó al escuchar las palabras de su padre.

—¿A qué te refieres? —le preguntó ya más desahogado.

Alejandro no supo qué decir y se mordió el labio inferior. Acababa de sacar a relucir una de las etapas más duras de su vida. Algo de lo que nunca antes había hablado con su hijo. Algo que pasó hacía mucho tiempo y que no pensaba volver a revivir de nuevo.

Dicen que el pasado siempre vuelve, y qué verdad es.

—Verás... —Comenzó a decir ante la atenta mirada de Sergio—. Hace bastante tiempo yo también quise mucho a alguien. Se llamaba Clara y era alguien muy especial para mí. Supongo que podría decirse que eramos como Sonia y tú. Nos veíamos todos los días, confiábamos el uno en el otro, siempre lo pasábamos genial... Y al final me enamoré de ella. —Alejandro notó cómo la emoción de sus recuerdos se reflejaba en sus ojos—. Durante meses seguí viéndola a diario. Para mí era lo mejor del día. Algunas veces eran horas, pero otras tan solo unos cuantos minutos. Fuese el tiempo que fuese, ambos sabíamos que era especial. Recuerdo que todos los días me sentía como si estuviese subido a una montaña rusa. Antes de verla me sentía muy nervioso, muy alterado, muy feliz. Y tras despedirnos me sentía como si acabase de perder algo valioso. Me sentía como si mi corazón necesitase estar a su lado, y al separarme de ella me dijese: «¡Nooo!». —Sergio sonrió porque entendía perfectamente lo que le estaba diciendo su padre. Él se había sentido así durante mucho tiempo, y en ese momento estaba averiguando que alguien más también se había sentido así alguna vez—. Sin embargo, yo no sabía si Clara sentía lo mismo que yo. Tenía pavor a que si le decía lo que sentía, pudiese perderla para siempre. Pero tampoco podía continuar viviendo en una especie de cuento irreal. Así que un día me armé de valor y le conté lo que me estaba pasando. Y a pesar de todo el miedo que había sentido hasta entonces, ella me dijo que también me quería, que llevaba mucho tiempo sintiendo lo mismo, y que si no me lo había dicho antes, era porque tenía miedo a estropear lo que teníamos.

Sergio se cruzó de brazos.

—¿Y qué pasó después?

—¿Después? —le preguntó Alejandro pensativo—. Estuvimos varios meses

saliendo y siendo más felices que nunca. Ahora ya no eramos dos personas independientes, sino que nos sentíamos como una sola. Una especie de...

—Equipo.

—Sí, justo. Formábamos una gran pareja —le dijo Alejandro con una gran sonrisa—. Y era curioso, porque en realidad eramos muy distintos. No nos gustaba la misma música o el mismo tipo de cine. Ella era de ciudad y yo disfrutaba del campo. Y así muchas otras cosas. Sin embargo, eso nos hacía perfectos el uno para el otro. Cada uno seguía teniendo sus gustos y su personalidad, pero al mismo tiempo aprendía muchas otras cosas de la otra persona. Y son esas cosas las que no se olvidan nunca. El color favorito, la canción más querida, el restaurante que más le gustaba... Esas cosas siempre se recuerdan, pase lo que pase.

—¿Y ahora qué es de ella?

—¿Ahora? —le preguntó Alejandro—. Ahora Clara descansa en el cementerio de la ciudad. A los dos años y medio de empezar a salir juntos le detectaron que tenía una enfermedad en la sangre, y tras varios meses angustiosos llenos de miedos y sueños rotos, murió.

Y dicho esto, un par de lágrimas se escaparon de los ojos verdes de Alejandro.

Sergio le miró impactado. Nunca había visto llorar a su padre.

—Y si te cuento todo esto es porque quiero que sepas que sé perfectamente por lo que estás pasando. Yo también quise mucho a alguien y perdí a esa persona para siempre. Pero no porque esa historia acabase mal hubiese querido no haberla vivido. Lo que viví fue increíble, aunque su final fuese triste. Esos últimos meses fueron muy complicados, pero no borraron todo lo anterior, todo lo bueno.

Alejandro se quedó en silencio.

—¿Fue duro? —le preguntó Sergio.

—¿El qué?

—¿Continuar viviendo sin esa persona?

Alejandro cerró los ojos y apretó los labios, asintiendo.

—Sí. Fue muy duro —le respondió con sinceridad—. Durante un tiempo dejé de creer en todo. No tenía sueños. No tenía esperanzas de nada. Dejé de ser quien había sido hasta entonces y me convertí en alguien que no valoraba nada de lo que tenía en su vida. Alguien... distinto.

Sergio miró hacia abajo, ya que lo que estaba describiendo su padre era justo como se había estado sintiendo él desde que le dijeron que Sonia había muerto.

—Sin embargo, un día conocí a tu madre. Y si te soy sincero, le debo mucho. Ella vio en mí algo que ni yo veía. Ella vio en mí a alguien que podía ser de nuevo alguien feliz, alguien con sueños, alguien vivo. Yo en muchas ocasiones intenté que se olvidase de mí y que siguiese con su vida al lado de alguien mejor que yo. Sin embargo, ella nunca se fue de mi lado. Me escribía cartas llenas de sentimientos, letras de canciones y poemas, me grababa discos con canciones que habían significado mucho para ella, me recomendaba películas, libros, series... Y así muchas

otras cosas. Yo, al principio, no entendía por qué lo hacía, pero un día finalmente lo averigüé —hizo una pausa—. Con cada canción que me enviaba, con cada carta que me escribía, con cada película que me recomendaba... tu madre solo pretendía una cosa.

—¿El qué? —le preguntó Sergio ansioso por conocer la respuesta.

—Que sintiese algo. Lo que fuera, pero que sintiese. Quería que me emocionase al leer una historia triste, que llorase con la muerte de un personaje en alguna película, que bailase con una canción, que recordase algún momento de mi pasado al leer alguno de los poemas que me enviaba... Y fue entonces cuando me di cuenta de lo importante que era tu madre para mí. Desde ese momento supe cuánto la quería. Y ya no solo por ser una mujer preciosa, que lo es, sino por el gran corazón que tiene. No sé qué fue lo que vio en mí, pero solo sé que gracias a ella me salvé de mí mismo. Y eso se lo voy a agradecer durante el resto de mi vida.

Sergio, muy afectado por la historia que su padre le acababa de contar, asintió varias veces.

—¿Y sigues acordándote de Clara? —le preguntó.

Su padre sonrió.

—Sí. Como te he dicho antes, hay personas en la vida que no olvidamos nunca, a pesar de que ya no estén entre nosotros. Para mí fue Clara, para ti ha sido Sonia y para otro será Irene o Lucía. Y lo bueno es que, aunque tener que decir adiós resulte muy duro y triste, también es bonito saber que una persona ha llegado a importarte tanto como para recordarla siempre. Pase lo que pase.

Sergio reflexionó durante unos segundos sobre todo lo que acababa de escuchar.

—¡Ah! Y una cosa más... Nunca dejes de ser quien eres, hijo. No hay nada peor en esta vida que perdernos a nosotros mismos por el camino.

Sergio sonrió emocionado y dijo:

—Vale, papá. No lo haré. Te lo prometo.

Ha pasado un mes desde entonces y Sergio ha mantenido su promesa.

La muerte de Sonia le ha sumido en una profunda tristeza interior, pero en ningún momento ha dejado que ese sentimiento le haya transformado en otra persona. Siente mucha impotencia porque aún no se haya encontrado al asesino de Sonia y también mucha culpabilidad al saber que si no hubiese tenido el accidente quizás ahora todo podría ser diferente. Sin embargo, y por mucho que le duela, Sonia se ha marchado para siempre. Y justo por eso no puede dejar de ser quien es, de ser quién era cuando ella vivía.

Muchos días se ha sentido solo y perdido desde su muerte, por no mencionar los dolores que su pierna le ha estado dando desde el accidente, pero cada día que pasa se siente un poco mejor.

Al salir del hospital tuvo que ir en silla de ruedas, pero tras cuatro semanas de

reposo, por fin ha dejado de utilizarla, pudiendo usar en su lugar un par de muletas. Puede parecer una estupidez, pero para Sergio es un paso hacia delante. Y si Sonia le está viendo desde alguna parte, no quiere que le vea triste o como alguien derrotado. Quiere que le vea como alguien que lucha por salir adelante, pero que al mismo tiempo la recuerda y la lleva, día tras día, en su corazón.

Sabe que es imposible, pero daría lo que fuese por volver a verla, por volver a escucharla, por volver a...

De repente alguien llama a la puerta. Es su padre, que acaba de volver del trabajo y que, por lo que parece, ha recogido del buzón una carta para él. Un sobre de color rojo.

Sergio mira con curiosidad la carta, mientras Alejandro le dice que le avisarán cuando esté la cena lista. Y así, con decisión, Sergio se dispone a descubrir el contenido del misterioso sobre rojo.

Hoy he conocido a Sergio. Es un chico que vive en otro portal de la mancomunidad en la que yo vivo. Nunca nos habíamos visto. Nunca hasta hoy.

Hemos estado charlando durante casi una hora y ha sido muy... ¿divertido?, ¿agradable?, ¿interesante? Sí, yo creo que interesante sería la mejor forma de definir el rato que hemos pasado juntos. Hemos hablado de muchos temas (amor, literatura, sentimientos...), y me ha gustado mucho la forma que tiene de ver las cosas. Es alguien muy original y con mucha personalidad.

El pobre ha tenido que aguantar todos mis rollos de romántica decepcionada, y no se ha quejado en ningún momento. Al contrario. Me ha dado su punto de vista sobre todo lo que me preocupa, y sus consejos me han gustado mucho. Creo que tiene razón. El amor tiene que ser algo más mágico que un cúmulo de células en erupción. Tiene que ser algo más complejo, algo más especial que eso.

La verdad es que lo he pasado muy bien con él. Me ha caído genial y espero que nos volvamos a ver. Quién sabe si, como él dice, las mejores historias comienzan de la forma más inesperada. No sé lo que nos espera de aquí en adelante. Puede que nunca nos volvamos a ver más, quedándonos para siempre con el recuerdo de esta tarde, pero puede que esto sea el principio de una gran historia.

Sea como sea, estoy deseando descubrirlo.

PD: No volver a soltar rollos a la gente sobre tus gustos en literatura (a no ser que quieras espantar a todos los chicos, excepto a los Nicholas Sparks de papel que te sonríen desde las solapas de sus libros).

Sergio lleva con una sonrisa en la cara desde que ha empezado a leer la primera línea del escrito de Sonia, y aún se pregunta cómo es posible que haya llegado esta carta a sus manos. No puede creer que acabe de leer lo que significó para ella el primer día de su amistad. No puede sentirse más feliz, ya que acaba de saber que para ella también había sido un rato especial el que habían pasado juntos. Le han gustado muchas las palabras de cariño que le dedica a lo largo de los párrafos que acaba de leer, y le ha hecho mucha ilusión saber que para Sonia sus consejos fueron importantes y que los apuntó para su propia vida.

En realidad, las palabras que Sergio dijo aquel día sobre el amor, el momento inicial de una historia, la literatura... no solo iban dirigidas a Sonia, también eran para él mismo. Al igual que Sonia, él también pensaba muchas veces en el amor, en qué lo originaba, en qué lo hacía tan especial... Y en realidad tampoco estaba seguro de fuese verdad lo que dijo, pero al menos era lo que le hubiese gustado.

Al final el tiempo y la vida le habían enseñado que tenía razón. Y por ello se siente feliz.

Sergio continúa leyendo, con mucho cuidado, cada una de las palabras que Sonia fue escribiendo en los siguientes pasajes y no puede evitar emocionarse con muchos de ellos. Paseos por la ciudad, tardes de cine, largas charlas por teléfono, muchas «discusiones» sobre temas trascendentales... Todos esos momentos fueron capturados con detalle por Sonia, y para Sergio es increíble volver a revivir todo de nuevo.

Sin embargo, se detiene al llegar a uno en concreto; un pasaje muy especial.

Hoy me he propuesto algo que no he hecho nunca: hacer una lista con las diez cosas que me ha enseñado alguien importante para mí. Y quién mejor para eso que Sergio. Hemos pasado por muchas cosas juntos, buenas y malas, pero hemos logrado siempre salir adelante. Por eso creo que es la persona más adecuada sobre la que hacer esta lista.

1. Querermé tal y como soy.
2. Ver las cosas desde distintos puntos de vista.
3. Creer en que las cosas no pasan porque sí.
4. No rendirme ante nada ni nadie.
5. Pensar menos y actuar más.
6. Vivir la vida, y no un cuento de hadas.
7. Llorar solo cuando merezca la pena hacerlo (en esta, voy a mi ritmo).
8. Dar importancia a las cosas que la tienen, y a las que no, no.
9. No dudar de mí misma ni de los que quiero.
10. Creer en el amor verdadero.

Sergio lee varias veces la lista completa, pero cada vez que termina de hacerlo,

necesita volver a empezar desde el principio.

Es increíble, pero la lista que hizo Sonia hace tiempo contiene muchas de las cosas que él mismo también ha aprendido a lo largo de su vida. Y es ahora cuando se da cuenta de que su amistad con Sonia no fue nunca una amistad sin más. Durante todo el tiempo que fueron amigos se ayudaron, lo pasaron bien y superaron muchas cosas juntos. Sin embargo, si su amistad se caracterizó por algo fue por todo lo que aprendieron ambos gracias a ella.

Para Sonia, Sergio había sido el que le había enseñado todas esas cosas, pero para Sergio había sido ella quien se lo había enseñado a él. ¿Quién había enseñado más cosas a quién? ¿Quién había aportado más a su amistad? En realidad, la pregunta correcta no sería ninguna de estas, sino... ¿Y qué más da? Ambos aprendieron muchas cosas y lo hicieron juntos. Eso es lo único que importa.

Sergio, tras haber leído varias veces más la lista completa, sigue leyendo los pasajes que aún le quedan. Cada vez son más los leídos y menos los que faltan por leer. Le da pena, porque sabe que cuando acabe de leer las hojas que tiene en las manos ya no habrá más. Sonia se habrá ido para siempre, y esta vez del todo. Sin embargo, eso no puede ponerle triste. Nunca habría esperado recibir esta carta, pero aquí la tiene. Por lo tanto, solo puede hacer una cosa: disfrutarla al máximo.

Continúa leyendo sin parar, hasta que llega al último pasaje escrito por Sonia. Lo escribió hace dos meses, y para ambos fue quizás el día más especial de toda su historia.

Hoy he celebrado mi cumpleaños con Sergio. No pudo venir a mi fiesta de ayer, y me ha dado una gran sorpresa después de clase. Me ha recogido a la salida del instituto y me ha dicho que me iba a llevar a un lugar muy especial.

Hemos ido en su coche por la carretera secundaria durante casi tres cuartos de hora. He estado un poco asustada, ya que nunca había estado tan lejos de la ciudad. Alguna que otra vez había ido con la familia al zoo, que está en las afueras, pero nunca había ido más allá. Sin embargo, pronto me he relajado y he disfrutado del viaje.

Sergio ha puesto un disco con canciones que me encantan, y le he contado durante el camino todo lo que pasó ayer en la celebración. Hemos estado gastándonos bromas, haciéndonos de rabiar, tomándonos el pelo un poco... Vamos, lo de siempre (y espero que nunca cambie).

Al llegar a nuestro destino, Sergio ha detenido el coche y yo no he podido ocultar mi confusión. Estábamos en un pantano. ¿Qué leches hacíamos en un pantano? Sin embargo, Sergio se ha echado a reír y me ha dicho que no juzgase las cosas tan pronto, porque estaba seguro de que me iba a sorprender. Nos hemos bajado del coche y él ha sacado del maletero un cubo lleno de arena, una sombrilla, un par de toallas y ha montado el chiringuito en un segundo.

Una vez ya todo listo, se ha sentado en una de las toallas y me ha dicho que me sentase en la otra. Sin parar de reírme, me he sentado junto a él y me ha contado el porqué de esta sorpresa.

No recuerdo exactamente las palabras que ha dicho, pero sí me gustaría anotar lo que pueda llegar a recordar, porque creo que merece la pena que siempre queden aquí escritas:

«Hace mucho tiempo me contaste que tu padre os prometía siempre que algún día os llevaría a la playa. Al final no pudo cumplirlo, pero eso no quita que no se pueda cumplir de algún modo su promesa. Así que este es mi regalo de cumpleaños».

Yo, al escuchar sus palabras, me he sentido muy feliz, pero sobre todo, afortunada de tener a alguien como Sergio en mi vida. Efectivamente, mi padre siempre nos hacía esa promesa, pero la enfermedad se lo llevó antes de que pudiese cumplirla.

«Sé lo que estás pensando», ha dicho Sergio al ver mi cara de alucinada. «Sé que esto no es la playa. Me hubiese encantado poder llevarte, pero estamos en pleno curso y no es plan de raptarte para hacernos un viaje de locura. A lo mejor algún día lo podremos hacer, pero por ahora te tendrás que conformar con este pantano y estas cosas que he podido comprar esta mañana».

No solo me he conformado con eso, sino que era más de lo que podría haber pensado que iba a ser su sorpresa. Le he dicho lo increíble que había sido el detalle que había tenido conmigo, y lo mucho que había significado; pero ha sido cuando ya parecía que su regalo de cumpleaños había acabado, cuando ha puesto su cara de pillo y ha sacado de su mochila algo más.

«Puede que esto sea un simple pantano, pero con esto será mucho más».

Y dicho esto, me ha cogido la mano y me ha entregado una caracola enorme.

«Acércatela al oído y cierra los ojos».

Le he hecho caso, a pesar de lo absurdo que pudiese parecer lo que estaba a punto de hacer, y ha sido entonces cuando el corazón me ha empezado a latir a gran velocidad. No sé si la magia existe, pero lo que he sentido en ese momento ha sido algo mágico.

Ya no estaba en el pantano, sino en una gran playa. Escuchaba el mar, con sus olas enfurecidas rompiendo en las rocas y la brisa de la playa recorriendo cada rincón del lugar. Sentía que me encontraba en una playa de verdad. Y todo gracias a Sergio.

He estado durante varios minutos así, pero después he alejado la caracola de mi oído, he abierto los ojos y he vuelto a la realidad.



De nuevo estábamos en el pantano, pero no me ha importado. Me he sentido muy feliz porque Sergio me ha hecho el mejor regalo que he tenido nunca. Y por eso me ha dado igual que no estuviésemos en una playa de verdad o que el agua del pantano no tuviese olas. Lo importante era que tenía a mi lado a la mejor persona que he conocido, alguien que me ha tocado el corazón en muchas ocasiones, pero que esta vez lo ha hecho de una forma increíble. De una forma que nunca nadie lo había hecho.

Sin duda, hoy ha sido un día inolvidable. No sé si me merezco que Sergio se porte siempre tan bien conmigo, o si él sabe cuánto le quiero y todo lo significa para mí. Ojalá que algún día yo pueda llegar a hacer algo tan grande y tan bonito por él. Algo como lo que hoy ha hecho él por mí. Ojalá que sí...

Sergio termina de leer el pasaje y se da cuenta de que está llorando de lo lindo. Y no es para menos.

Lo que Sonia ha plasmado por escrito fue el último regalo que Sergio le había hecho en su vida. Aunque eso él en aquel entonces no lo sabía. Lo único que había sentido había sido que tenía que ser algo grande, algo especial, algo que significase mucho para ella. Y después de todo, ahora sabe que lo consiguió.

Este es el último pasaje que Sonia escribió sobre Sergio. Había llegado al final, pero al contrario de lo que pensaba, no se siente triste. Se siente muy afortunado por haber tenido la oportunidad de leer los pensamientos y sentimientos de Sonia, por haber podido conocer lo que ella sintió en muchos de los momentos especiales que habían compartido juntos, y sobre todo, por haber descubierto que consiguió dejarle una pequeña huella en su corazón.

Sergio lleva sabiendo durante muchos años que Sonia le dejó esa huella hace tiempo, pero ahora sabe que él también consiguió hacerlo. No ha podido ser un pasaje final mejor. No ha sido un adiós sin más, sino un hasta siempre lleno de esperanza, ilusión y felicidad. Sin duda, ha merecido la pena. Puede que él hubiese hecho el regalo perfecto a Sonia por su cumpleaños, pero ahora ella se lo había devuelto con la misma perfección. No podría haber imaginado nada mejor de su parte que sus pensamientos y sentimientos, escritos y recopilados en forma de diario. Aunque le está muy agradecido a Sonia por haber expresado con letras todo lo que significó para ella su historia, le está todavía más agradecido a la persona que le ha hecho llegar la carta. Quizás nunca sepa quién lo ha hecho (aunque también ahí está la gracia), pero jamás va a olvidar lo feliz que le ha hecho con ello.

—¡Sergio, a cenar! —Le llama su padre.

Sergio se seca de prisa las lágrimas y guarda las hojas de papel en el sobre rojo. Con cuidado lo mete en uno de los cajones de su mesilla de noche.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunta su madre desde el salón.

—¡No, tranquilos! —les responde Sergio, mientras coge sus muletas y se levanta con esfuerzo.

Al llegar al salón sus padres están poniendo la mesa y preparando los últimos retoques de la cena.

—¿Qué tal estás? —le pregunta su padre, con una mirada cómplice.

—Bien. Muy bien —responde Sergio, sonriéndole con cariño y agradecimiento.

Todos se sientan en la mesa y Sergio, antes de empezar a cenar, dice algo más:

—¿Puedo pedir os un favor?

Concha y Alejandro intercambian una mirada rápida.

—Claro, cielo —le dice su madre—. ¿Qué necesitas?

—Me gustaría ir mañana a un sitio, y os quería preguntar... si me podríais acercar en coche.

—Vale —le dice su padre con normalidad—. Eso está hecho.

Los padres de Sergio comienzan a cenar ante la mirada de extrañeza de su hijo.

—¿No queréis saber qué sitio es?

Su padre niega con la cabeza.

—No, claro que no. Si tienes algo importante que solucionar, lo haremos mañana mismo. Y lo haremos juntos.

Concha asiente emocionada.

—Ya sabes que puedes contar con nosotros siempre, hijo.

—Lo sé —le dice, agradecido—. Gracias a los dos.

Y dicho esto, Concha, Alejandro y Sergio comienzan a cenar. Han sido un mes muy duro para los tres, pero algo les dice que a partir de ahora todo irá volviendo a su sitio. Después de la tempestad, llega la calma. Y esa calma es justo lo que más necesita ahora esta familia.

## El valor perdido

A la mañana siguiente, Vir llega puntual a la casa de Nerea. Para su sorpresa, esta ya le espera en su portal.

En todos los años que llevan siendo amigas, Nerea nunca ha sido puntual. Al final siempre que quedaban, Sonia y Vir terminaban yendo a tomar algo para hacer tiempo, mientras su amiga llegaba al lugar. Siempre pasaba lo mismo. Siempre, hasta ahora.

—¡Vaya, vaya! —exclama Vir al llegar—. ¿Qué ven mis ojos? ¿Tú, puntual?

Nerea se ríe y se encoge de hombros.

—¡Pues ya ves! ¡Hoy empieza la vida de la nueva Nerea!

Vir sonrío de oreja a oreja.

—Pues creo que la nueva Nerea va a triunfar —le dice, haciendo referencia a su conversación de ayer—. ¡Yo ya soy fan de esta nueva versión!

Nerea suelta una carcajada.

—¡Tomaaaa! ¡Mi primera fan! —exclama muy emocionada—. ¡Qué ilusión!

Ambas se echan a reír. De repente, Vir se da cuenta de que al lado de Nerea hay muchas cajas apiladas.

—¿Y todo eso?

—¿El qué, esto? —le pregunta Nerea como si nada—. ¡Forma parte de la idea que tuve ayer! Pero como es una sorpresa, aún no te puedo decir nada.

Vir la mira con cierta desconfianza.

—Mmm... ¿Una sorpresa? ¿Para quién?

—¡Para quién va a ser! —exclama Nerea, mientras intenta parar a un taxi—. ¡Es una sorpresa para ti!

—¿Cómo que para mí? —le pregunta Vir, abriendo muchos los ojos, mientras mira de nuevo las cajas de cartón—. ¡No, no, no! Yo te lo agradezco mucho Nerea, pero no hace falta que me regales nada, y menos todo esto.

Un taxi se detiene delante de las dos amigas y el conductor se baja del coche.

—Bueno, en realidad, todo esto no es para ti. Ahora tenemos que llevarlas a un sitio, y luego ya podré darte tu sorpresa.

Vir mira alucinada cómo el taxista va metiendo en el maletero todas las cajas mientras las cuenta con la boca abierta.

—¡Veinticinco! ¡Madre mía, Nerea! ¡Pero qué se te habrá ocurrido! —exclama sin poder creérselo.

Nerea se ríe. No le sorprende en absoluto la reacción de Vir, pero tiene muy claro

lo que quiere hacer. Ha tomado una decisión y está dispuesta a llegar hasta el final.

El conductor cierra el maletero y se sube al taxi. Vir parece que no sabe qué hacer. Por un lado, quiere subir y saber qué trama Nerea; pero por otro lado, le da miedo lo que se le haya podido ocurrir a su amiga. ¡Vaya forma más tonta de meterse en un buen lío!

Nerea abre la puerta a Vir para que suba, mientras la mira con cara de pasota.

—¿Subes o subes?

Vir duda durante varios segundos, pero finalmente respira hondo y dice:

—Subo, pero que sepas que estoy replanteándome lo del club de fans.

Nerea ríe entre dientes.

—No admitimos bajas... ¡Graciaaaaaas!

Vir la imita de broma y entra en el taxi, seguida de Nerea, que no oculta su satisfacción al ver que su idea va sobre ruedas. ¡Y nunca mejor dicho!

Al llegar al misterioso lugar, una tienda del centro, el taxista ha ayudado a las chicas a sacar las cajas del taxi, y después Nerea le ha pedido a Vir que le esperase en una cafetería cercana mientras ella hacía todo.

Vir ha aceptado, y desde hace casi media hora la espera sentada en un taburete de la cafetería. Se está tomando un refresco de naranja y, con el calor que hace, lo está saboreando de lo lindo. Nerea le ha dicho que solo sería un momento, pero lleva ya un buen rato. Vir no tiene ni idea de lo que trama Nerea, pero sea lo que sea, espera que todo esté yendo bien.

Está sola en la cafetería, pero tampoco le importa. Nunca ha sido una chica de grandes aglomeraciones, sino todo lo contrario. Siempre ha preferido tomar algo en un sitio tranquilo que ir a una macrofiesta llena de gente y ruido. Es en momentos como este cuando Vir no tarda en acordarse de Sonia. Quizás la vida siga, pero ella siempre la llevará a su lado, como si fuese un tatuaje. Sonia fue su mejor amiga, y eso deja una huella imborrable en la persona que lo siente. Puede que Sonia ya no esté a su lado físicamente, pero nunca dejará de estar en su corazón.

Inmersa en sus pensamientos, continúa bebiendo su refresco y viendo, a través del cristal, a las personas que pasan por la calle.

Minutos más tarde llega Nerea con un sobre de color blanco en las manos.

—¿Qué tal ha ido? —le pregunta Vir—. ¿Ha salido todo bien?

Nerea se sienta en otro taburete y asiente llena de alegría.

—¡Sí! ¡Todo ha salido genial!

Y dicho esto, extiende el brazo y le acerca el sobre blanco a Vir, que lo mira intrigada.

—¡Toma! ¡Para ti!

Vir se vuelve a quedar muda. Había llegado a pensar que lo de la sorpresa no era más que una broma, pero al final ha resultado ser verdad.

—¡Venga! ¡Cógelo! —exclama Nerea zarandeando el sobre—. ¡Que no muerde!

Vir mira el sobre blanco y lo coge despacio. Está a punto de abrirlo cuando Nerea

exclama con nerviosismo:

—¡Espera! ¡Espera! Antes de que lo abras, me gustaría explicarte por qué he pensado darte esta sorpresa —hace una pausa—. Cuando ayer dijiste lo de celebrar juntas nuestras victorias, me acordé de una promesa que hicimos Sonia y yo hace mucho tiempo. Nos prometimos que cuando completase mi colección de muñecas, lo celebraríamos a lo grande, pero al final no pudimos hacerlo. Aunque me duela admitirlo, nunca fui la amiga que ella se merecía. Ella, sin embargo, nunca me falló, siempre estuvo a mi lado y me quiso más de lo que yo la quise a ella. Sonia se mereció a una amiga mejor que yo, y ahora lo sé —el labio de Nerea tiembla al decir estas últimas palabras—. La pena es que me he dado cuenta demasiado tarde.

Vir se emociona al escuchar las palabras de Nerea. Entiende lo que dice, pero tampoco tiene sentido que tenga esa visión tan negativa de si misma.

—Está bien que quieras cambiar y que quieras ser alguien mejor, pero no creo que debas sentirte mal por todo lo que podrías haber hecho y no hiciste. El pasado no podemos cambiarlo, pero sí podemos aprender de él. Todos cometemos errores, Nerea. Somos humanos y no somos perfectos, pero sí podemos ser alguien mejor cada día —dicho esto, Vir sonríe y señala a su amiga—. ¡Mírate! Llevas dos días con tu propósito de cambiar y parece que eres una chica totalmente distinta. Has sido puntual por primera vez desde que nos conocemos, has dejado de lado muchas manías y tics absurdos, has cambiado tu actitud y tu forma de pensar... Sinceramente, no creo que lo que estás consiguiendo no sea nada. Es mucho, créeme. Y te voy a decir algo más, como amiga tuya que me considero. —Nerea, muy emocionada, sonríe—. Estoy muy orgullosa de ti. Y estoy segura de que Sonia, si estuviese aquí, también lo estaría —varias lágrimas recorren el rostro de Nerea—. Vales mucho, Nerea. Lo que pasa es que hasta ahora tú no te habías dado ni cuenta.

Nerea respira hondo y se empieza a corregir el rimel, que se le ha extendido por toda la cara.

—¡Madre mía! ¡Qué guarrada! —exclama entre risas—. ¡Sí lo sé, no me pinto!

Vir se echa a reír y ayuda a su amiga a limpiarse la cara.

—¡Bueno! —exclama Nerea—. ¡Pues ya puedes ver tu sorpresa!

Vir abre el sobre despacio, pero al ver lo que contiene, lo cierra corriendo y pone cara de susto.

—Pero si son...

—12.500 euros —completa Nerea.

Vir no sabe qué decir ni qué hacer.

—Sé que creerás que es una locura, pero después de todo lo que ha pasado durante este último mes, y de todo lo que he pensado, he decidido vender mi colección de muñecas. Durante muchos años he creído que tenían un gran valor, pero al final, sin la persona que estuvo a mi lado desde el primer día que quise empezar a conseguirlas, no son nada para mí. Y por eso he decidido venderlas y conseguir este dinero para tu familia.

—¡Pero Nerea! No sabes cuánto te lo agradezco, pero...

—Por favor, Vir. Sé que 12.500 euros no van a solucionar la economía de nadie, pero me haría muy feliz que los aceptases. Así sabría que al final con las muñecas he podido hacer algo bueno por alguien.

Vir se queda pensando en las palabras de Nerea, que añade algo más.

—No lo tomes como un regalo que yo te hago a ti, sino como un regalo que tú me haces a mí. Necesito empezar de nuevo, Vir. Y esto es lo único que tengo para poder hacerlo de verdad.

Vir mira hacia la calle en silencio y, tras suspirar hondo, mira a su amiga y dice:

—Muchísimas gracias, Nerea. Gracias de verdad.

Nerea sonrío de oreja a oreja y ambas amigas se abrazan con fuerza.

—Ojalá que Sonia estuviese aquí —dice Nerea con melancolía.

Vir sonrío y dice:

—Lo está, Nerea. Lo está —y señalándose al corazón, añade—. Ahora y siempre.

## Un sueño cumplido

Paolo desayuna con su familia mientras lee las cartas de sus admiradores. Ayer terminó muy tarde su quedada con Elsa y Álvaro y no tuvo tiempo para hacerlo. Sin embargo, mereció la pena salir de casa y pasar unas horas con sus dos mejores amigos. Ya no solo porque fue muy divertido comer y luego jugar a los bolos, sino porque también habló con ellos de todo lo que ha sentido estas últimas semanas. Llevaba bastante tiempo queriendo decirles lo mucho que significan para él, así como agradecerles todo lo que le han ayudado a seguir adelante y a alcanzar su sueño. Sin duda, ayer fue un gran día.

Los padres de Paolo desayunan a su lado, pero atentos a las noticias que ponen en la televisión. La madre de Paolo es ama de casa, pero su padre, Giorgio, no pierde detalle del reloj que está encima de la chimenea para salir rumbo a su trabajo. Es dueño de una tienda de ropa deportiva en el centro comercial, y su tiempo para desayunar está a punto de terminar.

Paolo ha ido abriendo las cartas que le han llegado, pero ha decidido dejar para el final la carta roja. No sabe quién se la ha mandado, pero le hace ilusión averiguar quién le ha escrito y lo que le dice. Nunca había recibido una carta sin saber su remitente, pero algo le dice que su contenido va a ser especial.

—¡Bueno, familia! —exclama Giorgio mientras se limpia la boca con la servilleta y se levanta con su plato—. ¡El trabajo me llama!

—Muy bien, cariño —le dice Paula, que también ha terminado de desayunar—. Nos vemos esta noche para cenar.

Giorgio asiente contento.

—¿Luego tienes ensayo, hijo? —le pregunta a Paolo, que no separa la vista de sus cartas.

—¡Sí! Primero he quedado con Lucas para hablar sobre la gira, pero luego iré al ensayo.

—¡Pues mucha suerte! —Le desea su padre.

—¡Gracias! ¡Que empieces bien la semana, papá!

Y dicho esto, Paolo sonrío y vuelve a centrar su atención en sus cartas, mientras sus padres van hacia la salida de la casa y se despiden.

—¡Bueno! —exclama Paula, tras cerrar la puerta—. ¿Ya has leído todas las cartas?

—¡Casi! —le responde Paolo.

Paula mira las cartas y se da cuenta de cuál le falta a su hijo por leer.

—¡Ah! ¡La carta misteriosa! —exclama entre risas mientras coge su bolso—. Bueno, pues luego me cuentas. Voy a ir al banco para hacer un ingreso, pero vuelvo en un ratillo, ¿vale?

—Muy bien, mamá... —le dice Paolo mientras abre la carta.

—Fenomenal, hijo. ¡Pues nos vemos ahora!

Paula se marcha y la casa se queda en silencio. Un silencio expectante para Paolo, que ha abierto la carta y ha sacado su contenido. Se trata de un par de hojas fotocopiadas, escritas por los dos lados. La letra parece de chica y, a simple vista, no la reconoce. ¿De quién será? ¿Por qué tanto misterio? ¿Qué le dirán estos párrafos escritos a mano?

No aguanta más y comienza a leer:

Hoy he conocido a Paolo durante el recreo. He ido al baño y le he escuchado llorar tras la puerta de una de las clases. Al principio he dudado de si debía entrar, pero al final me he decidido y lo he hecho. Cuando he abierto la puerta le he visto llorando junto a la ventana. No había nadie con él, así que he pasado y me he sentado a su lado.

Hemos estado hablando durante un buen rato sobre él, sobre su música y sobre lo que está pasando últimamente. Le he visto muy afectado, pero creo que he conseguido animarle y que se olvidase durante unos minutos de todo. Nunca había hablado con él, pero me ha parecido un chico estupendo. Alguien noble. Alguien bueno. Alguien que vale. Y por eso me alegro de haberle conocido.

No se merece todo lo que le están haciendo, y espero que algún día triunfe y le dé en las narices a todos los que ahora no creen en él. Ojalá que llegue muy lejos, que sus canciones gusten a mucha gente y llegue a lo más alto. Ojalá que sí. Pero también espero que, si eso ocurre, no cambie nada en él. Espero que no pierda su sinceridad, su bondad, las ganas de luchar y de esforzarse... Le deseo mucho éxito con su carrera musical, pero también le deseo que siempre sea él mismo.

Al final nos hemos dado nuestros teléfonos, pero no sé si algún día volveremos a hablar. Él va a otra clase y tiene otros amigos, pero me siento feliz por haberle conocido. Lo que sé seguro es que yo no voy a olvidar el día de hoy, y me gustaría mucho que él tampoco lo hiciese. Pero como he dicho, quién sabe.

Paolo termina el primero de los tres pasajes y se emociona al darse cuenta de que lo que acaba de leer fue escrito por Sonia. No sabe cómo es posible que tenga esta



hoja en sus manos ni quién se la ha mandado, pero le ha llegado mucho lo que acaba de leer. ¿Mandaría Sonia la carta antes de morir? No tendría sentido, ya que su muerte no fue algo imaginado por nadie, sino que perdió la vida tras el atraco. ¿Será alguna broma de alguien? Tampoco tendría sentido, ya que lo que pone en la hoja fue lo que pasó, y solo estaban ella y él aquel día. No hay duda de que estas líneas fueron escritas por Sonia.

Para Paolo aquel día fue también un día importante. Necesitaba hablar con alguien, y como Elsa y Álvaro estaban de viaje con algunos de clase, se sentía solo. No tenía a nadie con quién contar, nadie con quien poder compartir lo que sentía. Y al final Sonia fue esa persona. Le escuchó y le animó a seguir adelante. Le ayudó a ver las cosas un poco menos difíciles y un poco más posibles. Aquel día fue la primera vez que hablaban, pero Sonia se comportó como una amiga. Una buena amiga.

Hay muchas cosas de este primer pasaje que han tocado el corazón de Paolo. Ya no solo que Sonia recordase el encuentro que tuvieron aquel día, sino su visión sobre él y su futuro. Y le ha marcado mucho, porque su predicción se ha cumplido. Paolo ha conseguido triunfar en la música y ha logrado, de alguna forma, «dar en las narices» a los que en su momento no daban un duro por él. Paolo nunca ha sido una persona vengativa o dañina, pero sí se alegra de haber podido demostrar que con los sueños de los demás no se juega, porque tarde o temprano pueden hacerse realidad. Y en ese momento es cuando los que no han creído en nosotros tienen que comerse sus palabras y aguantar lo que les venga. Él ha cumplido su sueño, y seguro que más de uno estará escocido en su casa por ello. Los cuatro o cinco que intentaron hundirle ahora no son capaces de mirarle a la cara. Nacieron como cobardes y morirán como cobardes, pero a Paolo ahora ya le dan igual. Él tiene su camino, sus objetivos, sus proyectos... y es feliz. ¿Lo demás? No importa. Hace mucho tiempo que dejó de preocuparse por el qué dirán. Ni siquiera le afectan las posibles críticas que puedan surgir sobre sus canciones. Él solo quiere disfrutar de su sueño y trabajar duro para que continúe durante mucho tiempo. Quizás un día se levante y ese sueño se haya acabado. Quizás tenga que empezar de nuevo por otro camino. Es posible, pero mientras tenga a su familia, a sus amigos y a sí mismo consigo, está seguro de que será feliz.

La música es una parte muy importante en su vida, pero siempre ha sabido que no es lo que le convierte en quien es. Los que sí lo hacen son las personas que le quieren y que siempre han estado a su lado. Todo lo demás es secundario, incluido su sueño. ¿Y por qué es secundario? Porque sin esas personas su sueño no tendría sentido para él. Si no lo pudiese celebrar y disfrutar con ellos, no tendría ningún valor. Ninguno.

Cuando Sonia escribió estas líneas deseaba que si Paolo lograba alcanzar su sueño, no se perdiese a sí mismo. Deseaba que siguiese siendo la misma persona que conoció aquel día, el mismo chico sincero, sensible, humilde y bueno. Sin embargo, Paolo no está seguro de que lo haya conseguido.

Suspira y comienza a leer el segundo pasaje de la hoja.

Lo ha conseguido. Paolo lo ha logrado.

Hoy he encendido la radio y he escuchado que su single ha llegado al número uno gracias a las votaciones de miles de personas. ¡No puedo creer que se haya hecho realidad su sueño! Él debe estar muy contento; y su familia, muy orgullosa de él. Se ha esforzado mucho para que este día llegase. Y finalmente ha llegado. ¡Enhorabuena, Paolo!

Paolo recuerda muy bien ese día. Estaba de compras con su madre por el centro comercial cuando su canción comenzó a sonar a todo volumen por todo el lugar. No supieron qué ocurría hasta que le preguntaron a José (el locutor de radio del centro comercial).

«Tu canción está en el número uno, chico. Esta mañana se ha publicado la lista semanal y estás en lo más alto, así que estoy poniéndola bien fuerte para que todo el mundo se entere». Esto fue lo que le dijo José, y así fue cómo Paolo se enteró de que su sueño se había cumplido. Su discográfica había apostado mucho por el proyecto, pero tenían miedo a que, al ser nuevo, no pitase. Sin embargo, lo había hecho. Había pitado y lo había hecho a lo grande. ¡En el número uno! Sin duda había que celebrarlo como se merecía. Paolo y su madre se abrazaron con su canción de fondo, y su padre, tras escuchar la voz de su hijo desde el interior de su tienda, salió al pasillo principal y corrió emocionado junto a su familia. Ese fue uno de los mejores momentos que han vivido. Juntos habían trabajado, y juntos lo habían conseguido. Ya no era un éxito solo de Paolo, sino de los tres.

Tampoco faltaron las llamadas de Elsa y Álvaro, así como las de muchos de sus compañeros. Solo llevaba unas horas en el número uno, y ya estaba en el punto de mira de todo el mundo. Ahora estaba en lo más alto, y muchas personas que en su día no le habían apoyado, ahora le felicitaban y le decían que ellos siempre supieron que lo conseguiría. Paolo se sintió feliz por todo el cariño recibido, pero no fue ingenuo, y supo separar las felicitaciones de corazón de los simples halagos. Tenía muy claro quién había estado a su lado desde el principio y quién no. Y no lo pensaba olvidar.

Ahora ha averiguado que hubo alguien que también se sintió feliz por él al alcanzar su sueño. Y feliz de verdad. Sin embargo, él nunca lo supo. Nunca hasta ahora.

Es curioso cómo en nuestra vida podemos ser importantes para otras personas sin saberlo. Quizás pasemos todos los días por un mismo lugar, o nos subamos a un vagón de metro o a un autobús cualquiera y estemos al lado de alguien que nos aprecia, alguien que nos admira, alguien que se preocupa por nosotros... Alguien a quien le importamos de verdad. Esto es lo que Paolo siente, ahora que ha leído lo que Sonia pensó en dos grandes momentos de su vida.

Uno: el día que recuperó la confianza en sí mismo y que decidió luchar hasta el final.

Dos: el día que su sueño se hizo realidad.

Pero todavía le queda un pasaje por leer. Así que sonrío y empiezo a hacerlo:

Acabo de volver de la Gala de la Música y no puedo estar más contenta. Las actuaciones han sido increíbles y lo hemos pasado genial Nerea, Vir y yo. Sin duda, fue un gran acierto comprar las entradas antes de que se acabaran (punto para Vir).

Ha sido una noche muy especial, pero sobre todo lo ha sido porque Paolo ha recibido el premio al Artista Revelación. Sin duda, ahora sí que ha logrado el éxito. Su primer single fue número uno en las listas, pero también lo han sido su segundo y tercero. Muy pronto va a empezar su gira por España (su primera gira), y ahora ha recibido el premio que le corona como el mejor artista nuevo del año.

Al escuchar su nombre se ha emocionado mucho y ha subido al escenario con una gran sonrisa. Su discurso ha sido muy emotivo. Se le notaba nervioso, pero lo ha hecho genial. Ha sido muy natural. Ha sido muy él.

Ha agradecido el premio a todos los que han creído en él, pero también a todos los que no, ya que en gran parte, ha sido por ellos por los que ha querido luchar todavía más duro por conseguir su objetivo. Ha sido un puntazo, y todo el mundo ha empezado a aplaudir cuando lo ha dicho.

Sin duda, ha sido una gran noche para Paolo, pero yo también me siento muy feliz por él. Ya no solo por el premio y por todo lo bien que le van las cosas, sino porque he comprobado que, aunque se ha convertido en una gran estrella, sigue siendo el mismo. No ha cambiado. No ha perdido su sencillez y su inocencia. Y espero una cosa: que nunca lo haga.

Paolo nota cómo una lágrima se desliza por su cara. Este último pasaje le ha tocado tanto que se ha derrumbado del todo. Y no es para menos.

Aquella noche, como muy bien ha descrito Sonia, fue inolvidable. Recibió el mejor premio que le podrían haber dado y lo dedicó a todo el mundo: a los que le habían apoyado, pero también a los que no.

Quienes siempre han estado a nuestro lado se merecen ese reconocimiento, pero los que no lo han hecho, también. Y aunque pueda sonar absurdo, darle las gracias a alguien que no solo no ha creído en nosotros, sino que además ha intentado que nos hundamos en el intento de triunfar, es lo más justo que podemos hacer. ¿Y por qué? Porque no hay nada que cause un mayor efecto en el hombre que alguien le diga que no puede hacer algo. Es en ese momento cuando se saca fuerzas de donde sea para demostrarle a esa persona, y a sí mismo, que puede hacerlo, que lo va a conseguir. Y por eso, aquella noche Paolo dedicó su premio a todos. Porque todos se lo merecían, aunque de diferente forma.

Paolo se siente muy feliz por haber recibido la carta que acaba de leer, pero ha habido algo que le ha hecho reflexionar. Sonia escribió, en este último pasaje, que Paolo no cambió y que siguió siendo el mismo chico que ella había conocido en aquella clase. Sin embargo, Paolo sabe que eso no es cierto del todo, que podría haber sido alguien mejor con ella. Aunque había guardado su número de teléfono, nunca la había llamado, nunca había vuelto a hablar con ella, nunca le había dado las gracias por todo lo que hizo por él... Además, tardó en recordar quién era, cuando Elsa les contó en el restaurante lo que había pasado. Luego lo recordó, claro, pero ese momento de olvido, ese comentario absurdo (y tan poco propio de él)... fueron una realidad. Y por ello siente que no puede dejar así las cosas. Tiene que hacer algo más por Sonia, y más después de haber leído esta hoja escrita por ella.

No sabe quién le ha enviado esta carta, cuándo o desde dónde, pero tiene claro que estará siempre en deuda con esa persona y con Sonia. Y por eso tiene que hacer algo... Algo especial, algo bonito, algo... muy de él, como diría Sonia.

Piensa durante varios segundos hasta que consigue tener una buena idea, y se pone manos a la obra. Va a ser algo grande, pero si todo sale bien valdrá la pena el esfuerzo. Y tiene claro una cosa: Sonia se lo merece.

## No lo olvides

No hay nadie más en el cementerio. Son las once de la mañana y los únicos que han atravesado sus puertas han sido Sergio y sus padres, que han venido a acompañar a su hijo. Sin embargo, que no haya nadie para Sergio es lo mejor que podría pasar. Ha venido a ver a Sonia y necesita intimidad. No es la primera vez que visita el cementerio por ella, pero sí va a ser la primera vez que pase un rato a solas con Sonia tras su muerte.

Padres e hijo caminan por el camino de tierra principal, pero es al llegar al punto en el que empieza el césped cuando Sergio les pide a sus padres que le dejen continuar solo. Ambos asienten y se quedan a sus espaldas, mientras él avanza rumbo al lugar en el que descansa Sonia. Alejandro le susurra algo a su mujer y esta dibuja una leve sonrisa con sus labios. Concha se sienta en el banco que está a su lado, mientras su marido camina hacia la tumba de alguien de su pasado, hacia la tumba de Clara.

Concha mira a sus chicos, y se da cuenta de que padre e hijo son, ahora más que nunca, como dos gotas de agua. No hay duda de lo mucho que se parecen físicamente, pero ahora también mantienen algo más en común. Una historia de un adiós. Una historia en la que perdieron a alguien que querían y que siempre irá con ellos. Sin embargo, por raro que parezca, a Concha nunca le ha importado que Alejandro siga visitando a Clara. Al fin y al cabo, ella fue alguien importante para él y se merece su respeto. Fue alguien que le dejó una huella tremenda en su interior, alguien por quien casi deja de ser él mismo, alguien por quien sufrió mucho tras su muerte; pero también alguien con quien fue feliz. Y por eso Concha, que lo sabe, nunca ha sentido celos de Clara. Cada una ha vivido una historia distinta con Alejandro, pero ambas han querido siempre una misma cosa: hacerle feliz. Y solo por eso Concha siempre ha animado a su marido a no olvidar su pasado, aunque eso signifique saber que en el corazón de Alejandro siempre habrá un huequecito reservado para Clara. Las personas son el resultado de su pasado, de lo que hicieron, de lo que vivieron, de lo que sintieron... y quizás si Clara no hubiese formado parte de la vida de Alejandro, puede que Concha no hubiese conocido a su marido tal y como lo hizo; con su complejo mundo interior, con sus pensamientos, con sus miedos, con sus anhelos... Puede que hubiese sido una persona muy distinta, y por lo tanto, no habría sido su Alejandro. Concha ama a su marido de los pies a la cabeza. En lo bueno y en lo malo. Siempre lo ha hecho y siempre lo hará.

Tras caminar unos cuantos metros, Sergio consigue llegar hasta la tumba de Sonia.

—¡Hola, Sonia! —exclama, mientras se sienta al lado de la tumba, con cierta dificultad por sus muletas—. Siento mucho no haber podido venir antes a estar contigo, pero lo de mi pierna ha sido bastante más engorroso de lo que pensaba. ¡Al menos ya puedo ir con muletas! Esta semana me quitarán la dichosa escayola y luego tendré que dar unas cuantas sesiones de rehabilitación —se mira la pierna y suspira—. ¡Pero bueno, no pasa nada! ¡Ya estoy aquí para pasar unos minutos contigo! Además, hay algo importante que llevo queriendo decirte desde hace mucho tiempo... ¡Ah! —Recuerda algo—. Pero antes...

Sergio rebusca en la mochila que ha traído colgada a su espalda y coge de su interior una bolsa de plástico. Con una sonrisa en los labios, abre la bolsa y saca lo que contiene: todas las novelas de Nicholas Sparks, el autor favorito de Sonia.

—Te he traído una sorpresa —le dice con alegría—. Sé que siempre ha sido tu autor favorito y, aunque no te lo he dicho nunca, ahora que he leído todos sus libros, también es el mío. Y no por las historias que cuenta, que están muy bien, sino porque gracias a él he podido conocerte todavía un poco mejor. El día que te conocí estabas leyendo un libro suyo, y por eso quería traértelos para que los tuvieses cerca. Sé que para ti siempre han sido libros muy especiales, así que aquí están. Yo los he ido leyendo durante todos estos años que hemos pasado juntos, y me alegro mucho de haberlo hecho. He disfrutado mucho con cada una de las historias que en ellos aparecen, pero sobre todo, lo que más me ha gustado son los sentimientos que el autor presenta: la amistad, el amor, la pérdida de un ser querido... —Al nombrar este último, un gran dolor le recorre el cuerpo. Acaba de resumir toda su relación con Sonia. Primero fueron amigos, luego la quiso y al final la ha perdido. Pero no puede hundirse. No delante de ella—. Esos sentimientos han sido los que más me han gustado, ya que gracias a como Nicholas te los presenta, los entiendes y los compartes. Cada historia tiene sus propios personajes, pero en todas ellas el amor es un personaje más. Y gracias a ello he podido entender lo que es querer a alguien de verdad, aunque nunca haya sido lo bastante valiente como para decírselo a esa persona. Y ahora que ya no está... —Se detiene un momento y trata de aguantar la emoción—. Ahora que ya no estás... no sé qué voy a hacer.

Una lágrima se desliza por su mejilla, pero Sergio sonríe.

—¡Y sí, estoy llorando! —exclama, recordando lo que siempre le decía a Sonia sobre llorar—. Pero es que no puedo evitarlo. Gracias por haberme hecho la persona más feliz del mundo sin saberlo, por haberme dado ilusión para levantarme cada día, y por haberme enseñado lo que es querer a alguien con todo el corazón. Nunca había querido a nadie como te he querido a ti. Nunca. Y tampoco sé si lo volveré a hacer algún día —suspira y mira al cielo—. Imagino que el tiempo cura las heridas de nuestro pasado, pero no creo que sea capaz de hacer que olvidemos lo que ha ocurrido —piensa durante unos instantes y exclama—. ¡Y además no quiero hacerlo!

No quiero olvidarte nunca. No quiero dejar atrás esa sensación de plenitud, esa sensación de ser capaz de hacer cualquier cosa, esa sensación de... vida. No quiero hacerlo, y no lo haré.

De repente, su madre le llama y Sergio le pide con la mano que le deje un minuto más. Sabe que tiene que recuperarse de las lesiones que le ha ocasionado el accidente.

—No quería venir a verte y derrumbarme, pero al final ya ves... —Se encoge de hombros con una sonrisa en los labios—. ¡Pero ya vale! ¡Hoy es el último día de lágrimas y lamentaciones que va a haber de aquí en adelante! Nosotros siempre lo hemos pasado genial juntos y, aunque ahora te hayas ido de mi lado no voy a dejar de venir a verte. Sé que muchas personas prometen estar al lado de alguien toda su vida, pero luego no lo hacen. Yo nunca te lo prometí a ti directamente, pero sí me hice esa promesa a mí mismo hace mucho tiempo, y voy a cumplirla.

Sergio deja encima de la tumba de Sonia toda la colección de libros y se levanta despacio. Apoyado en sus muletas, se despide de ella y dice unas últimas palabras, antes de marcharse con sus padres a casa para continuar con su recuperación.

—¿Sabes? Te equivocaste en algo el día que nos conocimos. Dijiste que tú nunca habías vivido una historia como la de estas novelas, pero en realidad nosotros hemos vivido una mejor aún. Todo lo que hemos disfrutado, todo lo que hemos compartido, todo lo que hemos sentido... no lo cambiaría por ninguna de las historias de esos libros. Nuestra historia ha sido la mejor que podríamos haber vivido. Por lo menos para mí lo ha sido. Y lo ha sido porque ha sido real y porque la he vivido contigo.

Y dicho esto, toca con la mano la lápida de piedra y dice:

—Te quiero, Sonia. No lo olvides —y con los ojos llorosos añade—. Yo no lo haré.

## De aquí en adelante

Vir llega a la entrada de su casa y no tarda ni dos segundos en ver el nuevo cartel.

SE VENDE

No hay duda de que los cambios ya han llegado a la vida de su familia. Sin embargo, lo han hecho más rápido de lo que ella creía.

Tiene muy claro que el momento en el que se encuentra es un punto de inflexión en su vida, un punto y aparte de todo lo anterior. Pero también un punto nuevo con muchas cosas por llegar y descubrir. Sea de una forma o sea de otra, solo puede aceptarlo y ser optimista. Por su familia y por ella.

Pensativa, se queda mirando durante unos minutos la mansión en la que ha vivido durante toda su vida y piensa en cómo será su próximo hogar. Sin duda, será diferente. Será un sitio en el que los recuerdos deberán crearse desde cero. Un sitio distinto, pero que no tiene por qué ser malo. Además, como dijo ayer, siempre que su familia permanezca unida, dará igual dónde estén o cómo sea su vida.

Vir entra en su jardín y lo recorre en silencio, maravillándose con todo lo que le rodea. Para muchas personas sus lugares favoritos son un centro comercial, una ciudad, un bar... pero para ella es este jardín. Le ha hecho compañía mientras ha escuchado música, mientras ha leído cientos de libros o mientras ha pasado el tiempo tomando el aire, pensando o relajándose. Siempre ha sido un lugar especial, un lugar mágico. Y no solo para ella, sino también para la que fue su mejor amiga. Sonia le confesó una vez lo mucho que le gustaba este sitio. Para ella el rojo tenía un importante significado, y este jardín estaba lleno de ese color. Por ello, ahora que Vir sabe que su casa y su querido jardín tendrán nuevos dueños, quiere llevarse algo consigo, un recuerdo de todo lo que ha vivido aquí, pero también una señal del paso de una persona por este mundo.

Se acerca despacio a uno de los arcos florales y, con cuidado, corta una rosa. Se la acerca a la nariz y huele su esencia. De pronto, abre los ojos y mira a su alrededor. Acaba de percibir algo muy extraño. Le ha parecido sentir a su lado a Sonia, pero en realidad no hay nadie cerca. Al oler la rosa ha sido como si Sonia estuviese de nuevo con ella, pero por desgracia no ha sido más que una sensación.

No sabe si los fantasmas existen, o si los que mueren pueden llegar a estar al lado



de sus seres queridos, pero le gustaría que hubiese algo después de la vida. Ojalá que Sonia, esté donde esté, pueda verla y pueda ayudarla a ella y a su familia en todo lo que les espera de aquí en adelante.

Vir mira de nuevo a su alrededor. Está sola, pero al mismo tiempo muy bien acompañada. Le rodean cientos de rosas rojas; rosas que le recuerdan a su mejor amiga y que le dan ánimo para enfrentarse a todo lo que le depara su futuro.

Y así, con una sensación de melancolía y esperanza, Vir entra en casa. Sin embargo, hoy Vir no vuelve sola, sino que lo hace acompañada del regalo que ha hecho Nerea y de una rosa roja que simboliza a Sonia. Sin duda, no puede estar mejor rodeada, y ella lo sabe.

Nerea entra en su habitación con una sonrisa en la cara. Ha sido un día estupendo el que ha pasado con Vir. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien. En su interior hay una increíble sensación de tranquilidad y de paz. Nunca se había sentido así, pero le gusta y espera que esta no sea la última vez que lo haga. Deja su bolso sobre la cama y es al levantar la vista cuando se da cuenta de que todavía hay algo que tiene que hacer. Ante ella tiene una larga estantería vacía. Una estantería sobre la que estaban las veinticinco muñecas de su colección, y que durante años ha sido el elemento más valioso de su cuarto, o al menos eso es lo que Nerea creía. Sin embargo, ahora que las muñecas ya no están, tiene que volver a darle valor a su estantería. Y sabe cómo hacerlo.

Va hasta su mesilla de noche, coge el marco de fotos que está sobre ella y saca la foto que tiene. En ella aparece Nerea montando a caballo. Su forma de sonreír a la cámara, ahora que se fija, no le parece natural o real. Es como si fuese una caricatura de la persona que es ahora. Hasta hace muy poco, si le hubiesen preguntado qué le parecía esa foto, ella hubiese respondido que era felicidad, pero hoy no cree que esa fuese su respuesta. Hoy se siente feliz y su cara es muy diferente a la que tiene en la imagen. No hay duda de que la chica que aparece en ella estaba contenta, pero no era feliz de verdad.

Nerea deja la foto a un lado. Después va hasta la otra mesilla y coge el marco de fotos para sacar la foto que tiene dentro. En esta ocasión la protagonista vuelve a ser ella, pero en lugar de montando a caballo, aparece vestida con un vestido largo y una corona plateada sobre la cabeza. La foto es de hace unos dos años, cuando Nerea fue nombrada reina del baile en el instituto. De nuevo, su cara no le transmite nada. Está sonriente, pero está claro que se trata de una felicidad irreal. Así que con decisión lanza la foto junto a la anterior.

Solo le queda un marco de fotos por coger: el que está sobre su escritorio. La foto que hay en él es del último cumpleaños de Sonia. Sin embargo, la única que sale en la foto es Nerea. ¿A quién se le ocurre sacarse una foto sola, en la fiesta de cumpleaños de otra persona? Nerea se ríe ante semejante estupidez y la lanza junto a las dos anteriores.

Ahora solo tiene que elegir tres fotos. Abre el primer cajón del escritorio, saca su

álbum de fotos y escoge las tres fotos que quiere poner en los marcos vacíos. Una vez lo ha hecho, coloca los tres sobre la estantería. A continuación se separa un poco para poder ver como ha quedado su obra y suspira satisfecha con el resultado.

A la derecha, una foto en la que sale con Vir.

A la izquierda, una foto en la que sale con Sonia.

Y en medio, una foto de las tres (esta vez la cara de Nerea sí refleja verdadera felicidad).

La estantería de Nerea solo tiene ahora tres fotos, pero es suficiente para que tenga valor. Está claro que hay mucho espacio vacío, pero no le preocupa. A partir de ahora irá llenándolo con recuerdos de momentos que viva de aquí en adelante. Recuerdos de la nueva Nerea. Recuerdos de la verdadera Nerea.

## Donde quiera que estés

*Cinco semanas más tarde...*

Vir, tras operarse con éxito a finales de julio del nódulo maligno que tenía en su pecho izquierdo, por fin ha terminado su tratamiento de radioterapia. Se encuentra muy cansada físicamente, pero también está tremendamente feliz al saber que está limpia. El médico le ha dicho que su cuerpo ha reaccionado muy bien al tratamiento. ¿Podría haber recibido una noticia mejor? Imposible. Ni ella ni sus padres, quienes han estado a su lado en todo momento. Además, gracias al grupo de apoyo al que ha ido asistiendo, también ha podido conocer y hablar con muchas otras mujeres. Mujeres que han tenido que enfrentarse al cáncer con todas sus fuerzas y que, o bien ya lo han superado, o bien lo siguen tratando de hacer cada día que pasa. Para Vir ha sido muy importante poder sentirse acompañada y comprendida ante todo lo que ha tenido que pasar durante estas últimas semanas. ¿Ha sido duro? Mucho, pero lo ha logrado. A pesar de todos sus miedos y dudas, Vir lo ha conseguido. Sus padres vendieron la mansión en la que vivían, y así pudieron cubrir la deuda que había dejado su empresa. Ahora Jesús, Leonor y Vir viven en un piso de alquiler por el centro de la ciudad. Si les hubiesen dicho hace años que su vida daría un giro tan radical, no se lo habrían creído. Habrían pensado que sin su gran casa, sin todas sus pertenencias, sin todos sus propiedades... no podrían ser felices. Sin embargo, ahora que Vir ha conseguido vencer su enfermedad, que la economía familiar vuelve a estar estable y que están los tres unidos, no pueden ser más felices. Quizás algún día vuelvan a tener una casa más grande, un coche más moderno o un gran jardín lleno de rosas, pero por ahora eso no les preocupa en absoluto. Solo les importa una cosa: el aquí y el ahora.

Nerea también ha vivido una gran aventura durante este tiempo. Su padre, Ángel, tras volver a casa de uno de sus viajes, les contó a su madre y a ella, que Lucas (el representante de Paolo) no iba a poder acompañarle durante la gira que iba a hacer este verano. Al principio Nerea y Pilar no entendieron qué tenía que ver eso con su familia, pero pronto su padre les contó la gran noticia. A partir de ese momento él iba a ser el representante de Paolo y le iba a acompañar durante su gira por todo el país. Y no solo eso, sino que además no iba a ir solo: su mujer y su hija iban a ir con él durante todo el recorrido. Ya estaba cansado de tener que estar alejado de su familia por el trabajo, así que para aceptar el puesto añadió ese requisito. Y así Nerea y sus

padres han disfrutado de su primer verano juntos. Antes los veranos significaban gira, y por lo tanto estar lejos de su Ángel. Ahora los veranos siguen significando gira, pero de una forma muy diferente. Los tres han disfrutado de cada ciudad, de cada concierto, de cada momento... y lo han hecho juntos. Además, esta gira ha sido muy especial para Nerea. Ha podido conocer de verdad a Paolo, y ahora son muy amigos. Muy, muy amigos. El tiempo dirá en qué acaba todo, pero por ahora la relación entre los dos no puede ir mejor. Nerea y Vir han estado en contacto por *WhatsApp* y *Facebook*, pero cuando esta noche se vean en persona, podrán ponerse de verdad al día de todo. De las victorias conseguidas y de todas las aventuras musicales y sentimentales que hayan podido vivir en este tiempo separadas. Nerea no puede esperar a encontrarse con su mejor amiga y darle un gran abrazo. La ha echado mucho de menos, pero en tan solo unas horas ambas volverán a estar juntas. No hay duda de que Nerea ha conseguido cambiar y que lo ha hecho a todos los niveles. No sabe si el karma existe, pero algo en su vida ha cambiado desde que decidió ser alguien mejor. Se lo propuso y sin duda lo ha conseguido.

Quien no ha tenido tantos cambios en este tiempo ha sido la familia de Sonia. Andrea ha seguido con su trabajo y Rebeca ha estado pasando sus vacaciones escolares, ayudando a su madre y yendo a visitar a su hermana en el cementerio. Para ambas, estas cinco semanas han estado marcadas por la evolución y el desenlace de la investigación del asesinato de Sonia. Después de casi dos meses, y cada día con menos posibilidades de dar con el asesino; una tarde, hace un par de semanas, recibieron una llamada del departamento de policía para informarles de que un hombre se había entregado y que había confesado ser el responsable de la muerte de Sonia. La culpa, por lo que dijo en su confesión, tuvo mucho que ver en que tomase esta decisión. Una decisión que produjo alivio y descanso en los familiares y amigos de Sonia, pero que ni logró ni logrará llenar nunca el vacío que esta dejó en sus vidas y en sus corazones al morir. Puede que ahora el culpable de que su vida acabase esté en prisión, pero eso no ha devuelto a su ser querido a la vida. Sonia, al igual que Jorge, ha estado y siempre estará presente en los corazones de Andrea, Rebeca y de todos aquellos a los que les importaba. Al menos eso nada ni nadie podrá arrebárselo nunca.

Sergio también ha tenido muy presente a Sonia en este tiempo. La ha ido a visitar todas los días que ha podido, tal y como prometió, y ha tratado de continuar con su vida. La rehabilitación de su pierna ha sido muy lenta. Él pensaba que los médicos habían exagerado, pero no ha sido así. Sin duda ha sido una batalla muy dura, pero ha sido mucho más la que se ha librado en su corazón. Muchos han sido los momentos en los que ha pensado en rendirse, en tirar la toalla y en hundirse en la oscuridad. Sin embargo, ha sido el recuerdo de Sonia y el apoyo de sus padres lo que le ha dado las fuerzas suficientes para salir adelante cada día. Sabe que cada batalla es distinta. La física tendrá fin, pero la de su interior le acompañará durante toda su vida. Lo tiene muy claro, pero eso no quita que haya sufrido estos meses momentos de debilidad.

Por eso, su batalla interna es una lucha diaria. Habrá días mejores y días peores. Con el tiempo, quizás la huella de Sonia vaya difuminándose, pero nunca llegará a desaparecer del todo. Y como ya dijo él la primera vez que la visitó en el cementerio, no quiere olvidar lo que ella ha significado en su vida. Quiere recordarlo todo, pero hacerlo es muy duro. Y siempre lo será.

Y por último, Paolo, que al igual que Nerea y Vir, también ha tenido cinco semanas moviditas. Conciertos, viajes por carretera, composiciones de madrugada... Sin duda, ha sido un gran verano. Ha tenido una buena dosis de su sueño, pero también ha sentido algo que nunca había sentido. Nunca, hasta ahora. Paolo se ha enamorado, y eso ha supuesto una gran impulso en su carrera musical. Durante la gira ya ha compuesto muchas canciones para el que será su tercer disco, y por lo que lleva hecho, algo le dice que va a ser un gran álbum. Por lo menos, eso espera. Cada vez hay más personas que disfrutan con su música y no puede defraudarlas. Ahora que ha sentido de verdad ese sentimiento, está seguro de que sus letras llegarán todavía más al público, y así muchas personas se identificarán con ellas. Paolo se siente feliz, y no hay nada mejor para él que ver a alguno de sus fans sonreír con alguna de sus canciones. Nunca ha buscado fama o riqueza, sino disfrutar de la música y hacer que otras personas también lo hagan. Hoy es el último concierto de su gira, y está seguro de que va a ser muy especial. Ha recorrido todo el país, pero está ansioso por tocar en su ciudad y reencontrarse con Elsa y Álvaro. También han estado en contacto durante estas últimas semanas, pero no hay nada como volverse a ver las caras después de un tiempo. Además, ha preparado una gran sorpresa para esta noche. Cierre de gira, encuentros, anécdotas... Sí, sin duda va a ser una noche inolvidable para todos.

Todo el mundo está sentado ya en sus asientos y la emoción se respira en el ambiente. En las pantallas aparece la cuenta atrás para el comienzo del concierto y todo el mundo grita los números con fuerza: ¡Cinco, cuatro, tres, dos, uno...!

Las luces se apagan, la gente enloquece y el telón de terciopelo se abre en dos. El cañón de luz apunta hacia el centro del escenario y es entonces cuando Paolo aparece ante las centenas de personas que han venido a verle.

—¡Hola a todos! ¿Cómo estáis? —grita con fuerza, mientras las cámaras de fotos no dejan de disparar.

Todo el mundo le responde y Paolo sonrío con humildad.

—¡Para mí esta noche es una noche muy especial! —continúa, mientras camina tranquilo por el escenario—. En primer lugar, porque este es el último concierto de mi gira; en segundo lugar, porque nací en esta ciudad y tenía muchas ganas de actuar delante de tantas caras conocidas; y por último, porque hoy he preparado algo diferente para el comienzo del *show*.

Paolo se sitúa en el centro del escenario y su gesto se vuelve serio. Un silencio expectante se apodera del recinto.

—Hace ya algo más de dos meses perdí a una persona importante. Se llamaba Sonia y seguro que muchos la conocíais. Yo solo hablé con ella una vez, pero fue

suficiente para darme cuenta de lo especial que era. Me ayudó a creer en mí y, en gran parte, hoy estoy aquí, en este escenario, gracias a ella. Los minutos que compartí con Sonia me dieron fuerzas para seguir adelante y para luchar por mi sueño. Que este se haya hecho realidad es gracias a todo los que habéis creído en mí durante estos años. Mi familia, mis amigos, mis fans... y Sonia. Hay personas que nos dejan una huella imborrable en el corazón. Algunos para bien, otros para mal. Pero Sonia, conmigo y con muchos de los que estáis esta noche aquí, lo hizo sin duda para bien. Y por eso hoy me gustaría hacer algo especial por ella.

En este momento por los laterales del auditorio aparecen varias personas con cestas de mimbre. En su interior, cientos de rosas rojas.

—Coged una y levantadla hacia el cielo, para que Sonia vea que no nos hemos olvidado de ella —todo el mundo comienza a aplaudir con fuerza, mientras las rosas son repartidas entre el público. Cuando ya todos tiene su flor, Paolo continúa—. Esta noche quiero dedicársela a Sonia. Por su recuerdo. En su memoria.

Paolo levanta hacia el cielo su rosa y todo el mundo le sigue. El recinto se impregna del color rojo y la escena no puede ser más emocionante. Centenares de personas unidas, centenares de rosas rojas levantadas y una protagonista: Sonia.

—Donde quiera que estés, no dudes que siempre te recordaremos —y muy emocionado concluye—. Gracias por todo, amiga.

Y dicho esto, comienzan a sonar las primeras notas musicales de la noche. Una noche que sin duda ha empezado de una forma única y que acabará siendo memorable para todos los presentes.

La vida sigue, pero hay momentos que quedan grabados en nuestra memoria. Y esta noche será por siempre uno de ellos.

# *Tercera parte*



## Ahora y siempre

Al llegar a nuestro misterioso destino noto cómo la brisa me roza la cara y un olor a sal me invade de golpe. No sé dónde estamos, pero ¿qué puede ser? A lo lejos se oyen voces y lo que parecen ser los sonidos emitidos por algún tipo de ave. Espera, ¿no será? ¡No puede ser! ¡Imposible!

Abro los ojos y no puedo creer dónde estoy. ¡Es el mar! ¡Y es mucho más hermoso de lo que jamás había imaginado!

Me emociono sin poder evitarlo y Jaime se da cuenta.

—¿Has pedido venir a la playa por mí? —le pregunto, sin poder creer que haya hecho algo así.

Jaime se encoge de hombros y se rasca la cabeza.

—Bueno, supongo que sí... —me dice con humildad—. Sé cuánto deseabas conocer el mar y he pensado que te gustaría la sorpresa.

—¡Y claro que me gusta! ¡Es increíble, pero era tu deseo! —exclamo—. ¡Yo quería que pidieses algo para ti!

Jaime sonrío con su gesto bonachón.

—¡Y lo he hecho, Sonia! He pedido algo que te ha hecho feliz a ti, y por lo tanto, también a mí.

Asiento, pero no digo nada. No soy capaz de contestarle, pero no porque me encuentre mal, sino porque no sabría cómo explicar con palabras lo feliz que me siento.

—¿Recuerdas lo que te conté sobre la promesa que mi padre siempre nos hacía a mi madre, a mi hermana y a mí?

—Sí... Lo recuerdo.

—Pues era esta... —le digo, abriendo los brazos hacia delante—. Todos los años nos prometía que algún día podríamos ir a la playa y conocer el mar. Todos y cada uno de los años que estuvo con nosotras, pero al final su promesa no pudo cumplirse.

Suspiro con fuerza y una lágrima comienza a recorrer mi mejilla derecha. Estoy muy emocionada y los recuerdos van y vienen en mi cabeza.

—No puedo creer que al final, gracias a ti, se haya cumplido su promesa. No puedo creerlo...

Jaime, también muy emocionado, sonrío. Me abrazo a él con fuerza y ambos guardamos silencio durante varios segundos. Me siento feliz a su lado. Me ha enseñado mucho desde que nos conocimos y se ha convertido en alguien muy



especial en mi vida. Bueno, en mi postvida, o lo que sea esto. Ya no sé nada, pero no me importa. En este tiempo he aprendido a dejarme llevar, y eso me gusta.

—Ojalá mi padre pudiese haber estado aquí conmigo. Daría lo que fuese por haberle visto feliz después de todo lo que sufrió en su vida, después de lo que luchó... —Jaime me mira en silencio—. Si pudiese pedir un último deseo, sería ese. No lo dudaría ni un segundo...

De repente Jaime comienza a sonreír y, ante ello, le miro extrañada.

—¿Por qué te ríes? —le pregunto confundida.

Jaime mueve levemente su cabeza hacia detrás de nosotros, lo que hace que me gire de inmediato y vea que no estamos solos, sino que allí, a apenas cinco metros, está mi padre. Después de tantos años, allí está. No puedo creerlo. No puede ser real. Sin embargo, deseo con todas mis fuerzas que sí lo sea.

—Papá... —le digo con un hilo de voz.

—Hola, cariño... —me dice, sonriente.

«Es real. Es de verdad», pienso, llevándome las manos a la boca.

La emoción me inunda. Todas las noches en vela, todas las lágrimas derramadas tras perder a mi padre se agolpan en mi interior, y tras un par de segundos de aguante, estallo y rompo a llorar sin poder evitarlo. Mi padre sonrío y camina hacia mí despacio, para acto seguido abrazarme y prometerme que nunca me volverá a dejar, que nunca volverá a irse de mi lado. Nunca.

Llena de felicidad, me vuelvo hacia Jaime, que mira la escena con ternura.

—Pero... —Comienzo a decirle, sin soltar a mi padre—. ¿Cómo es posible?

Jaime se encoge de hombros y me responde:

—Recuerda, Sonia. Todas las cuentas pendientes...

Asiento al volver a escuchar las palabras que me dijo cuando nos conocimos, y vuelvo a mirar a mi padre.

—Gracias por estar aquí, papá.

—Gracias a ti, por haber deseado que estuviese —me dice con orgullo—. Además, una promesa es una promesa, ¿no?

Sonrío llena de felicidad, y ambos miramos hacia el horizonte durante varios minutos. A lo largo de mi vida había tenido grandes momentos, pero este se acababa de convertir en uno de los mejores.

Las olas rompen contra la playa y el paisaje no puede ser más bello. Ante nosotros solo hay inmensidad. Un horizonte cuyo fin nos resulta imposible adivinar. No hay nada más, solo el infinito. Nada, pero todo al mismo tiempo. Eso es el mar. Esa es nuestra vida.

—Es precioso, ¿verdad? —me pregunta mi padre.

—Sí que lo es, sí... —le respondo.

En ese momento, ante nuestros ojos, algo cambia. Los rayos de sol comienzan a hacerse más intensos y el mar empieza a producir destellos preciosos, como si fuesen estrellas sumergidas bajo el agua cristalina.

—¿Qué ocurre, Jaime? —le pregunto algo asustada, al ver lo que está pasando.

—Es la señal. Ha llegado el momento de avanzar —me responde con tranquilidad.

Miro a mi padre y él averigua rápidamente lo que estoy pensando.

—Algún día volveremos a estar juntos los cuatro —me dice, refiriéndose a mi madre y a mi hermana.

—¿Preparada? —me pregunta Jaime ofreciéndome su mano.

—¡Sí! —exclamo, mientras le doy mi mano y agarro también la de mi padre—. ¡Ahora sí!

Jaime sonrío y asiente feliz.

—¡Muy bien! —nos dice con alegría—. ¡Vamos allá! ¡Agarraos!

Y dicho esto, nos empezamos a elevar del suelo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamo—. ¡Estamos volando! ¡Estamos volando!

Jaime y mi padre ríen tan fuerte que sus carcajadas retumban por toda la playa, mientras nuestras almas siguen elevándose hacia el cielo.

—No tengas miedo, Sonia —me dice Jaime, guiñándome un ojo—. Confía en mí.

—¡Confío en ti! —exclamo.

Y dicho esto, los tres sobrevolamos las profundas aguas del mar Mediterráneo, rumbo a lo que nos espera. A nuestro más allá.

Quién me hubiese dicho, al principio de nuestro recorrido, que todo lo que iba a ver, todo lo que iba a saber, todo lo que iba a descubrir... iba a ser tan importante para mí. A lo largo de las paradas que hemos hecho he aprendido mucho sobre la vida de mis seres queridos, pero sobre todo he conocido muchas cosas de mi propia vida. He sabido lo que es de verdad la familia, la amistad, el amor, el miedo, el arrepentimiento, la superación, la magia... Ha sido un gran recorrido. Una gran aventura.

No sé lo que nos aguarda ahora, pero me voy de este mundo con la satisfacción de saber que he dejado mi huella en él. A través de lo que hice, a través de lo que sentí, a través de las personas a las que quise. Ahora pienso en mi vida y me doy cuenta de que ha sido una gran historia. Y por eso me voy feliz, con una profunda sensación de paz en el corazón. Sin dudas, sin arrepentimientos, sin miedo. Sin cuentas pendientes. Tan solo como un ser humano que sigue adelante, feliz por haber podido serlo. Digo adiós, agradecida por todo. Agradecida por esta oportunidad. Agradecida por haber podido vivir.

Me equivoqué al decir que nada es para siempre. Claro que todas las cosas tienen un final, pero no lo tiene la huella que dejamos en el mundo. Los recuerdos, los sentimientos, los momentos que hemos compartido durante nuestra vida... todo eso queda grabado eternamente en nuestra memoria y en la de aquellos que nos han acompañado durante nuestro camino. Puede que la vida siga y que la Tierra continúe girando, pero nuestra huella es imborrable. Lo es ahora y lo será siempre. Pase lo que pase.

Fin



Javier Dut nace en Madrid el 25 de octubre de 1989. Es escritor, compositor e intérprete, licenciado en Comunicación Audiovisual por la Universidad CEU San Pablo, y es fundador y administrador del portal juvenil *Melodías por escrito*.

En mayo de 2012 se editó su primera novela, *Carpe diem*. Tras un año de trabajo, Javier termina de escribir su segunda novela: *Ahora y siempre*. Una historia en la que los sentimientos tienen un papel protagonista, y con la que el autor desea que el público disfrute y se emocione tanto como con su novela de presentación.

En lo relacionado con la música, ha lanzado hasta la fecha dos trabajos discográficos: *Sueños al despertar* (2010) y *Magia en el baile de máscaras* (2012).